

7 ensayos
 revista latinoamericana
 de sociología, política y cultura

Nº 1
 noviembre
 2020

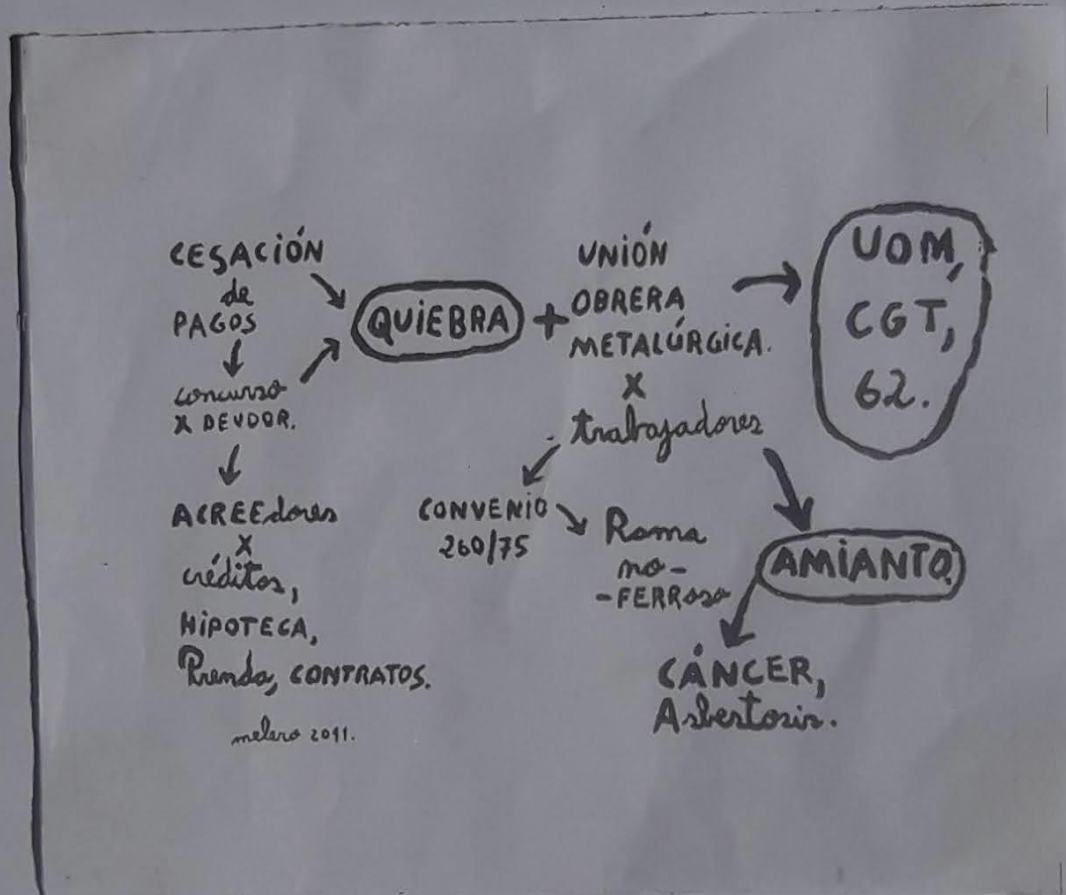
Denuncias acosadas

Preguntas y Argumentos
 Casco.
 Lifschitz.
 Rubinch.

lo relevante en disputa
 • black lives matter.

reinventar las tradiciones
 bagú.
 Samir Amin.

discusión mbembe.
 Viotti.
 Riveiro.
 Langieri-Otero.
 + Zeiman.



artista invitado
 diego melero, diego melero, diego melero, diego

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Lucas Rubinich. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

SECRETARIA EDITORIAL

María Belén Riveiro. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

CONSEJO DE REDACCIÓN

José María Casco. Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

María Belén Riveiro. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Lucas Rubinich. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

CORRECTORA

Victoria Saez. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

COMITÉ EDITORIAL

Javier Auyero. The University of Texas at Austin, Estados Unidos.

Claudio Benzecry. Northwestern University, Estados Unidos.

Mariana Cerviño. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Patricio Dean. Todd University, Estados Unidos.

Daniel Fridman. The University of Texas at Austin, Estados Unidos.

Rodolfo Gomez. Universidad de Buenos Aires, CLACSO, Argentina.

Marcelo Langieri. Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de José C. Paz, CLACSO, Argentina.

Javier Lifschitz. Universidade Federal do Estado do Rio de Janeiro, Brasil.

Daniela Lucena. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Paula Miguel. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Gustavo Moscona. Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.

Rocío Otero. Universidad de Buenos Aires, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo, Universidad Nacional Arturo Jauretche, CLACSO, Argentina.

Adrián Pulleiro. Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de La Pampa, Argentina.

Emir Sader. Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil.

Ezequiel Saferstein. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Andrés Tzeiman. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Paula Varela. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Nicolás Viotti. Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

Mark Ziani. One-Eyed Deer University, Canadá.

DISEÑO Y REALIZACIÓN DE TAPAS Y CARÁTULAS

Pomarola Talk



ÍNDICE

EDITORIAL

[Democracias acosadas](#). Lucas Rubinich. 3-6

1. PREGUNTAS Y ARGUMENTOS

[Medios y democracia. Algunas reflexiones a propósito de *Sobre la televisión de Bourdieu* y los medios en la Argentina](#). José María Casco. 8-21

[Brasil, máquinas semióticas e aceleração política](#). Javier Alejandro Lifschitz. 22-39

[¿La cultura del capital financiero puede incluir a la democracia?](#) Lucas Rubinich. 40-66

2. LO RELEVANTE EN DISPUTA

[Estados Unidos: Black Lives Matter y la revuelta de las vidas que no importan. Entrevista a Susan Ferguson y David McNally](#). Paula Varela. 68-79

3. REINVENTAR LAS TRADICIONES

[¿Por qué leer a Sergio Bagú hoy?](#) Matías Fernando Giletta. 81-88

[Hacia la conformación de una alianza transnacional de los pueblos trabajadores y oprimidos](#). Samir Amin & Firoze Manji. 89-95

4. DISCUSIÓN

[La era del humanismo está terminando](#). Achille Mbembe. 97-100

[El individualismo autoritario](#). Nicolás Viotti. 101-114

[¿Dónde está la literatura latinoamericana? Apuntes sobre centros y periferias en la circulación internacional de la literatura](#). María Belén Riveiro. 115-123

[La soberbia armada y las representaciones sobre montoneros en los inicios de la democracia](#). Marcelo Langieri y Rocío Otero. 124-141

[La derecha argentina y la democracia: la trampa del lenguaje de la transición](#). Andrés Tzeiman. 142-146

5. ARTISTA INVITADO

[Quiebra, unión obrera metalúrgica y amianto en Parque Patricios. Diego Melero. Performance realizada el 20 de agosto de 2011](#). 148

[Melero con los fantasmas del mundo obrero](#). Patricio Dean. 149-152

[Diego Melero](#). 153





DEMOCRACIAS ACOSADAS

Lucas Rubinich

DEMOCRACIAS ACOSADAS

Lucas Rubinich¹

a. *7 ensayos* es una revista que, recogiendo las distintas tradiciones de la sociología de la cultura, se propone decir algo sobre las configuraciones políticas y culturales del presente, atendiendo las experiencias latinoamericanas. Está informada por una preocupación central que es la revitalización de los análisis que, tomando la referencia empírica que fuere, puedan hacerlo pensando la totalidad. Porque es verdad que, quizás, fue imprescindible ante la fetichización de perspectivas teóricas que prioritariamente se valían analíticamente de referencias macrosociales, atraer la atención hacia lo microsocio, y hacerlo recuperando experiencias teóricas y metodológicas subestimadas. Y, por cierto, ese movimiento produjo un valioso capital de conocimiento sobre nuestras sociedades con el que 50 años antes no se contaba. Pero también es verdad que este estado de cosas tuvo, como consecuencia involuntaria, la disminución de atención teórica sobre la totalidad. Y las consecuencias de no pensar las relaciones de dominación como parte de un complejo sistema económico, social, cultural y político que trasciende el ámbito específico y la sociedad nacional tuvo derivas político culturales relevantes que actuaron como sentidos comunes cultos legitimando miradas sostenedoras moderadas del estatus quo inhumano del presente. Miradas que, refractadas a lo político, aceptan como irremediable que solo los pequeños movimientos de mejoramiento de las poblaciones oprimidas son posibles en un estado de cosas considerado dado. Imaginan, con Margaret Thatcher, que “no hay alternativa”. Y no es arriesgado hipotetizar que eso puede condicionar, quizás fuertemente, los objetos analíticos que se construyen

b. Al fin y al cabo, esta, como toda iniciativa sociológica que se proponga vital, lleva implícita una apuesta política. Y en este caso se trata de la apuesta por imaginar formas de organización política que habiliten distintas maneras de organizar la economía que resulten inclusivas al conjunto de la población en la posibilidad de acceder a los derechos al trabajo, al ocio, a la educación, a la salud; y a participar en las tomas de decisiones fundamentales para la vida en común.

c. La actual situación con clases dirigentes deudoras de la cultura del capital financiero, que han sido caracterizadas como lumpen burguesías por Jorge Beinstein, presenta problemas dramáticos en cuanto a la posibilidad de participación de los distintos sectores sociales en el tratamiento de los asuntos públicos. Las formas democrático republicanas resultan apenas una escenografía de cartón para los nuevos actores que intervienen en procesos de decisión fundamentales que afectan al conjunto de las distintas sociedades. Los sistemas políticos están

¹ Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires.



en una situación de extrema subordinación ante la institución fundamental de la política moderna: las corporaciones multinacionales.

d. La cultura del capital financiero ha colocado en el centro de la escena al individuo pragmático que está lejos de ser el ciudadano liberal que se realiza si lo hace la comunidad. No hay ciudadanos con distintas capacidades y posibilidades, sino *winner*s y *loser*s. Los perdedores, en tanto responsables de su fracaso, soportarán las consecuencias de su ineficiencia. Un pensionado con pocos ingresos es el ejemplo del fracasado integrado que afrontará su condición de inhábil en la lucha por la vida. La posibilidad de que la sociedad se ocupe de aquellos que están en la zona más desprotegida de los fracasados se implementa a través de formas acotadas e ineficientes autonombradas como nueva filantropía, por la cual los mejores pueden eventualmente realizar tareas de beneficencia. Y este papel puede adquirir formas más sofisticadas en las ONGs internacionales que tienen condicionamientos fuertes de sus financiadores que son grandes corporaciones y que se presentan como las formas modernas en que se organiza la virtud pública.

e. La sociología ha producido en los últimos treinta años mucho conocimiento sobre aspectos que en los años sesenta y setenta podían ser considerados secundarios. Este valioso conocimiento, que ha permitido atender a lo local y evitar generalizaciones no asentadas en investigación empírica, ha producido derivas caracterizadas por la desatención de determinantes macropolíticos y macroeconómicos. Determinantes que, a medida que se acentúa el fin de época, aparecen de manera más transparente como condicionantes relevantes de distintos aspectos de la vida social. Es imprescindible retomar productivamente en el presente, y no de manera literal, las perspectivas que podían incorporar variables fundamentales para la determinación de lo político, social y económico como son las atinentes a las relaciones políticas económicas y culturales, con distintas instituciones y grupos del mundo internacional. Atender, en fin, a las jerarquías políticas, militares, económicas y culturales del mapa internacional y cómo estas influyen en aspectos de las vidas de distintas sociedades.

f. La experiencia de los debates que generaron las teorías de la dependencia en América Latina, reivindicadas por Emanuel Wallerstein y Samir Amin como un recurso para explicar cambios del presente, debe ser recuperada. Recuperación que deberá pelear contra las recuperaciones fetichistas, contra las miradas que se detienen en el rescate erudito y minucioso de sus elementos, sin apostar por imaginar de qué manera es posible actualizarlos.

g. La democracia republicana, a diferencia de los deseos de Fukuyama, no logra afinidades electivas de hecho con el mercado. Los partidos con expectativas de cambio y con presencia real en la vida pública se autodenominan todos de centroizquierda y son los defensores en situación de relaciones de fuerza desfavorables, de las democracias republicanas. Los sectores del mundo corporativo pueden valerse de esas herramientas institucionales para burlarlas como han aprendido en su accionar en el mundo empresario. No hay ideales trascendentes en los partidos



de centro izquierda. Son los que sueñan con un capitalismo renano (una economía social de mercado regida por el principio de equidad social) y no cuentan con relaciones de fuerza para implementarlo con solidez.

h. En ese contexto es imprescindible rescatar las experiencias de los que analizaron la relación entre lo que llamaban sociedades periféricas e imperialismo. Es imposible entender el caso brasileño explicándolo solo a partir del mundo local. Del mismo modo el golpe de estado en Bolivia o el intempestivo endeudamiento opresivo en Argentina. Las luchas geopolíticas resultaron en violación de las reglas del juego democrático de una manera brutal. Quizás desterrando el sueño de los sectores de centro izquierda por ser los actores con buenos sentimientos del mundo del capital financiero y quizás su sector equilibrador. No parece haber mucho lugar para el sueño del capitalismo renano, y menos en América Latina.

i. Producir reflexiones sobre el presente recuperando estas grandes tradiciones de las ciencias sociales y pensadores sociales de América Latina es el objetivo de la revista. Y hacerlo en el marco de un debate con los distintos mundos culturales y académicos de América Latina que estén movidos por la preocupación de lograr una sociedad justa, no la de administrar mejor un 30% o más de excluidos en cada sociedad.



1:

preguntas

y

argumentos

**MEDIOS Y DEMOCRACIA.
ALGUNAS REFLEXIONES A
PROPÓSITO DE *SOBRE LA
TELEVISIÓN* DE BOURDIEU Y
LOS MEDIOS EN LA ARGENTINA**

José María Casco

MEDIOS Y DEMOCRACIA. ALGUNAS REFLEXIONES A PROPÓSITO DE *SOBRE LA TELEVISIÓN* DE BOURDIEU Y LOS MEDIOS EN LA ARGENTINA

José María Casco²

Resumen

El ensayo analiza, a partir de un comentario del libro de Pierre Bourdieu, *Sobre la televisión*, algunos factores centrales que aparecen en el funcionamiento de los medios en Argentina, en el campo del periodismo y el sistema empresario que lo sostiene. Se realiza una reconstrucción histórica de algunos hitos que están en el origen de las condiciones con los cuales funcionan los medios en el escenario actual.

Palabras Clave: Campo, Medios, Periodistas, Política.

Resumo

Este ensaio analisa, a partir dum comentário ao livro de Pierre Bourdieu, *Sobre a televisão*, alguns fatores centrais que aparecem no funcionamento da mídia na Argentina, no campo do jornalismo e no sistema empresarial que o sustenta. Fazendo uma reconstrução histórica de alguns marcos que estão na origem das condições com que a mídia trabalha no cenário atual.

Palavras-chave: Campo, Mídia, Jornalistas, Política

Abstract

This essay reviews *On Television* by Pierre Bourdieu in order to analyze key elements in the workings of media, the field of journalism and the business system behind them. The article builds from a historical viewpoint some landmarks that can be traced back to the origins of the conditions within which media work in the present.

Keywords: Field, Media, Journalists, Politics.

² Universidad de Buenos Aires. Universidad Nacional de San Martín.



MEDIOS Y DEMOCRACIA. ALGUNAS REFLEXIONES A PROPÓSITO DE *SOBRE LA TELEVISIÓN* DE BOURDIEU Y LOS MEDIOS EN LA ARGENTINA

I

Cuando en 1996 Pierre Bourdieu publicó un pequeño libro llamado *Sobre la televisión*, produjo en muchos de sus lectores una especie de desazón por encontrarse con que el sociólogo más prominente del momento había abordado un objeto menor, trivial, acostumbrados como estaban a que emprendiera investigaciones sobre las grandes cuestiones de la vida social. Solo con el tiempo quedaría más clara la importancia de meterse con el campo periodístico y la televisión. En efecto, si bien es cierto que la importancia del periodismo ha sido destacada ya desde su aparición en el mundo moderno a fines del siglo XIX (Coser, 1968) y ha tenido en ese sentido, en *El ciudadano* de Orson Wells el ejemplo paradigmático de su poderío y que, por otro lado, la televisión también ha merecido la atención desde su irrupción masiva en los años 60, tanto para condenarla como para celebrarla, nadie imaginaba el poder de ese oficio y ese aparato en las dimensiones del presente. Y que al mismo tiempo que la obra de Bourdieu ganaba la calle, el reconocido politólogo Giovanni Sartori le dedicara también un libro, *Homo Videns* (1997), que no habla de otra cosa que de la importancia que iba adquiriendo el fenómeno y al mismo tiempo, mirado desde hoy, era la anticipación de cómo la figura de los empresarios de tv, los grandes monopolios y los periodistas que actúan en ese escenario privilegiado ganarían un lugar, un reconocimiento y un poder inusitado. Efectivamente, como nunca antes, desde los años 90, cuando comienza la globalización en la que hoy estamos inmersos, los medios de comunicación y con ellos la tv y los periodistas han tenido un poder para, al mismo tiempo, imponer agendas, construir imágenes del mundo y reemplazar a los alicaídos sistemas de partidos en muchos Estados nacionales. Es que a mediados de los 90 recién comenzaba, por lo menos entre nosotros los latinoamericanos, una tendencia y una fuerza cultural y empresarial que no haría sino ganar más espacio con el paso del tiempo. Esa es la razón por la cual el control de los medios se ha convertido en una batalla de primer orden en el escenario político actual. La multiplicación de canales de información así como los canales de comunicación alternativos a la tv, a medida que han incrementado su difusión han ganado notoriedad, se han convertido en un arma poderosa de información y difusión de relatos que llega desde y a todos los puntos del globo y lejos de hacer desaparecer a la televisión, han convivido con ésta en un proceso de retroalimentación en la puja por construir retratos y narraciones sobre la marcha, el pasado y el futuro del mundo, de ahí también su importancia para la lucha política. En efecto, se han convertido muchas veces en el terror de los políticos de todo signo ideológico y se presentan como una pieza codiciada para la lucha por la imposición de visiones del mundo, así, el control de los medios, su posesión o su eliminación, están a la orden del día, en la agenda de muchos países del globo. Podrá objetarse que no decimos nada nuevo, desde tiempos inmemoriales las ideas, las noticias, las historias de los pueblos han sido perseguidas, censuradas, o



físicamente eliminadas³, pero quizás haya que insistir lo suficiente para que quede claro que, como decíamos anteriormente, los medios de comunicación no han sino ganado cada vez más espacio como nunca antes y seguramente lo seguirán ganando en un mundo dominado por las finanzas, el mercado y las telecomunicaciones.

Desde “la caída del intelectual” (Bauman, 1987), modo en que el sociólogo polaco caracteriza al ocaso de los grandes pensadores como los portadores de la palabra legítima en el designio de los pueblos, los periodistas y con ellos sus soportes, los medios, han ganado un espacio de primera magnitud a medida que el avance del mercado inundaba el planeta, se erigía la crisis del Estado de bienestar, caía el muro de Berlín y se promulgaba el fin de los grandes relatos. Un mundo cada vez más abierto en términos de ideas e información, pero al mismo tiempo monopolizado por lo que quiere el capital, se despliega sobre nosotros 24 horas al día circulando por los lugares más ricos del globo hasta los más miserables. No por nada se le llama a ésta la era de la información y se la erige como uno de los bienes más preciados. Los nuevos magnates son reclutados en las industrias de servicios de información y algunos con el capital que han acumulado en sus áreas de influencia han ocupado también lugares prominentes en la política. El saldo de ese desempeño es arena de otro costal, lo que importa resaltar es el modo en que sus posiciones les permitieron decidir sobre la marcha de los países aunque sea por un tiempo, y como la utopía del rey filósofo de Platón ha sido reemplazada por la del rey mass media.

II

Patrick Champagne ha sostenido, en un largo artículo donde reconstruye la historia y el contexto político de *Sobre la televisión*, que Bourdieu busca allí dar una batalla con los periodistas franceses por la clasificación acerca de quiénes son o no son intelectuales. Es cierto, pero no sólo eso hace el sociólogo francés en ese libro que contiene dos extensas exposiciones frente a cámara y a solas en el canal del College de France, junto a un artículo sobre el mismo tema que ya había publicado en *Actes de la recherche en sciences sociales* con un tono más académico. Allí también, Bourdieu pone de manifiesto las condiciones de producción del campo periodístico, en momentos en que el neoliberalismo emerge como el resultado del triunfo del capitalismo sobre el comunismo y la revolución de la tecnología y de la información comienza a desplegarse mundialmente. Es en ese contexto que Bourdieu quiere dar una batalla que sostenga un programa político ilustrado que le haga frente al predominio absoluto del mercado, cuando los valores de la ciencia y la modernidad comienzan, para el sociólogo francés, a entrar en un eclipse. Y allí es donde, visto desde hoy, su reflexión adquiere toda su importancia, en efecto, entre nosotros como nunca antes el periodismo y el poder de la televisión se ha conformado como un arma poderosa para el combate no solo por la información sino también para el orden político. Por cierto, no

³ Ya Borges en algunos de sus cuentos ha abordado esto desde la literatura, en “La muralla y los libros”, un emperador chino busca erigir la gran muralla y al mismo tiempo quemar los libros que narran el pasado de esa civilización. En “El culto de los libros”, sostiene que en un texto de Shaw un incendio de magnitudes amenaza la biblioteca de Alejandría, ante la alarma que esto despierta, Cesar, el emperador, postula, “Déjenla arder, es una memoria de infamias” (Borges, 1996).



decimos nada nuevo si lo que vamos a puntualizar es que los medios, y con ellos la televisión y los periodistas, sirven para manipular la información, tergiversar, esconder, obstruir o simplificar los hechos tal como aparecen a diario. Pero esas afirmaciones y descalificaciones lejos están de poder aclarar los mecanismos y las condiciones que hacen posible su poder en el escenario actual. Por eso en lo que sigue, intentaremos en unas pocas notas, mostrar algunos aspectos del funcionamiento de esa maquinaria. Aun cuando Althusser (1974) y Mattelart (2009) cada uno a su modo ya han establecido la importancia de los medios para ejercer el poder y la dominación, resta presentar las formas en que esos dispositivos se realizan en la actualidad, sus modos de funcionamiento, cómo estos se conectan con espacios más estructurales y establecer algunos parámetros históricos de manera tal que pueda ser inteligible el desarrollo de sus prácticas y funcionamientos.

III

En 1998 se estrena el documental *Tinta Roja* de Carmen Guarini y Marcelo Céspedes enfocado en la sección policiales del diario *Crónica*, sección que junto con la de deportes, es la más importante del diario. Famoso y legendario diario argentino, conocido y denostado para la “prensa seria” por su tinte amarillista, el estilo de *Crónica*, que fue durante mucho tiempo una distinción en el mundo de la prensa, hoy no es ninguna novedad, hoy *Crónica* no merecería un film de esas características. En efecto, han imitado sus modos a punto tal que el amarillismo es hoy una forma de hacer periodismo televisivo. Los canales de noticias tanto de canales abiertos como los de la tv por cable pueden mostrar diariamente casos de delitos a la propiedad o en la vía pública con igual o más imágenes y relatos impactantes que *Crónica*. Llegan incluso a instalar programas dedicados exclusivamente a casos policiales como *Cámara del Crimen* emitido por TN o el *Expediente* por C5N. En ese sentido, un emblema de ese formato apareció en canal 13 de la tv abierta hace algunos años cuando emitió durante 3 temporadas, *Policías en Acción*, dedicado íntegramente a seguir las redadas policiales por el conurbano bonaerense. Las emisiones no se limitaban a mostrar y buscar la espectacularidad de los despliegues policiales sino que en sus emisiones se construía relatos acerca de la delincuencia, armando representaciones sociales que en su mayoría se articulaban alrededor de la idea de que los delitos, el desorden, el caos, la violencia, el alcoholismo, etc. se encontraba de manera unánime en los barrios pobres y en los sectores populares. Del otro lado, y como otra cara de la misma moneda, aparecía la institución policial como la garantía de la ley y el orden (Santandreu, 2011). Así a través de imágenes y puestas en escenas espectaculares, se asistía a varias operaciones simultáneas. La estigmatización de los sectores pobres, la trivialización de la violencia social y policial y la naturalización de un estado de situación que no es otra cosa que el producto de un proceso histórico de degradación social que lleva varias décadas. Pero si algunos canales no apelaron a este tipo de formatos sí todas las señales de cable con mayor o menor intensidad recurrieron al tratamiento sensacionalista para difundir las noticias policiales. Eso articuló una de las máximas del modo del negocio televisivo, golpear al espectador y buscar a través del sensacionalismo atraer a la audiencia. Pero a este modo de hacer



antiquísimo, si se quiere amplificado por la época, se le suma uno más novedoso, la noticia policial como modo de hacer política. En efecto, la repetición de los hechos delictivos en los canales de noticias se convirtió muchas veces en la forma de instalar el tema de la inseguridad en la agenda pública para presionar a los gobiernos y buscar así influirlo o debilitarlo. Contadores con minutos y segundos incluidos donde se destacaba cada cuánto se cometía un delito instalaban un pánico moral que hacía posible la irradiación de la sospecha de todo el que fuera otro y deambulara o estuviera cerca. Frente a eso, tanto los especialistas como las estadísticas en materia de delitos que podían mostrar muchas veces cómo estos podían mantenerse estables o a la baja nada podían hacer frente a la repetición sistemática de robos, hurtos y delitos contra la propiedad y al clima de inseguridad que se instalaba, todo ello sazonado, por supuesto, con conductores, movileros y comentaristas que promovían la indignación y construían el perfil del delincuente que ataca a la sociedad. El vecino, la gente, la ciudadanía, he ahí las categorías elegidas para generar la empatía necesaria que hiciera posible de un modo eficaz la idea de defender los buenos valores sociales.

El modo se impuso de tal manera que hasta los programas serios que pueblan la noche televisiva adquieren algo de esa forma. El golpe bajo, el efectismo y una serie de clisés hacen a la forma en que el amarillismo inunda todos los formatos. Una forma de hacer televisión al fin, porque la audiencia manda, la competencia se torna feroz y no se puede perder el minuto a minuto.

IV

Pero, ¿dónde comenzó todo? ¿Cuándo fue que el estado de cosas que estamos describiendo comenzó a tomar forma y bajo qué condiciones? En los años 90. En efecto, fue en esa década cuando los periodistas se erigieron como los paladines de la justicia al denunciar, con éxito, la corrupción en los gobiernos de Carlos S. Menem. Al calor del ingreso del país a la globalización y el dominio de la economía de mercado, los medios se ampliaron ocupando el centro de la escena en Argentina. En efecto, la privatización de todos los canales de tv y luego la aparición masiva de la tv por cable, hacia 1995, abrió el camino a una oferta y una división del trabajo del mundo periodístico vía una mayor especialización temática de las emisoras que amplió la oferta, que hasta ese momento contaba con tan solo cinco canales de televisión y un puñado de diarios de tirada nacional. El menemato, como se lo denominó a los dos gobiernos del presidente Carlos Menem, fue el artífice de que el periodismo tanto gráfico como televisivo se erigiera como el gran guardián de la sociedad. Así, por ejemplo, el diario *Página 12* se convirtió en un verdadero fenómeno de audiencia. Nacido en 1987, se destacó desde sus inicios por ser un diario de tinte “progresista” y con una redacción abundante en escritores. Esto hizo que el desarrollo de las noticias y el análisis de las mismas tuvieran más lugar que la información como se hacía habitualmente en el periodismo argentino gráfico. También la cuestión cultural en general y literaria en particular, por tratarse de un medio donde abundaban los literatos ocupó un lugar central. Puede decirse en ese sentido, que era un periódico de periodistas intelectuales.



Y fue allí precisamente, en *Página 12*, donde se forjó un nuevo y arrollador periodismo de investigación que hacía centro en la corrupción menemista. Y también fue allí donde la obra de mayor impacto periodístico tomó forma. Efectivamente, *Robo para la Corona. Los frutos Prohibidos del Árbol de la Corrupción*, de Horacio Verbitsky fue el resultado de sus notas de investigación en el diario. El libro editado por el sello Planeta se convirtió en un verdadero best seller. Se publicó por primera vez en 1991 y para febrero de 1992 iba ya por su séptima edición, su poder de expansión fue tal que se convirtió en el libro periodístico más vendido en Latinoamérica. A ese libro le siguieron del mismo autor y por el mismo sello *Hacer la Corte: La construcción de un poder Absoluto sin justicia ni control* (1993) y *Un mundo sin Periodistas* (1997). Esa saga más sus columnas semanales le dieron un reconocimiento inusitado, abrieron un espacio para otros periodistas de investigación y convirtieron al diario en un verdadero fenómeno de los años 90, tanto es así que hacia 1998 la revista semanal *Noticias*, una de sus competencias, le dedicó un número titulado “El fenómeno *Página/12*”. Así, a Verbitsky le siguieron otros como el director de la primera época del diario, Jorge Lanata que junto a Román Lejtman, Ernesto Tenenbaum, Marcelo Zlotogwiazda, Luis Majul y Joaquín Morales Solá, entre otros, conformaron la primera camada de periodistas de investigación de la recuperada democracia, que ensancharon el campo periodístico masivo y consolidaron su posición en la tv y en los diarios. Claro que no fueron los únicos, pero ellos abrieron el camino para que la denuncia en general y la corrupción en particular, se erigieran en los grandes temas de la política argentina, que de los diarios muy pronto llegó a la televisión de la mano de quien sería la estrella periodística del rubro, Jorge Lanata. En efecto, Lanata es quien mejor expresó ese ascenso del periodista como guardián de los grandes valores de la sociedad. Se anudaron en ese desempeño la idea de rectitud, la defensa de la ética pública y la defensa de las buenas prácticas políticas. Su trayectoria está formada por un sinfín de emprendimientos disímiles donde la literatura, el documental, el cine, la radio y hasta el teatro de revista forjaron una carrera exitosa. Pero fue en *Día D* que se emitió por el canal América entre 1995 y 2003 donde su consagración como periodista de investigación tuvo lugar. Allí cada semana Lanata desplegaba una serie de informes donde variados columnistas desnudaban la corrupción reinante en la política argentina. Y cuando no eran los hechos de corrupción el centro del programa bastaba con mostrar la lista de sueldos de los políticos para que la audiencia no decayera y la indignación fuera el humus que creara el clima de época⁴. A Lanata le siguió todo un arco de periodistas que salió en busca de todo tipo de delito, pero sin ninguna conexión con sus condiciones estructurales. Así, Rolando Graña, Daniel Togneti, Martín Ciccioli, Facundo Pastor y muchos otros montaron, a caballo de la idea del periodismo de investigación que muestra la realidad, un sinfín de persecuciones a delincuentes de poca monta aquí y allá, sin conectar esas prácticas con el contexto que lo produce. Dealers, narcomenudeo y robo de celulares fueron y son los insumos centrales de programas que busca en puestas en escenas muchas veces espectaculares mostrar lo que pasa en el país. De esa segunda generación de periodistas que se dedicaron principalmente a la política debemos destacar el fenómeno que Mario Pergolini

⁴ Para un examen más detallado de su carrera de esos años 90 en donde además se transforman las características de ese periodismo véase, Baldoni (2010).



inauguró con *Caiga Quien Caiga* (CQC) con un estilo fresco, divertido llegando por momentos a lo desopilante. Un grupo de treintañeros que venían de la radio, en 1995, renovó el lenguaje del periodismo televisivo lo juvenilizó y puso en marcha un magazine semanal que a través de un sinfín de informes buscaba poner en ridículo a los políticos y así, tal vez como una consecuencia no deseada de la acción, denostar a la política. El programa tuvo un éxito tal que en 1996 fue vendido a España, al año siguiente a Italia y posteriormente a Israel, y a otros países demostrando que el formato podía funcionar a escala global. Entre nosotros, su última temporada fue en el año 2013 con la conducción del músico Roberto Pettinato. Como sea, lo que queremos destacar es que estos ejemplos, unos pocos pero emblemáticos, muestran unos modos del periodismo televisivo pero que a medida que nos acercamos al presente puede verse en otros formatos y otros soportes, que en algunos casos tiene formas incluso exacerbadas de esos clisés.

V

En uno de los anexos de *Sobre la Televisión* titulado “La influencia del campo periodístico”, Bourdieu analiza el sistema de coerciones que el campo periodístico ejerce sobre los otros campos sobre los que tiene influencia, pero también cómo este, a su vez, es condicionado por los poderes externos. Y al mismo tiempo cómo los periodistas de acuerdo a la posición que ocupan en el medio en el que se desempeñan y cómo la posición que su medio ocupa en el campo definen los niveles de autonomía que manejan para ejercer la profesión. Así, Bourdieu sostiene

al igual que el político y el económico, y mucho más que el científico, el artístico, el literario o incluso el jurídico, el campo periodístico está permanentemente sometido a la prueba de los veredictos del mercado, a través de la sanción, directa, de la clientela o, indirecta, de los índices de audiencia (aunque la ayuda del Estado puede garantizar cierta independencia respecto a las imposiciones inmediatas del mercado)” (1996: 106).

Así define su condición estructural y continua:

Y los periodistas se muestran, sin duda, tanto más propensos a adoptar el criterio de los índices de audiencia en la producción (...) cuanto más alta es la posición que ocupan en un medio de comunicación y más directamente depende este del mercado (...) mientras que los periodistas más jóvenes y menos establecidos son, por el contrario, más propensos a oponer los principios y los valores de la “profesión” (Bourdieu, 1996: 107).

Estas conclusiones que Bourdieu saca de su análisis del campo periodístico francés poco se parecen a las condiciones del campo periodístico actual. En efecto, en una mirada panorámica podemos concluir que el paisaje no ofrece otra cosa que una gran homogeneidad en términos generales. En los medios no aparecen muchas mediaciones, todo parece como si una única voz o pocas voces del mismo tenor le hablaran a un público homogéneo. Los periodistas se comportan como si la relativa autonomía del campo no existiera o quedara de lado y, por el contrario, como si no hubiera otra voz que la de la empresa o la



que establece la pauta publicitaria del Estado. Es difícil en ese sentido hablar de un campo del periodismo, no es que no lo haya, pero las posiciones, por los menos la de los grandes medios y sus satélites, tienden a parecerse indefectiblemente. Así, los grandes medios comerciales y sus canales de noticias, que son los que aquí nos interesa analizar, suelen proponer productos que no hacen otra cosa que posicionarse en uno u otro polo establecido alrededor de la línea oficialismo u oposición respecto de los gobiernos. Es así como se desdibujan las posiciones de los periodistas. Esa observación de Bourdieu que sostiene que los recién llegados tienden a defender los valores de la profesión y por el contrario los establecidos y con mayor jerarquía tienden a defender el status quo, es decir los valores del periodismo comercial, se cumple, en el mejor de los casos, escasamente entre nosotros. Por el contrario, lo que puede observarse es que las diferencias de posiciones se expresan cuando dentro de uno u otro polo (oficialismo u oposición) se asumen posturas radicalizadas dentro de alguno del extremo. Así, por ejemplo, si el canal es decididamente opositor y busca representar a esa franja de la audiencia, tendremos que algunos periodistas o panelistas de los programas políticos oscilan entre ser opositores o furiosamente opositores. Bajo esas condiciones lo mismo vale para los conductores, puesto que el escenario está armado de modo tal que estos, a diferencia de antaño, ahora pueden provenir de cualquier espacio y especialidad. Ello es así porque los conductores solo necesitan cumplir con la regla que se establece de antemano y que estos acataran sin que nadie se los pida para jugar el juego, y así hacer de la discusión política un espectáculo apto para el consumo televisivo pero que apunte al mismo tiempo el punto de vista de la empresa. Es por eso que un conductor puede haber pasado por diferentes rubros, provenir del mundo deportivo o de los programas de chimentos y caer en el horario central para conducir un panel donde la misión del programa no sea otra que estar a favor o en contra del gobierno. Así, los panelistas no harán otra cosa que montar una performance que muchas veces imita la puesta en escena de los programas de espectáculos. El golpe bajo, la acusación y, a través de ella, la descalificación reemplazan al análisis de las noticias o los acontecimientos del día o de la semana. Todo sucede desde la pura toma de posición, pero sin que esta sea puesta de relieve. Pero para comprender este estado de cosas es necesario detenerse, aunque más no sea mínimamente en las condiciones de producción de ese mundo periodístico.

Como se sabe el sistema de medios de comunicación en Argentina se caracteriza por una fuerte concentración. En efecto, si la ley de Servicios de Comunicación Audiovisual promulgada en el año 2009, debido a los embates judiciales, pudo ser puesta en marcha recién hacia 2013 cuando la corte suprema de justicia hizo lugar a todos sus artículos, con la llegada de Mauricio Macri a la presidencia en 2015 el sueño tantas veces postergado de tener una ley de servicios audiovisuales que reemplazara a la de la dictadura militar de 1976 quedó prácticamente sin efecto alguno. En menos de un año el nuevo gobierno derogó todos los artículos de la ley cuestionados por el Grupo Clarín, principal contendiente en la disputa con el anterior gobierno. Entre las medidas más salientes que llevó adelante debemos consignar que flexibilizó y extendió todos los plazos de las licencias otorgadas, se derogaron, asimismo, todos los artículos que regulaban las prácticas que tendían a la concentración, se facilitaron las transferencias entre



privados y se prohibieron las transferencias entre sectores sin fines de lucro. Así un especialista en el año 2016 pudo señalar “se trata de un intento del gobierno por restaurar las condiciones de mercado previas a la sanción de la ley audiovisual, en línea con los intereses de las grandes empresas de medios y telecomunicaciones” (Becerra citado en Califano, 2019: 80). Como contrapartida

Los medios estatales experimentaron una fuerte caída en los niveles de audiencia, sufrieron recortes presupuestarios en materia de proyectos y una reducción en la planta de empleados, mientras que se incrementaron las partidas para financiar cargos políticos. Vaciados de contenido, se los relegó a un lugar secundario en el sistema de medios. No corrieron mejor suerte los medios comunitarios, que desde 2015 han visto incrementarse los obstáculos que tradicionalmente tuvieron que enfrentar para acceder a licencias y a fuentes de financiamiento (Califano, 2019: 86).

Así, todo parece estar dispuesto para que los grandes jugadores ocupen el centro del escenario y de esa manera no solo condicionen a los gobiernos y la sociedad a través del control de “la opinión pública” sino que también por su grado de concentración y diversificación puedan ocupar varios frentes donde buscar imponer sus intereses.

Es esa concentración la que explica, en buena parte, la falta de diferenciación en las posiciones en el campo periodístico y la poca autonomía relativa de sus agentes. Es que no participar en los grandes medios es condenarse a sufrir los embates de la precarización laboral de una profesión cada vez más amenazada por los cambios en el funcionamiento de esa práctica. Y al mismo tiempo eso explica el ahínco con que conductores, panelistas y periodistas a secas, defienden posiciones fuertemente ideologizadas contrariando todo el ABC de la profesión. En efecto, de acuerdo con un informe realizado por Reporteros Sin Fronteras junto a un grupo de académicos locales y periodistas de *Tiempo Argentino* realizado a comienzos de 2019, en materia de medios de comunicación tenemos el siguiente cuadro

La concentración de audiencias en televisión (57%), radio (53%) y prensa gráfica (74%) representa un riesgo alto para la libertad de expresión. El Grupo Clarín concentra el (25%) de las audiencias de radio, prensa gráfica y televisión en los principales centros urbanos. Entre los principales ocho grupos del país, la concentración asciende al (59%). Las garantías regulatorias para prevenir la concentración horizontal son bajas y marcan un riesgo alto, principalmente por las falencias en su aplicación (Espada, 2020).

A ello agregan que

Si se toman los números de audiencia y tirada para radio, televisión, y prensa gráfica se encuentra que el dominio de los principales cuatro actores en cada una de las industrias representa un riesgo alto para la libertad de expresión. En tv, el Grupo Clarín, VIACOM, Time Warner y Grupo América concentran el (56,7%) del encendido total de televisión abierta y pago. En radio los números son similares, los cuatro grupos empresarios más grandes concentran el (53%) del encendido. Ellos son Clarín, Indalo, Prisa-Alba visión y América (...) En prensa la concentración de la tirada es altísima, solo el Grupo Clarín se



queda con el (53,4%) del mercado, lo siguen con proporciones menores La Nación, el Grupo Fascetto y la Gaceta de Tucumán. En total entonces estas cuatro empresas reúnen el (74%) de la tirada semanal (Espada, 2020).

A esto debe sumársele los intereses cruzados que tienen los propietarios de las empresas que hace que sean jugadores en el campo económico político y estatal. El otro elemento que debe tenerse en consideración, como ya señalamos, es la fuerte crisis que sufre la profesión de periodista. De acuerdo con un informe del Sindicato de Prensa de Buenos Aires entre 2016 y 2018 hubo 2700 bajas entre despidos y retiros voluntarios. Esas son las condiciones en las que se establecen las reglas de juego del mercado de información en Argentina. En lo que sigue mostraremos un ejemplo en el modo de funcionamiento televisivo.

VI

En “Ocultar mostrando” uno de los apartados de *Sobre la Televisión*, Bourdieu señala el modo en que los periodistas muestran de manera simplificada problemas sociales complejos hasta llegar muchas veces a la pura banalización. Y destaca también su reverso, la amplificación de sucesos con la cual se busca atraer y golpear a la audiencia que está anclada en la lógica televisiva. Aquí entre nosotros, eso que sostiene el sociólogo francés ocurre pero también adquiere otra dirección y con otros recursos. Los programas de periodismo político, además de la espectacularización y descalificación cual programa de chimentos, arman sus paneles o entrevistas para llevar a cabo la operación de ocultar mostrando de este modo. Todo el día a toda hora pero sobre todo en los horarios centrales, se invita a participar a economistas, un ejército que pueblan el orbe televisivo y que opinan sobre las medidas del gobierno, la marcha y el futuro de la economía y en consecuencia del país. La leyenda “economista” aparece debajo del nombre completo del entrevistado. Pero nada se dice acerca de su pertenencia institucional o adscripción profesional, en otras palabras, nada se dice acerca de para quien trabaja, si pertenece a una fundación, si es un consultor de empresas o por el contrario es un académico o investigador de alguna entidad pública o privada. Y sucede que la más de las veces el mundo privado es el que el provee a ese tipo de actores sociales. Así es como aparece una complicidad entre conductor y entrevistado y la profesión de economista sostenida sobre la legitimidad que le da ese saber experto habla en nombre de una disciplina que amparada en el prestigio científico muestra como neutral aquello que no es otra cosa que una toma de posición. Lo mismo podría decirse para todo otro tipo de profesionales, pero sucede que son los economistas los que desde ya largo tiempo han adquirido una relevancia y visibilidad de gran importancia. Ahí reside la operación de ocultar mostrando, en la falta de información acerca de cuáles son los agentes a los que se recurre para que emitan una opinión autorizada. No es que esto no tenga sus contradictores, sí las hay pero en casi todos los casos con un poder de fuego menor que los grandes jugadores. Se podrá objetar diciendo que esos mecanismos de encubrimiento, o de esconder mostrando, se han desarmado muchas veces. Pero su eficacia se mantiene y es por eso que se apela a ese mecanismo una y otra vez.



La forma en que se eligen los panelistas en el panel muestra otro tanto. Si el canal juega para el lado opositor al gobierno, la ecuación será 5 a 1, 6 a 2 y así, y lo mismo a la inversa. Siempre para aparentar que hay una pluralidad de voces, se pone en juego la palabra minoritaria de un contradictor que rápidamente será tapado por los otros concurrentes. Y allí también comienza el espectáculo. Lo que debería, porque eso es lo que se busca según se dice, ser un debate de ideas, no es sino una riña donde el opuesto a la posición que se defiende es descalificado y muchas veces hasta estigmatizado una y otra vez. Todo desde una posición que se asume en la mayoría de los casos neutral y objetiva. Es cierto que esto se debe a los índices de audiencia, que es lo que se tiene en cuenta desde los grandes medios comerciales y por eso es lo que se quiere hacer rendir.

Por otra parte, es también en esos programas con panelistas, entrevistados e invitados especiales, donde habitualmente se confunde la noticia y la opinión, en los que el género preponderante es el de la noticia comentada y es allí donde nuevamente se puede ocultar mostrando. Porque ocurre que la opinión es mostrada como si fuera noticia. Esa no diferenciación es parte de los recursos y las estrategias con las cuales los grandes medios, que como ya dijimos más arriba, buscan imponer su punto de vista en el espacio mediático, se convierten en una especie de intelectual colectivo o mejor, una especie de partido que muchas veces reemplaza a los partidos formales poniendo a jugar sus intereses empresarios que están detrás.

Pero debemos anotar, por último, que la gran concentración de medios junto a la crisis que vive la profesión de periodista explica en parte esa defensa abierta de las posiciones empresarias que muchas veces vemos en los conductores y panelistas de los programas políticos. A eso debe sumársele que ocupar esas posiciones en los medios les garantiza muy buenas remuneraciones, porque en la mayoría de los casos no solo aparecen en la televisión sino que una porción de esos agentes circulan por los medios radiales y también en algunos casos gráficos que controlan los grupos para los que trabajan. Así, si esas posiciones de defensa de los grandes grupos no les otorgan capital simbólico que les dé prestigio y con ello poder transar el mismo luego en el mercado, les otorgan en cambio capital económico y una estabilidad en la profesión. Así es como los grandes medios hacen valer sus intereses en la tv en la prensa gráfica y también en la radio con un séquito de periodistas que conforman una elite cerrada y muy diferenciada de quienes ocupan posiciones en medios de menor escala.

VII

Todo lo dicho hasta aquí no tiene otro sentido que el de poner de relieve un problema grave para la democracia. Toda concentración de poder lo es, pero tanto más si hablamos de monopolizar la información. Es que una de las condiciones para que la sociedad pueda tomar decisiones es que pueda acceder a los datos que hacen a la marcha del gobierno y de la o las oposiciones. No es que no existan los canales de noticias o noticieros de donde sacar esa información sino que esos son espacios marginales respecto de los que ocupan los grandes tanques mediáticos. Esa es una de las razones por las cuales es



imprescindible la democratización de las comunicaciones. Será muy difícil plantearlo y que el Estado lo lleve adelante, las corporaciones, como se sabe, más si son globales como en esta era, tienen un poder más importante que el de los gobiernos como bien lo hizo notar Max Weber a comienzos del siglo XX. Máxime si se toma en cuenta que cualquier atisbo de regulación es visto desde las corporaciones como un ataque a la libertad de expresión. Pero sucede que la libertad de expresión funciona en el periodismo y en los grandes medios como la libertad de mercado en la economía, donde su contraparte es el monopolio. Donde los más grandes imponen su fuerza y se comen a los más pequeños. Así la regulación y su sola idea generan reacciones que apelan a valores trascendentales, pero no son más que defensas de posiciones dominantes en un mercado cada vez más concentrado. En ese sentido es imprescindible que la sociedad busque equilibrar las relaciones de fuerzas de modo tal que hagan posible que el espacio de la comunicación se descomprima y dé lugar a una verdadera pluralidad de voces que no solo emitan su opinión sino que también hagan posible la información no solo del país sino del mundo.

Bibliografía

- Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Baldoni, M. (2010). Las transformaciones de los medios de comunicación y el periodismo político durante la década del ochenta y del noventa en Argentina: un recorrido por las trayectorias profesionales de Jorge Lanata y Luis Majul. *Actas de las VI Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de la Sociología. La Plata.
- Bauman, S. (1987). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires. Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- Borges, J.L. (1996). El culto de los libros. En *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Editorial Emecé.
- Bourdieu, P. (1996). *Sobre la televisión*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Califano, B. (2019). Urgencias públicas e intereses privados: La regulación de medios en la agenda del gobierno argentino (2015-2019). *Revista Ensamble*, 11.
- Champagne, P. (2007). Sobre la “mediatización” del campo intelectual. A propósito de *Sobre la televisión*, Pierre Bourdieu. En Champagne, P. Pinto, L. Sapiro, G. (dir). *Pierre Bourdieu. Sociólogo*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Coser, L. (1968). *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Dorfman, A y Mattelart, A. (2009). *Para leer al pato Donald. Comunicación de masas y colonialismo*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Espada, A. (2020). El sistema de medios argentino: Concentrado y con ausencia estatal. ¿Cuáles son los intereses de los medios de comunicación, sus relaciones con la política y con otras áreas de la economía? *Papel revista fibra*, 26.
- Santandreu, B. (2011). Análisis semiótico de los fenómenos sociales en “Policías en acción”. *III Congreso*



Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Sartori, G. (1997). *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Buenos Aires: Editorial Taurus.

Verbitsky, H. (1991). *Robo para la Corona. Los frutos Prohibidos del Árbol de la Corrupción*. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Verbitsky, H. (1993). *Hacer la Corte: La construcción de un poder Absoluto sin justicia ni control*. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Verbitsky, H. (1997). *Un mundo sin Periodistas*. Buenos Aires: Editorial Planeta.





BRASIL, MÁQUINAS SEMIÓTICAS E ACELERAÇÃO POLÍTICA

Javier Alejandro Lifschitz

BRASIL, MÁQUINAS SEMIÓTICAS E ACELERAÇÃO POLÍTICA

Javier Alejandro Lifschitz⁵

Resumen

Desde el golpe parlamentario de 2016, la política brasileña ha adquirido una aceleración sin precedentes y en este artículo trabajamos algunos aspectos de esa fuerte transformación del régimen de temporalidad en la política. Observamos que desde este período se activaron máquinas de guerra semióticas, que suscitan cuestiones teóricas y políticas, como formularon Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*. Estas máquinas semióticas articulan cadenas significativas de diferentes campos -justicia, Parlamento, medios de comunicación- y operaron un poderoso efecto de deslegitimación de dos presidentes elegidos por el voto popular, del Partido de los Trabajadores y de la izquierda en general. Señalamos la centralidad que pasaron a tener, en la política, las máquinas/sujetos que son destituyentes y sitúan a la política como un régimen de aceleración, como discutimos a partir de autores como Paul Virilio y Hermut Rosa. Visualizamos una reconfiguración de esas máquinas de guerra después de la asunción del gobierno de Bolsonaro.

Palabras clave: política y velocidad – golpe parlamentario – máquinas semióticas y políticas

Resumo

Desde o golpe parlamentar de 2016, a política brasileira adquiriu uma aceleração sem precedentes, e neste artigo tratamos alguns aspectos dessa verdadeira transformação do regime de temporalidade. Observamos que desde esse período se ativaram máquinas de guerra semióticas, que não deixam de suscitar questões teóricas e políticas, como as levantadas por Deleuze e Guattari em *Mil Platôs*. Tais máquinas semióticas articularam cadeias significantes de campos diferentes – a justiça, o Parlamento, a mídia –, e resultaram em um potente efeito de deslegitimação de dois presidentes eleitos pelo voto popular, do próprio Partido dos Trabalhadores e da esquerda como um todo. Apontamos para a centralidade que adquiriram máquinas/sujeito destituíntes, que colocam a política em sujeição à velocidade, conforme discutimos a partir de autores como Paul Virilio, Hermut Rosa, dentre outros, e visualizamos também a reconfiguração dessas máquinas após a ascensão de Bolsonaro.

Palavras-chave: política e velocidade – golpe parlamentar – máquinas semióticas e política

Abstract

Since the parliamentary coup in 2016, the politics in Brazil have experienced a speed acceleration, and in this article we note some of these aspects of transformation and acceleration in the time regime. We noticed that since this period, the semiotic war machines got activated, which lead us to theoretical and

⁵ Faculdade de Ciências Sociais. Universidade Federal do Estado do Rio de Janeiro (UNIRIO).



political issues, like those brought up by Deleuze and Guattari in *A Thousand Plateaus*. Those semiotic machines articulate significant chains in different areas – the Justice, the Parliament, the media –, and result in a strong effect of delegitimization of two democratically-elected presidents, of the Worker’s Party and of the left wing in general. We highlight the centralization of destituent machines/subjects/individuals, which accelerate the pace of politics, recurring to the perspective of Paul Virilio, Hermut Rosa among other authors. We also visualize the reconfiguration of those machines after the rise of Bolsonaro.

Keywords: politics and speed - parliamentary coup - semiotic machines and politics



BRASIL, MÁQUINAS SEMIÓTICAS E ACELERAÇÃO POLÍTICA

Os sujeitos sendo regidos, dominados e condicionados por um regime temporal em grande parte invisível, despolitizado, indiscutido, não teorizado e inarticulado. Esse regime temporal pode de fato ser analisado graças a um conceito unificador: a lógica da aceleração social.

Hartmut Rosa, Accélération: une critique sociale du temps, 2010

Durante o período transcorrido entre o golpe contra a presidenta Dilma Rousseff e a eleição de Jair Bolsonaro, a política brasileira adquiriu uma aceleração sem precedentes. A sensação de vertigem, de desorientação perante outro patamar de temporalidade sucede em um contínuo absoluto que parece não admitir cortes, como se houvesse unidades do tempo político que se tornaram muito breves, tão breves que já não há superfície para escandir o tempo em conjunturas tão voláteis.

As temporalidades políticas são construções sociais acerca do sentido do que consideramos o atual, o passado, o porvir e a memória. Trata-se também de um tempo que se inscreve no capitalismo, no controle dos corpos, e do controle disseminado, como dizia Foucault (2010), e que hoje encontra-se cada vez mais imbricado com máquinas semióticas produtoras de sentido e de aceleração. Tal como dizia Paul Virilio (1996) em seu estudo *Velocidade e Política*: a política contemporânea está voltada à aceleração, porque sua meta é reduzir ao mínimo o tempo de ação do adversário.

No Brasil configurou-se uma máquina de discursos, interconectados, da mídia, da justiça e do parlamento, juntos e cada um a seu modo, operando a deslegitimação de dois presidentes populares e um partido popular. Uma *máquina de guerra*, não estritamente militar – como formularam Deleuze e Guattari (2012) –, que tem renovado os efeitos de aceleração social. Nos deteremos nesse aspecto, no que diz respeito à aceleração que tomou conta da política no Brasil.

Como dizíamos acima, a política brasileira adquiriu uma aceleração sem precedentes, e essa questão, aparentemente muito abstrata, esse novo patamar de temporalidade, não deve ser desconsiderado na pergunta sobre o acontecido na política e na cultura.

Aceleração e os estilhaços da política

De acordo com Hartmut Rosa (2015), a modernidade e o capitalismo foram processos que instituíram a questão da *aceleração social*, dos ritmos de vida, nas técnicas e na ideologia de mercado, que age como



força propulsora. Obviamente não é o tempo físico que se altera pela ação humana, mas sim âmbitos no campo social que se aceleram e propõem, nesse sentido, uma “teoria sistemática da aceleração social”, que envolveria três instâncias: a aceleração tecnológica, a aceleração da mudança social e a aceleração dos ritmos de vida. A primeira envolve mudanças técnicas na base material – difusão de técnicas e tecnologias, como tem acontecido nas distintas fases do capitalismo. A segunda refere-se à velocidade nos cortes simbólicos, nas mudanças de atitudes, valores, linguagens; e a terceira, a dimensão subjetiva da aceleração, que estaria associada “à crescente sensação de falta de tempo” e ao “desejo de produzir mais experiências por unidade de tempo”. Esses seriam, poderíamos dizer, os sintomas da aceleração, embora esse mal-estar deva ser situado conforme as distintas experiências de classes sociais e a singularidade de cada sujeito. Contudo, o tempo se altera e isso tem implicações para a ação política. Inclusive com a pandemia, porque apesar de ter havido uma parada mais ou menos generalizada, segundo os países, a aceleração não cessou de se inscrever. Como disse Lepecki (2018), a paralisação física foi compensada por uma hiperatividade digital, a favor de uma aceleração mental produtiva. “Tudo se acelerou, em uma cinética neoliberal que já não impõe a aceleração desde fora, mas desde dentro” (Lepecki, 2018).

Seguindo a Hartmut Rosa, uma das marcas da aceleração social é o fato de obedecer a imperativos, que o autor denomina *imperativos sistêmicos temporais*. São imperativos porque operam como mandatos – econômicos, simbólicos ou imaginários – que devem ser cumpridos, e também porque esses próprios imperativos sempre permanecem socialmente não teorizados, inarticulados, invisíveis, enquanto formas de dominação. Os sujeitos não costumam questionar justamente porque tais imperativos não são compreendidos e articulados num nível ético-político. Mas há um outro aspecto que o autor discute: esse processo de aceleração capitalista encerra diversos paradoxos. Um deles é constatar a quimera de que a mudança técnica iria promover o tempo livre. O que se constata parece ser o contrário: a abolição do tempo livre e jornadas de trabalho cada vez mais intensas e contínuas. O outro paradoxo nos leva ao cerne da questão que tratamos neste artigo: a aceleração social teria ultrapassado as estruturas temporais vigente nas instituições, conduzindo à primazia de relações *dessincronizadas*, que tem efeito de paralisia das forças críticas, da autonomia, da esfera pública, da consciência.

Na política brasileira, com a rapidez com que se deram as desafeições políticas, o golpe contra a ex-presidente Dilma, o abismo da lei jurídica, porque nesse campo aconteceu um colapso, que desorientou a esquerda, que continua denunciando a destruição da lei, das instituições republicanas e o uso político seletivo da ordem jurídica. As forças e os partidos de esquerda são os que mais lutaram para preservar a lei, os que mais fortemente estão lutando pela preservação das instituições democráticas. Entretanto, as instituições republicanas foram os principais agentes dessa aceleração destituente, tanto no golpe de 2016, na prisão de Lula, como em todo o processo regressivo que levou Bolsonaro à presidência da nação. O tempo acelerado que avançou sobre as formas democráticas, com cenários muito cambiantes e valências que mudam rapidamente de signo.



Mas o golpe não foi somente uma sequência de atos jurídicos irregulares, ou apenas acordos parlamentares destituíntes. Foi um profundo processo de transvaloração política, no sentido regressivo, que se utilizou de múltiplos meios no campo significativo.

Configurou-se uma máquina de discursos interconectados, uma *máquina de guerra semiótica* – como mencionamos anteriormente, aludindo a Deleuze e Guattari (2012). Isso foi inusitado no campo simbólico: uma máquina de guerra capaz de torcer a linguagem e provocar uma derrubada institucional que também não tem antecedentes ao provocar o abismo institucional que com a pandemia se tornou genocídio.

A ideia de máquinas simbólicas remete à década de 50, a propósito dos sistemas técnicos serem capazes de processar, além de cifras, também símbolos (Noth, 2001), e que de alguma forma retorna na atualidade no uso da indústria de fake news nos âmbitos cultural e político.

De acordo com a definição de Krämer (1988), uma máquina simbólica é um dispositivo que, sendo desprovido de materialidade, só existiria no plano da representação. Portanto, seriam máquinas somente no sentido metafórico. Contudo, vemos que houve um sujeito/máquina operando, e isso ficou muito evidente nas últimas eleições no Brasil. Durante a campanha eleitoral de 2018, em que disputaram no segundo turno Fernando Haddad, pelo PT, e Bolsonaro, pelo “antipetismo”, foi montada uma monumental máquina semiótica cujos efeitos foram potentes na construção de desafeições políticas em escala demográfica, utilizando múltiplos recursos significantes para provocar quebras nas identidades políticas e mudar o rumo de um país.

Essas verdadeiras máquinas semióticas operaram acionando mensagens falsas – as conhecidas *fake news* – em longa escala através de replicadores informáticos. Uma das mais comentadas, por meio de mensagens do aplicativo WhatsApp, acusavam o candidato às eleições de 2018, Fernando Haddad, de ter aprovado, quando prefeito de São Paulo, a distribuição de um “kit gay” nas escolas públicas, supostamente para influenciar as crianças a serem homossexuais e aceitar a “ideologia de gênero”. Também ocorreu a replicação em escala de imagens da candidata, no primeiro turno dessas eleições, do Partido Comunista do Brasil, Manuela D’Ávila, em que aparecia vestindo uma camiseta que mostrava um arco-íris contornando a frase editada “Jesus é Travesti” (Barragán, 2018).

Há muito de grotesco em tudo isso, e a predominância desse gênero nos conteúdos de tais máquinas não deixa de chamar a atenção, tanto pela eficácia alcançada como pelas fissuras simbólicas que provocaram (Tiburi, 2020). No entanto, já existia uma mudança cultural religiosa conservadora em curso, e isso foi muito anterior ao Bolsonaro e à pandemia. A máquina semiótica não criou forças sociais, elas já estavam aí para serem acionadas. Contudo, a questão parece ser bem mais dialética, porque as máquinas semióticas não foram meros instrumentos. Durante o golpe de 2016, houve toda uma sequência de “bombas semióticas” (Ferreira, 2020), com alto poder de propagação, que antecederam o impeachment e que o autor desse livro inscreve nas das denominadas guerras híbridas (Korybko, 2018).

Como observa Ferreira (2020), *esse processo mobilizou todo um arsenal retórico, linguístico e semiológico ao longo de etapas bem distintas, sendo a última a polarização ideológica extrema. Envolvia* noticiários, programas de auditório e até minisséries *globais* para legitimar a agenda política de oposição. Uma



sequência de estrondos mediáticos focados na *corrupção* – significante que foi mote de todos os golpes de Estado no Brasil –, tal como a intervenção do Jornal Nacional da Globo, que se articulava com uma complexa composição de interesses da “elite do dinheiro” para derrocar uma presidenta eleita democraticamente. A cumplicidade da TV Globo com as bombas semióticas foi evidente na construção do impeachment (Souza, 2016). Um exemplo é a exibição de uma figura de um cano de petróleo, do qual saía dinheiro, que permanecia como tela de fundo cada vez que os repórteres do Jornal Nacional da Globo anunciavam o envolvimento do PT em supostos casos de corrupção, a grande maioria não comprovados. Essas máquinas não são acéfalas. São máquinas de guerra situadas na lógica de confronto de classes, e que no caso brasileiro agregou o neoliberalismo dos empresários, os interesses estrangeiros, o conservadorismo patriarcal das classes médias, o fundamentalismo dos crentes, e as pressões de militares, policiais e milícias. Um complexo quadro destituente de alianças, que envolve evidentemente a questão da longa duração: uma lógica escravocrata persistente, como discute Jessé de Souza (2018), especialmente no livro *A elite do atraso: da escravidão a Bolsonaro* (2019). Pactos antipopulares encabeçados pela elite que se afirmam “pela crença [de] que há pessoas que só existem para servir a outras e que se existe um governo popular, que consegue redimi-las, deve ser derrocado de qualquer maneira” (de Souza, 2018:72).

São retornos, repetições, que nunca acontecem da mesma maneira, como evidenciam historiadores como Luiz Felipe de Alencastro (2019), além de muitos outros intelectuais e professores que destacaram as heranças da escravatura na atual crise política. No campo da ciência política, Leonardo Avritzer, com o livro *O pêndulo da democracia* (2019), também enfatiza aspectos antiliberais e antidemocráticos que estariam presentes desde o processo de formação política do país e que reapareciam de forma pendular na história política moderna brasileira.

Um movimento pendular que desloca as forças democráticas pelas antidemocráticas em determinadas conjunturas, como nas conjunturas democráticas dos períodos 1945-46 e 1985-88, e as antidemocráticas, nos anos 1954, 1964 e agora em 2016, que seria acionado para contestar esses projetos políticos e políticas públicas populares.

Ou seja, uma ideia de que o abismo é a atualização de outros abismos, vividos por outras gerações, que também tiveram que enfrentar períodos políticos que colocaram uma vastidão de setores populares na pobreza e na invisibilidade. Com o golpe à presidenta Dilma Rousseff, se atualizariam estratégias de regressão social e de posições geopolíticas subordinadas sofridas também em outros momentos da vida política do país, e que se repetem, ainda que nunca da mesma maneira. O que se repete é a rejeição das elites à democracia, quando essa afeta seus interesses de classe, econômicos e simbólicos.

O que se repete também seria a “democratização insuficiente” dos poderes institucionais, especialmente do Poder Judiciário, que teria se organizado historicamente à margem dos vereditos da soberania democrática e a instituição militar também compartilharia essa característica. Mas a singularidade de golpe de 2016, como diz Luiz Eduardo Soares, antropólogo e ex-Secretário Nacional de Segurança Pública, “[...] é o contágio entre as distintas dimensões degradadas: a economia, a política, a cultura e a sociedade.



O ponto neurálgico que obstrui saídas é o colapso da representação, a corrosão da legitimidade política” (Soares, 2019: 43).

Sobre esse contágio, muito falou Freud em *Psicologia das massas e análise do eu* (2012), que tem como referência histórica a emergência do nazismo, mas há também o aspecto do agenciamento, das estruturas e seus recursos semânticos, que se interpenetraram em um coletivo de enunciação que trabalhou incessantemente para deslegitimar o PT e a esquerda.

As interconexões da máquina destituente

Há um aspecto das máquinas semióticas que deve ser destacado: o fato de que articularam cadeias significantes de campos diferentes – a justiça, o Parlamento, a mídia –, e que resultaram em um potente efeito de aceleração no campo político. Nesse sentido, é sugestiva a ideia de uma máquina de guerra, como formularam Deleuze e Guattari no livro *Mil Platôs* (2012). A questão é tratada no capítulo intitulado “Tratado de Nomadologia: a máquina de guerra”, que é entendida como um “paradigma que é, a um só tempo, político, sociocultural e epistemológico: o paradigma da máquina de guerra” (Deleuze e Guattari, 2012).

Por que um paradigma? Primeiramente, porque as máquinas de guerra não são aparelhos militares e menos ainda aparelhos de Estado. São “ações guerreiras” que se constituem precisamente contra o Estado, e que se dão em diversos planos e utilizando diferentes meios, daí sua característica *nômade*. Em segundo lugar, porque se apresentam como pura exterioridade. Sem medida comum capaz de reduzi-las em seu ímpeto de tentar enfraquecer ou dissolver o Estado, mobilizam capacidades *rizomáticas*. As máquinas de guerra se abrem para múltiplas conexões – materiais, imaginárias e simbólicas – e avançam no espaço de forma vetorial, isto é, o movimento não linear de uma máquina de matéria heterogênea que opera com conexões discursivas entre diferentes instituições e regimes de signos. As conexões que articularam a Operação Lava Jato, comandada pelo ex-juiz e ex-Ministro Sergio Moro, com a TV Globo, o Ministério Público e a Polícia Federal, foram dessa índole.

“A justiça é lenta” – uma frase sempre ouvida, dita e constatada no Brasil. No entanto, durante o golpe a justiça adquiriu uma velocidade também inusitada, juntamente com uma visibilidade inédita.

Quando se diz que o golpe de 2016 contou com o “ativismo judicial contra o PT”, isso operacionalmente significa duas coisas. Por um lado, operações de seletividade nos processos. É evidente que o Partido da Social Democracia Brasileira (PSDB), que perdeu nas eleições de 2014 contra Dilma e que participou ativamente do golpe parlamentar, foi poupado na Operação Lava Jato e em outros processos tramitados no Ministério Público, e essa seletividade permitiu em grande parte a aceleração dos processos jurídicos. Por outro lado, procurou-se antecipar as penas, encarcerando dirigentes do PT e o presidente Lula, cujos processos ainda estavam tramitando na justiça. Também foram aplicadas medidas judiciais ilegais e inconstitucionais, com a produção de várias liminares visando o mesmo ato político e outros desvios



institucionais planejados. Falseamentos, que poderíamos denominar *barrocos*, porque todos os subterfúgios jurídicos ficcionais foram apresentados ao público e longamente justificados.

Os golpes brancos, ou golpes dentro da lei, são em certo sentido uma novidade na América Latina. O Brasil não foi o único caso. Eles aconteceram em série, em Honduras, no Paraguai e no Brasil, com características semelhantes, embora não tenham obedecido a um único modelo (Proner, 2016). Historicamente, na América Latina as instâncias jurídicas em muitos casos acompanharam ou foram omissas em relação a golpes militares, mas neste novo caso emprestaram ao golpe o fundamento de sua legitimidade social. Muitos juristas afirmam que essas instâncias se envolveram na reinterpretação interessada do Direito, fato que terá consequência sobre o futuro da democracia.

No Brasil, para que o impeachment fosse juridicamente possível era necessária a comprovação de um crime de responsabilidade, conforme definido na Constituição, e o dito *crime* não ficou demonstrado (Assis, 2016). Foi suficiente uma deslealdade shakespeariana (do Vice-Presidente da República e do Presidente da Câmara dos Deputados) para que o processo adquirisse uma celeridade insólita. Entre a acusação e o impeachment, passaram-se apenas dois meses.

A Operação Lava Jato foi motor dessa aceleração jurídica. Com a entronização do juiz Moro, representante do que Ingeborg Maus (2000) denomina a “ascensão dos juízes da corte”, a função jurídica se altera. Ocorre a sobreposição da lógica política à lógica judicial, alterando-se de tal forma a função jurídica que a busca por meios de aceleração se torna indiscriminada. Paralelamente ocorriam as investigações da Polícia Federal, a partir das delações. O que devia ser o início de um processo de investigação tornou-se um conjunto de narrativas de antecipação de culpabilidade, invertendo e acelerando todo o processo, porque da delação, supostamente sigilosa, passava-se imediatamente ao julgamento televisivo, pulando-se assim muitas normas procedimentais.

Logo, a retroalimentação das cadeias significantes jurídicas e da mídia deu início a uma sorte de “novelização” da política, com seus respectivos capítulos, nomeados com títulos sarcásticos. Microeventos policiais em formato televisivo, que em tempo real deram intensidade a essa máquina semiótica.

A mídia monopólica

A mídia que operou o agenciamento da deslegitimação de Lula, Dilma e do PT está inserida em uma estrutura extremamente monopólica. Da mesma forma que as organizações Globo, estes são grupos familiares muito restritos e estreitamente vinculados ao empresariado por compromissos recíprocos, e também ao Estado. Um agenciamento-chave no golpe, isto porque a mídia opera com a intersubjetividade, com emoções, memórias.

Segundo Deleuze, o regime da máquina de guerra é antes de tudo um regime de afetos, de descarga imediata de uma emoção, enquanto o sentimento procede como uma emoção sempre retardada, deslocada. Como dizem Deleuze e Guattari, em *Mil Platôs* (2012): as emoções são projéteis, tanto quanto



as armas. E a mídia monopólica operou no Brasil nesse plano, criando a incerteza em longa escala, utilizando-se, como apontou Horacio Gonzalez com relação ao seu papel no contexto político de Macri na Argentina, de “técnicas de emissão, disciplinamento e controle de excitabilidade populacional” (González, 2018).

Cabe explicitar um pouco as funções do gênero *noticiário* nesse processo. O jornal de notícias é fundante de percepções políticas porque é assimilado como o critério de realidade. Enquanto a novela é o gênero social da distração da realidade, o noticiário é o gênero que aparece como expressão dessa própria realidade. Como representante do que “realmente sucede” é um gênero que nos interpela diariamente e que recria cotidianamente a proeza de nos sujeitar a uma “comunidade imaginada” (Anderson, 1993).

Como afirmou Bourdieu (1997), esse é um gênero que tem a capacidade de impor princípios e visões do mundo, sendo por isso muito atrelado à política e também à velocidade, que está inscrita nas estruturas e nos mecanismos do próprio campo, “porque a concorrência pela prioridade da notícia coloca toda a prática jornalística sob o signo da velocidade ou da precipitação” (28).

No processo do golpe, o Jornal Nacional da Globo e demais jornais da mídia televisiva e escrita usufruíram de forma inusitadamente intensa dessa poderosa ficção de serem o meio através do qual a própria realidade é comunicada. Os noticiários produziram uma narrativa extensa e repetitiva sobre o tema da corrupção para criar desafetos e desidentificações. Operaram um contínuo de notícias, que violentamente tirou da sociedade seus motivos de reflexão sobre si mesma, rebaixou seus níveis de autoproteção e seus recursos de distanciamento (Souza, 2016). Não houve “perda de tempo” nos noticiários monopólicos.

Um aspecto interessante é que a máquina semiótica da grande mídia funcionou a partir de transbordamentos ilegais, vazamentos, como comenta um reconhecido jornalista e analista das mídias:

Nenhum ente privado deveria ter acesso aos próximos passos da operação [Lava Jato]. Essa é a teoria. Porém, a prática é outra. A fonte desta página provou ter informações privilegiadas de que na nova fase da Lava Jato serão quebrados os sigilos de Lula, de Marisa, de todos os filhos deles, de suas empresas, do Instituto Lula, da empresa de palestras de Lula, de Fernando Bittar etc. O mais estarrecedor, porém, foi a informação de que todos os veículos de uma dita “imprensa simpatizante” (como são conhecidos na Lava Jato os veículos que cumprem determinações dos investigadores no sentido de fustigar petistas) já dispunham de cópia da decisão de Moro quebrando o sigilo das 43 pessoas e entidades que o leitor irá conhecer em seguida (Guimarães, 2016: 113).

Logicamente, o que estava em jogo aqui, mais do que o desejo das empresas lucrarem com a antecipação da notícia, era uma poderosa estratégia utilizada com vistas a induzir posicionamentos de valor em momentos-chave do desenrolar do golpe, e o véu dessa máquina semiótica foi aos poucos desvelado por denúncias realizadas pelo site *The Intercept*, representado pelo jornalista americano Glenn Greenwald,



partindo de grandes bases de dados, incluindo mensagens privadas, gravações em áudio, vídeos, fotos, documentos judiciais e outros enviados por fontes anônimas que envolvem a Operação Lava Jato. Cabe destacar que foi a Operação Lava Lato que levou à prisão o ex-presidente Lula, e cuja condenação foi confirmada em segunda instância com muita celeridade. Essa condenação tornou Lula proscrito nas eleições de 2018, quando todas as pesquisas eleitorais indicavam que liderava os cômputos das intenções de voto. A prisão de Lula, portanto, foi central para o triunfo de Bolsonaro.

As reportagens do *The Intercept Brasil* tornaram públicas falas dos procuradores da Lava Jato sobre o desejo de impedir a vitória de Lula, a colaboração secreta de Moro com os procuradores para montar as acusações contra o ex-presidente, e um aspecto impactante do ponto de vista da constituição dessas máquinas semióticas: o circuito de transferência de informações entre a Lava Jato e a Rede Globo. Como aponta Glenn Greenwald em uma entrevista:

Obviamente, a grande mídia estava como uma aliada do Sergio Moro e da Lava Jato nos últimos anos, não só por ideologia, mas também porque o modelo do lucro da mídia brasileira era receber vazamentos da força-tarefa da Lava Jato sem gastar com nenhum recorte, sem fazer investigações [...] Então o Jornal Nacional recebia vazamentos da força-tarefa da Lava Jato, o [apresentador William] Bonner anunciava que tinha uma notícia muito importante sobre corrupção, com uma audiência enorme, e a Globo lucrava muito sem fazer jornalismo. O papel da grande mídia no Brasil era quase como parceiro da Lava Jato e do Sergio Moro.⁶

A máquina semiótica se incorporava, assim, à estrutura do Estado. Antes disso, operavam como verdadeiras máquinas de guerra, no sentido deleuziano, porque tratava-se de derrubar um governo e toda a estrutura jurídica do Estado. Sem evitar ser muito maniqueístas, foram máquinas de guerra, de direita, concentrando suas forças no golpe contra um governo progressista. E cabe dizer que o governo de Dilma não respondeu com a máquina militar de Estado, como caberia constitucionalmente.

O elo comunicacional entre instituições de Estado e o mais importante meio de imprensa nacional começa muito antes do golpe de 2016, quando o então juiz Moro vazou para a Globo e para a grande mídia monopólica conversas telefônicas privadas entre a presidenta Dilma Rousseff e Lula. Hoje, no ano 2020, esse circuito já foi denunciado em diversos âmbitos e reconhecido pelo próprio Moro.

Essas falas privadas que se tornaram públicas, sem que houvesse autorização judicial para tal, explodiram dias antes das eleições. Discutiam Lula ser Ministro da Casa Civil, e a Globo anunciava que Lula evitava ser julgado. Paralelamente, declarações públicas contra o PT proferidas pelo então general da reserva Hamilton Mourão e pelo general da ativa Eduardo Villas Bôas publicadas no perfil de Bolsonaro no Twitter, na véspera do julgamento do presidente Lula (Nozaki, 2019).

⁶ Disponível em: <https://noticias.uol.com.br/politica/ultimas-noticias/2019/08/29/glenn-diz-que-jornal-nacional-atuava-como-parceiro-da-lava-jato.htm?cmpid=copiaecola> Acesso em 31 ago. 2020.



Foram muitos vazamentos entre a Lava Jato e a TV Globo. Tanto é assim que essa operação ilegal perpetrada por um órgão de Estado ficou politicamente batizada como “Vaza Jato”. O vazamento de informações alimentava o jornalismo da Globo, que, por sua vez, reforçava o poder da Lava Jato, fechando um circuito de retroalimentação. A mesma sincronicidade ocorreu nas eleições de 2018. A poucos dias das eleições daquele ano, a TV Globo divulgou a delação premiada de Antônio Palocci, ex-ministro do governo Lula (2003-2010), incriminando o ex-presidente. Esse depoimento da Lava Jato vazado à Globo pelo então juiz Moro também ocorreu a poucos dias das eleições, do mesmo modo que ocorreu agora, corroborado por um juiz do Supremo Tribunal Federal⁷.

De juiz, Sergio Moro passou a ministro de Estado no governo Bolsonaro. Mesmo após sua saída do cargo, seu vínculo político com a Globo continua, apesar do reposicionamento da emissora e da grande imprensa com relação ao governo. O ex-ministro deixou o cargo por acusar Bolsonaro de ter interferido em dados sigilosos de investigações da Polícia Federal, que envolviam os filhos do atual presidente. São os mentados sensabores das *guerras palacianas*, que como Shakespeare sempre nos faz lembrar, provocam assassinatos de alcova.

Assim, um dos elos poderosos dessa máquina semiótica de Estado, que articulava o poder judiciário com a Globo, vai se desmontando, em prol de outras conexões vinculantes da do complexo midiático, com o neoliberalismo extremista e outras alianças de ocasião.

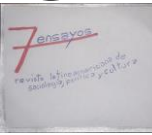
A máquina de guerra

Como dissemos, uma das particularidades das máquinas de guerra é serem externas e terem como alvo o Estado, e nas eleições de 2018 eclodiram fortemente sob a lógica rizomática do WhatsApp. Terá sido o WhatsApp o demiurgo de uma direita fascista? (Lifschitz, 2020a). Cabe como contra-argumento que durante as eleições esses recursos também foram utilizados nos estados do Nordeste do Brasil e os resultados eleitorais foram outros. Não há determinismo tecnológico, cada cultura processa a tecnologia de maneira distinta. Isso não minimiza, entretanto, o alcance que esses meios tiveram para enquadrar a política no espaço retangular do celular, e para capturar camadas de desejo e produzir identificações, inclusive com candidatos desconhecidos, como o governador eleito no Rio de Janeiro.

A conexão direta de uma máquina com o poder econômico e as bases religiosas conservadoras conseguiu, mediante a torsão da linguagem, subverter qualquer narrativa argumentativa, por meio de mensagens imagéticas fortemente binárias emitidas por milhões por *robots*, um verdadeiro exército replicante de mensagens financiado pelo capital privado.

Foram contratados replicadores semióticos, inclusive de empresas estrangeiras especializadas no “disparo em massa”, conforme denominado nesse mercado:

⁷ Disponível em: <https://noticias.uol.com.br/politica/ultimas-noticias/2020/05/02/moro-divulgou-delacao-de-palocci-para-favorecer-bolsoanro-diz-gilmar.htm> Acesso em 28 ago. 2020.



Em uma disputa francamente digital e que desafia o poder da propaganda na TV, a capilaridade da campanha de Bolsonaro no WhatsApp é umas das potências da candidatura. Há pelo menos cem grupos públicos específicos do aplicativo que apoiam o capitão reformado do Exército (Benites, 2018).

A repercussão que teve o caso da *Cambridge Analytica*, uma máquina de interconexão entre processos de coletas e classificação de dados e o mercado de manipulação eleitoral (Machado, 2018), revelou que essas máquinas de guerra eram muito mais que replicadores de notícias falsas.

A popularidade de Lula e do PT às vésperas das eleições de 2018 foi crescendo, e a direita estabeleceu estratégias que envolveram as máquinas de guerra transnacionalizadas como um novo vetor de aceleração. Tratou-se do uso político do WhatsApp, um tema que recoloca em pauta a relação da máquina com a produção de sentido e com a velocidade. Trata-se de um meio de comunicação extremamente popular, inscrito na intimidade do vínculo. Tudo isso foi transferido para o campo político por meio de agenciamentos de rastreamento e emissões de mensagens, e envolvem ainda saberes da psicologia positiva, que exploram os territórios das sinapses comunicativas para capturar operações de gozo no campo político (Korybko, 2018).

“Uma nova forma de regulação experimentada como liberdade”, é o que afirma Zizek (2018) em relação a essa nova peça da máquina de guerra. Por isso, a pergunta sobre a máquina e o sentido deve então ser recolocada, porque as máquinas semânticas parecem criar sentido, corte e conjuntura.

As máquinas de WhatsApp se caracterizaram por serem vetores das inscrições culturais mais perversas do bolsonarismo, porque estão voltadas à radicalização do ódio, que é o real que não cessa de não se inscrever na política (Debieux, 2018).

Durante o ano de 2020 foi instaurada uma Comissão Parlamentar (CPI) sobre o uso de fake news nas eleições de 2018. As declarações dos convocados a depor – alguns deles ex-aliados de Bolsonaro – demonstraram o aspecto da arquitetura das máquinas de guerra em redes sociais, alimentada por empresas locais e transnacionais e voltada contra presidentes populares eleitos e contra o Estado. Demonstraram também que essa máquina foi internalizada no próprio Estado, quando Bolsonaro chegou à presidência. Uma máquina de guerra semiótica dentro da estrutura do Estado, porém muito mais militarizada, porque buscava como alvo pessoas específicas.

Estruturou-se uma *máquina semiótica militarizada*, comandada pelos filhos de Bolsonaro, que ficou conhecida como “gabinete do ódio”. Esse significante faz referência a assessores que ocupavam uma sala no terceiro andar do Palácio do Planalto, próximo ao local onde Bolsonaro realiza os despachos presidenciais e que promoveram estratégias bem definidas e organizadas para fazer ataques virtuais nas redes sociais contra desafetos à família Bolsonaro. Alguns desses alvos foram Ministros do Supremo Tribunal Federal, que iniciaram uma outra CPI, envolvendo os filhos do titular do Executivo. Uma ex-aliada de Bolsonaro que foi convocada a declarar a Comissão, disse: “[...] quando esse alvo está escolhido, entram as pessoas e os robôs.



Por isso que, em questão de minutos, a gente tem uma informação espalhada para o Brasil inteiro" (Barbiéri et al., 2019).

Entretanto, as máquinas de guerra continuam operando, estimuladas desde o Estado, pelo Poder Executivo, em um movimento agônico de destruição, de destruição do Estado por ele mesmo, estimulando ataques que atingem sua legitimidade. São os ataques mediáticos a instituições públicas – à saúde pública, à educação pública, aos empregados públicos. É a guerra destrutiva do neoliberalismo: que o Estado seja o responsável por sua própria destruição e raramente se vê na história desmontagens do Estado em tão curto tempo, de políticas públicas, empresas públicas, de legislação trabalhista, aposentadoria pública, serviços essenciais, enfim, a lista é diária (Fundação Perseu Abramo, 2019).

Segundo David Nemer (2020), antropólogo do campo emergente da Antropologia da Informática, "essa engrenagem que foi essencial de sua campanha [Bolsonaro] para chegar ao poder, sofreu algumas mudanças. As mensagens de ódio de extrema direita continuam circulando socialmente, mas a unidade dos emissores teria se dividido". Uma máquina de guerra multiplicando rizomas. O grupo denominado extremistas, por exemplo, estaria dividido em diferentes subgrupos, como os insurgentes, que se identificam com o fascismo e defendem fechar o Congresso, e outro, que se classifica como supremacistas sociais, associados a grupos evangélicos. O antropólogo aponta também que essas redes costumam ser hierarquizadas, com os *influencers* no topo da pirâmide, e muito rizomáticas quanto à diversidade de discursos de natureza neoliberal – evangélica, militar, homofóbicos, em linhas que se juntam e disjuntam, com diferentes lógicas de conexão.

Diante de alegações de ataque com "discursos de ódio", um Ministro do Supremo Tribunal Federal determinou o bloqueio de contas de pessoas que participaram desses ataques no Facebook e no Twitter, uma medida inédita no campo jurídico que envolveu essas empresas estrangeiras⁸.

Entretanto, de acordo com o The Intercept⁹, o ativismo digital de direita parece ter se deslocado para o Instagram e o YouTube em um movimento nômade de desterritorialização.

Comentários finais

Os recentes acontecimentos na política latino-americana, com os "golpes brandos", as torsões simbólicas nas identificações políticas, e na queda de instituições republicanas e a aceleração com que esses acontecimentos se deram, têm efeitos na prática política. Nesse sentido, problematiza a própria teoria sobre o poder na contemporaneidade, o que nos leva irreduzivelmente à teoria de Michel Foucault e seus memoráveis livros. Colocamos essa questão de revisitar Foucault com relação às biopolíticas na pandemia (Lifschitz, 2020b), e neste texto retomamos esse diálogo com as teorias sobre o poder do filósofo francês. Foucault foi, certamente, um dos teóricos mais importantes na discussão sobre o poder, e foi muito fundo

⁸ <https://g1.globo.com/politica/noticia/2020/07/30/moraes-amplia-alcance-de-decisao-que-mandou-redes-sociais-retirarem-dor-ar-contas-de-16-apoiadores-de-bolsonaro.ghtml> Acesso em 31 ago. 2020.

⁹ <https://theintercept.com/2019/08/23/grupos-pro-bolsonaro-whatsapp-estao-mais-radicais/> Acesso em 31 ago. 2020.



no modo de desvelamento de dispositivos de poder exercidos sobre os corpos, em sua historicidade. O implacável Paul Preciado (2020) diz que o que aprendemos de mais importante com Foucault é que o corpo é objeto central de toda política e a atual pandemia traz isso à tona, diante da multiplicidade de efeitos que o poder provoca, considerando fortemente a dimensão histórica e o fato de não possuir um centro, um sujeito que comanda ou uma lei que determina. O poder nos atravessa, vai além dos motivos do sujeito, porque são efeitos de estrutura e essa concepção estruturalista de um “poder sem sujeito”, como ele mesmo reconhece, teve preeminência em parte de sua obra (Foucault, 2010).

Essa concepção do poder está, de certa forma, presente também na teoria da aceleração de Hartmut Rosa (2015), uma vez que a aceleração, como fenômeno de temporalidade obedeceria a imperativos técnicos, econômicos e simbólicos, inscritos no próprio sistema capitalista. A aceleração não estaria atrelada a sujeitos determinados, mas ao efeito de uma estrutura compelida a produzir cada vez mais, em cada vez menos tempo.

Contudo, as máquinas semióticas desde o golpe contra a presidenta Dilma Rousseff e a eleição de Bolsonaro, falam de um determinado sujeito, de um sujeito-máquina que assumiu um protagonismo insólito e inaudito.

Não é a primeira vez que se utilizam máquinas de guerra semióticas para derrotar um governo popular. Mas com o atual agenciamento ganharam-se milhões de almas; rebanhos enormes, que fizeram até os santos duvidarem. Como dissemos, um bombardeio mediático e jurídico foi utilizado para quebrar identidades políticas e derrocar governos populares. Chegamos assim a uma situação em que a máquina de guerra passou a dominar a conjuntura em movimento acelerado: depuseram Dilma, prenderam Lula, elegeram o candidato de extrema direita.

Isso leva a repensar as teorias do poder, esclarecer sobre estas novas relações de intermediação de máquinas semióticas onde o sujeito volta a aparecer. Um sujeito-máquina que se apresenta de diferentes maneiras e que altera os parâmetros temporais da política.

Durante o golpe de 2016, as máquinas de guerra que operaram contra o Estado formaram um verdadeiro exército replicante de mensagens financiado pelo capital privado e que se conectou de forma direta com as bases religiosas ultraconservadoras, subvertendo assim os signos da política e da cultura.

Uma máquina semiótica articulou instituições e discursos com forte capacidade destituínte. Com a saída de Sergio Moro do governo, e o distanciamento do Ministério Público a respeito da Lava Jato, vínculos e elos semióticos, que foram decisivos para o golpe de 2016 e para a triunfo de Bolsonaro eleições de 2018, rapidamente se desfazem.

A mídia monopolista continua ativa, mas também houve o deslocamento nômade da Rede Globo e as restantes empresas de comunicação, com relação a Bolsonaro. Contudo, a TV Globo continua mantendo laços com Sergio Moro, de comprometimento a imperativos de dominação, ainda que esse ciclo semiótico de retroalimentação tenha se fechado.

Depois da entronização de Bolsonaro, uma máquina semiótica de guerra se instalou dentro das próprias estruturas de Estado, de comando palaciano, – o já mencionado “gabinete do ódio”, promovendo ataques



a instituições republicanas desde o próprio Estado. Uma máquina simbólica implacável, de deslegitimação, que ao atingir o coração do Supremo Tribunal Federal provocou reações fortes que conduziram a um dos três pedidos de impeachment contra Bolsonaro.

As *máquinas de guerra* que eclodiram fortemente via WhatsApp, durante as eleições de 2018, continuam operando e sendo estimuladas pelo governo. Os restos simbólicos são os mesmos – o ultraconservadorismo messiânico, o neoliberalismo como causa e o ódio, somando agora o ímpeto agônico de destruição do Estado. Um Estado que estimula sua própria destruição, um *Estado suicidário* (Safatle, 2020). É o que o neoliberalismo precisa, porque como o discurso neoliberal é antipopular, a guerra destrutiva que o neoliberalismo pode travar é esta: que o Estado seja o responsável por sua própria destruição.

Raramente se tem visto na história recente desmontagens de estruturas do Estado muito importantes, de políticas públicas, empresas públicas, serviços públicos, em tão curto tempo.

Ao longo de um ano do governo e já instalada a pandemia, essas máquinas semióticas foram se reconfigurando, em um movimento maquinico de conexão e desconexão contínua e veloz, como observava Hannah Arendt a propósito das instituições de Estado durante o período nazista (1998). Mas há também, desde a pandemia, o crescimento constante de uma máquina de guerra clássica, no sentido militar. Esse processo de militarização do governo já havia se iniciado no governo Temer, e na atualidade os militares ocupam a maioria dos Ministérios, órgãos do Poder Executivo e postos-chave da administração pública¹⁰.

Portanto, as máquinas semióticas compartilham agora o terreno da dominação com a *máquina de guerra militar*, a velha máquina que atualiza marcas do golpe de 1964, agora com o risco de o Estado internalizar uma outra máquina de guerra, também militar, que foi se fortalecendo desde a emergência do bolsonarismo: as milícias.

Mas a aceleração nunca é toda. “Não há um tempo homogêneo”, como dizia Walter Benjamin (1987). Estamos sempre perante diferentes temporalidades que se bifurcam e os tempos dos movimentos populares são de uma outra temporalidade. Cabe ainda perguntar para uma política progressista: como agir em um tempo acelerado? Como subverter a predominância imaginária da velocidade?

Referências bibliográficas

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arendt, H. (1998). *Origens do totalitarismo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Assis, D. (2016). Mídia e novo golpe. In Proner, C., et. al. (org.) *A resistência ao golpe de 2016*. São Paulo: Clacso, Canal 6 Editora.

¹⁰ <https://g1.globo.com/politica/noticia/2020/07/17/governo-bolsonaro-tem-6157-militares-emcargos-civis-diz-tcu.ghtml>. Acesso em 18 jul. 2020.



- Avritzer, L. (2019). *O pêndulo da democracia*. São Paulo: Editora Todavia.
- Barbiéri, F. et al. (2019). Ex-aliada de Bolsonaro, Joice detalha à CPMI da Fake News como atua 'gabinete do ódio'. *Jornal Rede Brasil Atual*, 4 de dezembro de 2019. Disponível em: <https://g1.globo.com/politica/noticia/2019/12/04/ex-aliada-de-bolsonaro-joice-detalha-a-cpmi-da-fake-news-como-atua-gabinete-do-odio.ghtm>. Acesso em: 10 de dezembro de 2019.
- Barragán, A. (2018). Cinco 'fakenews' que beneficiaram a candidatura de Bolsonaro. *El País*. São Paulo, 19 de outubro de 2018. Disponível em: https://brasil.elpais.com/brasil/2018/10/18/actualidad/1539847547_146583.html Acesso em: 11 de agosto de 2018.
- Benites, A. (2018). A máquina de 'fake news' nos grupos a favor de Bolsonaro no WhatsApp. *Jornal El País*. Disponível em: https://brasil.elpais.com/brasil/2018/09/26/politica/1537997311_859341.html
- Benjamin, W. (1987). Teses sobre o conceito da história. In *Obras escolhidas. Vol. 1. Magia e técnica, arte e política. Ensaios sobre literatura e história da cultura*. São Paulo: Brasiliense-
- Bourdieu, P. (1997). *Sobre a televisão*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Debieux, M. et al. (org.) (2018). *As escritas do ódio: psicanálise e política*. São Paulo: Editora Escuta.
- Deleuze, G.; y Guattari, F. (2012). *Mil Platôs*. São Paulo: Editora 34.
- Ferreira, W. (2020). *Por que aquilo deu nisso? Bombas Semióticas na Guerra Híbrida Brasileira (2013-2016)*. Publicações Cinegnose.
- Foucault, M. (2010). *Poder, uma Besta Magnífica*. In: *Michel Foucault, Repensar a Política*. São Paulo: Forense Universitária.
- Freud, S. (2012). Psicologia de las masas y análisis del "yo". In: *Obras completas, Vol 3*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Fundação Perseu Abramo. (2019). *Brasil: incertezas e submissão?* São Paulo.
- González, H. Lo que se incubía. *Página 12*, Buenos Aires, 10 dez. 2018.
- Greenwald, G; Vicentini, R. G. (2019). *Jornal Nacional atuava quase como parceiro de Moro e da Lava Jato*. *UOL* Disponível em: <https://noticias.uol.com.br/politica/ultimas-noticias/2019/08/29/glenn-diz-que-jornal-nacional-atuava-como-parceiro-da-lava-jato.htm?cmpid=copiaecola&cmpid=copiaecola>
- Guimarães, E. (2016). Confira prova de que Lava Jato e mídia formam uma polícia política. In: Proner, C., et. al. (org.) *A resistência ao golpe de 2016*. São Paulo: Clacso, Canal 6 Editora.
- Korybko, A. (2018). *Guerras Híbridas, das revoluções coloridas aos golpes*. São Paulo: Expressão Popular.
- Krämer, S. (1988). *Symbolische Maschinen*. Darmstadt: Wiss Buchgesellschaft.
- Lepecki, A. (2018). Movimento na pausa. In: *Pandemia crítica*, 1. Disponível em: <https://n-1edicoes.org/134>.
- Lifschitz, J. (2020a). Pandemia: Qual Biopolítica? In: Dultra dos Santos, R. e Brandão, A. (org.) *Pandemia e Pandemônio no Brasil*. São Paulo: Tirant lo Blanch.
- Lifschitz, J. (2020b). *Política e Vertigem. Ensaios sobre poder e luta política no Brasil do golpe*. Curitiba: Editora Appris.



- Machado, R. (2018). Fake news e o triunfo do reducionismo. *IHU On-Line*. Disponível em: <http://www.ihuonline.unisinos.br/artigo/7244-fake-news-e-o-triunfo-do-reducionismo>
- Maus, I. (2000). Judiciário como superego da sociedade: o papel da atividade jurisprudencial na 'sociedade órfã'. *Novos Estudos CEBRAP*. São Paulo, 58.
- Nemer D. (2019). Grupos pró-bolsonaro no whatsapp não se desmobilizaram com a vitória. pelo contrário, estão mais radicais, *The Intercept Brasil*, 24 de agosto de 2019. Disponível em: <https://theintercept.com/2019/08/23/grupos-pro-bolsonaro-whatsapp-estao-mais-radicais/>.
- Nemer, D; Betim, F. (2019). Do bolsonarismo ao integralismo, como a extrema direita se organiza na Internet. *El país*. Disponível em: <https://brasil.elpais.com/brasil/2019-12-28/do-bolsonarismo-ao-integralismo-como-a-extrema-direita-se-organiza-na-internet.html>
- Nöth, W. (2001). Máquinas semióticas. *Revista Galáxia, Revista do Programa de Pós-Graduação em Comunicação e Semiótica*, 1.
- Nozaki, W (2019). Um capitão entre generais: a presença dos militares no governo Bolsonaro, In Fundação Perseu Abramo. *Brasil: incertezas e submissão?* São Paulo.
- Preciado, P. (2020). Aprendiendo del vírus. In AA.VV. *Sopa de Wuhan, Pensamiento contemporaneo em tempos de pandemias*. Buenos Aires: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio). Disponível em: <https://dialektika.org/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>.
- Proner, C. (2016). Golpe branco no Brasil: Dilma alerta na ONU. In Proner, C., et. al. (org.) *A resistência ao golpe de 2016*. São Paulo: Clacso, Canal 6 Editora.
- Rosa, H. (2010a). *Accélération: une critique sociale du temps*. Paris: La Découverte.
- Rosa, H. (2010b). *Alienation and Acceleration. Towards a Critical Theory of Late-modern Temporality*.
- Rosa, H. (2015). *Social Acceleration, A New Theory of Modernity*. Columbia University Press.
- Safatle, V. (2020). Bem-vindo ao Estado suicidário – por Vladimir Safatle. *GGN*. Disponível em: <https://jornalggn.com.br/blog/doney/bem-vindo-ao-estado-suicidario-por-vladimir-safatle-n-1-edicoes/>
- Soares, L. E. (2019). *Desmilitarizar*. São Paulo: Editora Boitempo.
- Souza, J. A. (2016a). *A elite do atraso: da escravidão à Lava Jato*. São Paulo: Leya Editora.
- Souza, J. A. (2016b). *A radiografia do golpe: entenda como e por que você foi enganado*. Rio de Janeiro: LeYa.
- Tiburi, M. (2020). *Ridículo político: uma investigação sobre o risível, a manipulação da imagem e o esteticamente correto*. Rio de Janeiro: Record.
- Vicentini, R. (2019). Glenn: Jornal Nacional atuava quase como parceiro de Moro e da Lava Jato, *Noticias UOL*, 29 de agosto de 2019. Disponível em: <https://noticias.uol.com.br/politica/ultimas-noticias/2019/08/29/glenn-diz-que-jornal-nacional-atuava-como-parceiro-da-lava-jato.htm?cmpid=copiaecola>
- Virilio, P. (1996). *Velocidade e Política*. São Paul: Estação Liberdade
- Zižek, S. (2018). Felicidade? Não, obrigado. *Revista Nexos*, 3 mai. 2018.



¿LA CULTURA DEL CAPITAL FINANCIERO PUEDE INCLUIR A LA DEMOCRACIA?

Lucas Rubinich



¿LA CULTURA DEL CAPITAL FINANCIERO PUEDE INCLUIR A LA DEMOCRACIA?¹¹

Lucas Rubinich¹²

Resumen

Autores relevantes de la sociología como Samir Amin, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein y Wolfgang Streeck observaron con preocupación las transformaciones ocurridas en el marco del predominio de una visión del mundo que aquí se identifica como la cultura del capital financiero, y directa o indirectamente se formulan una pregunta que este trabajo pretende precisar en tanto se entiende posee una gran relevancia política. Se trata de la posibilidad de convivencia entre las formas concretas que adquiere la cultura predominante del capital financiero con lo que Tilly llamaba democracias restringidas, con formas imperfectas y relativamente inclusivas del ideal del reformismo liberal. Sobre la fuerte pertinencia de esta pregunta, sobre los peligros para las mayorías populares que implica el proceso de resolución de esta tensión en favor de la mirada predominante, y sobre los potenciales obstáculos societales a la realización de esta mirada en una zona de la periferia como la República Argentina, sometida a las políticas formales (y también informales de poderosa eficiencia) de diversos espacios que expresan a la potencia dominante, es de lo que se ocupan estas notas.

Palabras clave: cultura del capital financiero, democracias inclusivas, sensibilidades políticas

Resumo

Autores relevantes da sociologia como Samir Amin, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein e Wolfgang Streeck observaram com preocupação as transformações ocorridas no quadro da predominância de uma visão de mundo aqui identificada como a cultura do capital financeiro, e direta ou indiretamente formularam-se uma questão que este trabalho procura esclarecer na medida em que é entendida como de grande relevância política. Trata-se da possibilidade de coexistência entre as formas concretas que a cultura predominante do capital financeiro adquire com o que Tilly chamou de democracias restritas, com formas imperfeitas e relativamente inclusivas do ideal do reformismo liberal. Sobre a forte relevância desta questão, sobre os perigos para as maiorias populares que implica o processo de resolução desta tensão a favor do olhar predominante e sobre os potenciais obstáculos sociais à concretização deste olhar numa área da periferia como a da República Argentina, sujeita às políticas formais (e também às políticas informais de poderosa eficiência) de vários espaços que expressam o poder dominante, é do que tratam estas notas.

¹¹ Algunas de las ideas centrales de este artículo fueron trabajadas en otro anterior publicado en la revista político cultural *Grandes Alamedas*. Véase, Rubinich, L. (2019). Siete notas sobre el principio de San Mateo, la democracia y el sentimiento igualitario argentino. *Revista Grandes Alamedas*, 8, octubre de 2019. Recuperado de <https://grandesalamedasblog.wordpress.com/2019/10/06/siete-notas-sobre-el-principio-de-san-mateo-la-democracia-y-el-sentimiento-igualitario-argentino/>

¹² Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires.



Palavras-chave: cultura do capital financeiro, democracias inclusivas, sensibilidades políticas

Abstract

Leading authors in Sociology such as Samir Amin, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein, and Wolfgang Streeck have expressed their concern when observing social transformations linked to the growth of a world vision closely related to the culture of financial capital. These authors raise a question that this article seeks to further given its political relevance. The article delves into the possibility of the coexistence of the concrete shapes adopted by the dominant culture of financial capital with constrained democracies, as Tilly defines them, and with imperfect and relatively inclusive types of the ideal of liberal reformism. The following thoughts revolve around the significance of this question, the dangers faced by popular majorities posed by the resolution of the abovementioned tension in favor of the dominant views, and the potential societal obstacles that this view encounters in some areas of the periphery such as the Argentina Republic, which is subject to formal policies (as well as informal policies, which are quite effective) from various spaces representing the dominant power.

Keywords: culture of the financial capital, inclusive democracies, political sensitivities.



¿LA CULTURA DEL CAPITAL FINANCIERO PUEDE INCLUIR A LA DEMOCRACIA?

I

Un golpe clásico en Honduras y un golpe parlamentario en Paraguay; la destitución de Dilma Rouseff y el encarcelamiento del ex presidente Lula Da Silva en Brasil; el golpe habilitado por la OEA en Bolivia; elecciones con proscripción a los líderes que representan a una parte importante de sus sociedades como Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia; la represión a la rebelión urbana y a las reivindicaciones del pueblo Mapuche legitimada por la mayoría de la clase política en Chile; el endeudamiento irracional promovido por el FMI durante el gobierno del presidente Macri en Argentina; la injerencia directa de la potencia imperial en la creación del grupo de Lima cuyo objetivo es derrocar al gobierno de Venezuela; el reconocimiento de la Unión Europea de un personaje caricaturesco como presidente alternativo de Venezuela; y, si se quiere, la indiferencia internacional por las masacres sistemáticas en Colombia. Éstos son una serie de hechos que habilitan la pregunta sobre la posibilidad de sobrevivencia de democracias liberales reformistas en el marco del afianzamiento de la cultura del capital financiero.

Es verdad que estas democracias en América Latina pueden aparecer bajo la forma que anhelaba von Hayek y a las que llamaba democracias limitadas¹³, y que tienen su realización práctica en la experiencia chilena. Allí se dan las condiciones fundamentales para su realización que es una clase política autonomizada, relativamente desligada de sus representados, que acuerda en un modelo fundamental gran organizador de las reglas del juego, que es la economía de mercado. Mercado —hay que subrayar— concebido como un ente universal que trasciende y subordina claramente las formas estatales. Pero también es cierto que, por circunstancias que habría que atender en cada caso y que seguramente se relacionan con la existencia de tradiciones de integración de amplios sectores de la sociedad o experiencias históricas de luchas por la integración de los sectores subordinados o ambas cosas, la realización del modelo ideal encuentra más obstáculos en aquellas sociedades en las que no solo están las resistencias fragmentadas de las franjas de población a la que se le restringen derechos sino también un sector de la clase política que acepta algunas reglas del juego internacional —y a veces gran parte de esas reglas del juego—, pero intenta, con legitimidad electoral, un camino que puede ser diferente con distintas intensidades.

¹³ En 1977, von Hayek visitó el Chile de Pinochet y la Argentina de Videla. Sobre la libertad en Chile afirmó que había más libertad en Chile con Pinochet que con Allende. En Argentina, en una entrevista con el político argentino Álvaro Alsogaray sostuvo lo siguiente refiriéndose a las “democracias ilimitadas”: [...] “Desde hace algún tiempo estoy convencido de que lo que amenaza a la economía de mercado no es únicamente el deliberado intento de las diversas especies de colectivistas para reemplazarla por un sistema planificado, ni tampoco las consecuencias de las nuevas y erróneas políticas monetarias: las instituciones políticas que prevalecen en el mundo occidental producen necesariamente un impulso en esa dirección, el cual tan solo puede detenerse o evitarse cambiando esas instituciones. Yo he llegado tardíamente a estar de acuerdo con Schumpeter, quien sostuvo hace treinta años que había un conflicto irreconciliable entre la democracia y el capitalismo, salvo que no es la democracia como tal, sino las formas particulares de organización democrática —consideradas ahora como las únicas formas posibles de democracia—, lo que producirá una expansión progresiva del control gubernamental sobre la vida económica, aun cuando la mayoría del pueblo desee conservar una economía de mercado”. *Revista SOMOS*, Buenos Aires, 25 de noviembre de 1977.



¿Qué ocurre cuando se intenta diseñar un camino que se aparte quizás apenas un poco de las reglas del juego impuestas por la economía internacional? ¿Los sectores de la clase política implicados de distintas maneras (bien por convencimiento, bien por pragmatismo ante lo considerado inevitable) en la reivindicación de esas reglas del juego del capital financiero y que no están solo reclusos en una elite aislada, sino que a través de distintas estrategias en empatía con la cultura predominante de época logran buenos resultados electorales, pueden aceptar las reglas de la democracia liberal si, en ese marco, encuentran obstáculos políticos y sociales a la implementación de su proyecto?

Experiencias recientes en la que participan sectores heterogéneos subsumidos en la cultura predominante del capital financiero, reforzadas por intereses geopolíticos de la potencia imperial y asentadas en un significativo apoyo societal –que puede no ser la mayoría electoral– resultaron en la implementación de diversas acciones que implican la no aceptación de mínimas disidencias sobre el orden económico predominante. Esa no aceptación de mínimos desacomodamientos, que se sostiene e intensifica aunque esa no aceptación signifique la violación de los marcos institucionales de la sociedad nacional, es decididamente un obstáculo a la profundización de la democracia. El interrogante que necesariamente se deriva de esta situación es sobre el sentido político de estas acciones. Si ellas resultan solo de coincidencias azarosas producto de una coyuntura particular, o si son un elemento constitutivo de esa cultura del capital financiero.

La cultura del capital financiero es centralmente una visión del mundo sostenida en una concepción de la acción en tanto acción no constreñida (o constreñida en una proporción que no le otorga significación analítica) por las variables económicas, sociales y culturales, y portadora de una idea de racionalidad reducida a la racionalidad individual, que construye un mundo darwiniano en el que la división fundamental es básicamente entre ganadores y perdedores. Son los ganadores los que dinamizarán el mundo con su capacidad emprendedora y es por eso que deben ser subsidiados, no los perdedores, a los que solo se atenderá en sociedades y en momentos en que, por distintos motivos históricos, no se puede ejercer contra ellos solo la pura represión. Su bandera trascendente no es la democracia concebida como una totalidad ni mucho menos, es, claramente, el puro mercado. Al decir de Sergio Bagú, “El mercado cumple en la tesis básica del supercapitalismo las funciones que asumió un tipo muy específico de deidad en otras formas organizativas ya caducas. Es un dios matematizado, omnisciente, omnipotente, tiránico, profundamente antihumano” (Bagú, 1997: 151). Y dos son los elementos centrales que materializan los mandatos de esta deidad. Uno, que es bien concreto, aunque pueda adquirir formas múltiples, es la corporación multinacional, una especie de Behemot pragmático, cuyo poder genera anomias productivas que facilitan su libre circulación; y el otro, simbólico, con poderosas consecuencias prácticas que es el ícono de la deidad: el individuo.

El Behemot pragmático despliega toda su fuerza y su brutalidad sobre viejas formas institucionales que intentan morigerar su arrollador avance. Su poder destructivo se atempera en tanto mantiene como subordinados serviciales a unas caricaturas de leviatán ocupados en reprimir la violencia social de distintas maneras y en realizar controles sobre poblaciones que, no siendo desechables por provenir de sociedades



relativamente homogéneas en términos étnicos y por arrastrar una historia de integración, obtienen cierta legitimidad cultural que las habilita a algún tipo de contención. El individuo conceptual, la figura icónica, es un individuo pragmático, no constreñido por otra cosa que no sean sus destrezas y sus limitaciones, lanzado a la lucha por lograr el éxito en un orden que, al decir de Bourdieu (1999), tiene como ley exclusiva la búsqueda del interés egoísta y la pasión individual del beneficio. El individuo concreto construido por esta arrolladora fuerza cultural, es, como sostiene Bauman, un agente social que “tiende a la pasividad, el escepticismo y la desconfianza hacia la ‘causa común’, el ‘bien común’, la ‘sociedad buena’ o la ‘sociedad justa’” (2000: 41). Porque, al fin y al cabo, “¿Qué significa ‘bien común’ sino dejar que cada uno se satisfaga a su modo? Toda actividad que emprendan los individuos cuando se juntan y todo beneficio que sus tareas compartidas les importen auguran una restricción de su libertad de procurarse lo que consideran conveniente para sí mismos por separado y no ayudan en nada a tales fines” (Bauman, 2000: 41).

Claro que esos valores de la cultura del capital financiero son elementos que no pueden ser convertidos en bandera explícita por los detentadores de esa visión del mundo, porque en algunos lugares no es posible sólo el uso de la fuerza para imponer las formas de organización económica y política que la realización de esa mirada requiere, y entonces, se implementan estrategias del más diverso tipo para mantener una ilusión republicana que atenúe la desconfianza de los agentes sociales de los cada vez más crecientes grupos castigados por el sistema, o para que, al menos, un sector más integrado dentro de los grupos no beneficiados de esas sociedades, puedan imaginarse ciudadanos de la república.

Pero es verdad que, a medida que se suceden hechos que intensifican el fin de época (debilitamiento de los estados nacionales subsumidos en mercados internacionales, pérdida de capacidad de representación de los partidos políticos, diversificación internacional de la producción y fragmentación de la fuerza de trabajo, menor peso de los sindicatos, consecuente pérdida de los derechos laborales, etc. etc.), esta visión del mundo con fuerte peso cultural a la vez que adquiere una arrolladora fuerza política, sus acciones se vuelven menos opacas.

Y entonces es que irremediablemente queda habilitada esa pregunta sobre su posibilidad de convivencia con lo que Tilly (1997) llamaba democracias restringidas, con formas imperfectas del ideal del reformismo liberal, con una democracia relativamente inclusiva en el marco de un capitalismo renano como imaginó Michel Albert¹⁴. Sobre la fuerte pertinencia de esta pregunta, sobre los peligros para las mayorías

¹⁴ En 1991, con el libro *Capitalismo contra capitalismo*, Michel Albert (1993) introdujo la noción de capitalismo renano. Se sostiene en ese trabajo que es erróneo pensar al capitalismo luego de la caída del muro como un sistema que desarrollará un camino unívoco, sin alternativas, en tanto no es un sistema monolítico. En base a experiencias concretas dibuja un modelo que llamará neoamericano y otro, al que reivindicará, que nombrará como capitalismo renano. Alemania es su ejemplo más claro. En ese país, dirá, por ejemplo “los horarios son más cortos y los salarios más altos. Lo que no impide de ninguna manera que tenga un excedente enorme en sus intercambios con el extranjero” (Albert, 1993: 96). Pero no se trata solo de Alemania que “es una encarnación particular, de ese ‘otro capitalismo’, el modelo renano, mal conocido y mal comprendido, que va desde el norte de Europa hasta Suiza y con el que también está parcialmente emparentado Japón. Este modelo es *indiscutiblemente capitalista*: la economía de mercado, la propiedad privada y la libre empresa son la regla. Pero, desde hace diez o quince años, el modelo neoamericano se ha singularizado cada vez más en varios puntos, de los que el más importante es aquel que el sociólogo Jean Padiou resumió así: “el especulador adquiere supremacía sobre el empresario industrial, las ganancias fáciles a corto plazo minan las riquezas colectivas de la inversión a largo plazo”. El modelo renano, por su parte, corresponde a otra visión de la organización económica, a otras estructuras financieras, a otro modo de regulación social” (Padiou en Albert, 1993: 96-97). Los bienes comerciales que en el modelo neoamericano son



populares que implica el proceso de resolución de esta tensión en favor de la mirada predominante, y sobre los potenciales obstáculos societales a la realización de esta mirada en una zona de la periferia como la República Argentina, sometida a las políticas formales (y también informales de poderosa eficiencia) de diversos espacios que expresan a la potencia dominante, es de lo que se ocupan estas notas.

II

Es verdad que esta pregunta no tiene mucho sentido en aquellos espacios del planeta en donde esta tensión está resuelta a favor del actor central de esta cultura predominante que son las corporaciones multinacionales. Achille Mbembe, que ha analizado estados poscoloniales africanos y se ha valido del concepto necropolítica para dar cuenta de las formas más brutales de este triunfo político-cultural, sostiene que las políticas “que han conducido al desmantelamiento progresivo de la potencia pública se apoyan en la idea de que el Estado, en tanto estructura productiva ha fracasado en África, y que la organización económica regida por el libre juego de las fuerzas del mercado representa la forma más eficiente de asignación óptima de los recursos” (Mbembe, 2011: 80). El éxito de esas políticas ha resultado en que numerosos

estados africanos ya no pueden reivindicar un monopolio sobre la violencia y los medios de coerción en su territorio; ni sobre los límites territoriales. La propia coerción se ha convertido en un producto de mercado. La mano de obra militar se compra y se vende en un mercado en el que la identidad de los proveedores y compradores está prácticamente desprovista de sentido... La violencia no gubernamental conlleva dos recursos coercitivos decisivos: trabajo y minerales (Mbembe, 2011: 57).

Desde oficinas similares con su estética relativamente austera, en edificios que alojan grandes corporaciones en Nueva York, Londres, París, Ámsterdam o Fráncfort, jóvenes Ceos, que conforman una verdadera internacional gerencial, cierran operaciones varias veces millonarias en dólares, que se relacionan con equipamiento petrolero o producción de cobalto o manganeso, en alguna región de África. Las poblaciones contaminadas en situación de extrema pobreza, los niños soldados, los grupos de mercenarios, y la violencia arbitraria contra poblaciones a las que se aniquila su integridad moral, forman parte de ese sistema productivo territorial que al fin resulta más eficiente para la economía mundo que andar lidiando con instituciones públicas que conservan algún tipo de legitimidad ligada a la representación popular, y que deben rendir alguna cuenta, entonces, a sus poblaciones.

No obstante, la pregunta acerca de la convivencia entre alguna forma imperfecta de organización democrática que habilite la participación popular logrando mediante ella procesos de redistribución, y la poderosa fuerza político cultural del capital financiero, que la amenaza junto a cualquier forma igualitaria, es planteada y abordada de manera pertinente por distintos autores relevantes de la sociología

centrales, en el modelo renano se complementan con lo que llamaré “bienes mixtos” que dependen “en parte del mercado y en parte de la iniciativa pública” y que tendrán una importancia mayor (Albert, 1993: 97).



contemporánea¹⁵. Es que la noción de democracia reformista liberal, sobre todo en sus componentes que habilitaban al ciudadano a no sentirse menos que nadie, se hizo símbolo y experiencia social concreta de las maneras en que se realizan las experiencias, con aspectos contradictorios, confusos, y a la vez abrió esperanzas igualitarias que se manifestaron y concretaron a través de distintas formas culturales políticas e ideológicas que resultaron en la conquista de mayor autonomía a diversos grupos oprimidos.

Estas formas, que de distinta manera contribuyeron a la participación de grupos no dominantes en posibilidades de influir en las decisiones que atañen al conjunto de la sociedad, fueron vistas por las miradas clásicas de la teoría social como pasos progresivos de la especie humana. Es por ello que no resulta extraño, siendo parte al fin de la gran herencia iluminista, que existan en las cuatro últimas décadas preocupaciones serias –planteadas de diferente manera y portando distintas miradas teóricas e ideológicas– que den cuenta tanto de la creciente concentración del poder, como de la pérdida de la capacidad de decisión sobre sus propios destinos de las mayorías populares de distintas sociedades.

Samir Amin, por ejemplo, cuando se ocupa de los procesos de concentración de poder internacional que coartan la autonomía de la política, afirmará que la reorganización del sistema capitalista –luego de la expansión de la posguerra que permitió transformaciones económicas, políticas y sociales en todas las regiones del mundo (transformaciones, aclarará, que fueron el producto de regulaciones impuestas al

¹⁵ Los autores seleccionados en este texto tienen distinto grado de implicación con la política concreta y quizás modelos de sociedad también diferentes, pero comparten una teoría del conocimiento social común, en donde los puntos del espacio social se explican por relaciones construidas históricamente que refieren con mediaciones a la totalidad, en la que se considera a los agentes sociales “no tomados en un aislamiento y rigidez fantástica, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones” (Marx y Engels, 1959: 26). Y, por supuesto incorporan como sensibilidad en la construcción de sus objetos la pelea con las doxas político culturales de los propios espacios en los que se desenvuelven. Son formas, en fin, de actualización de una mirada materialista de la teoría social. Vale la aclaración porque en un libro de 2018 dos politólogos norteamericanos han incorporado recientemente la cuestión de la debilidad de las democracias sorprendidos por la irrupción de Donald Trump, que acá no se tomará en cuenta (Levitsky y Ziblatt, 2018). El libro se titula *Cómo mueren las democracias*, y en él, siguiendo tradiciones fuertes de ese subespacio académico en EE.UU. para explicar los males de la democracia, se construye como enemigo principal, la amenaza populista. Solo que ahora, Latinoamérica que era la encarnación de ese mal, parece personificarse bajo formas muy locales en su propio sistema político. Sistema político que era la referencia en los análisis, de algún modo más o menos evidente, siempre prescriptivos cuando se observaban las formas imperfectas de Brasil, Argentina, Bolivia, etc. La mirada sobre América Latina parecía así tener alguna impregnación de prejuicios etnocéntricos. Para incomodidad de los autores el análisis comparativo debe hacerse ahora tomando al propio territorio como caso significativo. Y aparecerán entonces nuevamente, como elemento explicativo central, los análisis conductuales para medir el autoritarismo. Esa medición de acuerdo a algunas categorías permitirá localizar los agujereamientos de una cultura de la tolerancia imprescindible para mantener una democracia. Entonces se podrá clasificar rápidamente en el medidor de pureza democrática quienes son los que expresan el mal mayor, que es, efectivamente, el del llamado populismo. Y entonces, esa ambigua e ineficiente categoría permitirá mezclas y afirmaciones como la siguiente: “Cuando líderes populistas ganan las elecciones, suelen asaltar las instituciones democráticas. En Latinoamérica, por ejemplo, de los quince presidentes elegidos en Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela entre 1990 y 2012, cinco eran populistas advenedizos: Alberto Fujimori, Hugo Chávez, Evo Morales, Lucio Gutiérrez y Rafael Correa. Y los cinco acabaron debilitando las instituciones democráticas” (Levitsky y Ziblatt, 2018: 31-32). En este tipo de análisis no hay corporaciones que tienen más poder de decisión que una mayoría electoral, no hay embajadas norteamericanas organizando campañas de desprestigio y promoviendo golpes, no hay preguntas sobre cómo la deseada cultura de la tolerancia se mantiene –al estilo Chile– solo con acuerdos de la clase política sobre distribuciones regresivas del ingreso y el acallamiento represivo de reclamos por modificarla. Y lo que sí hay en estos modelos como elemento explicativo importante, son individuos autoritarios (populistas adjetivados como advenedizos para reafirmar la impureza) que violan los límites de la institucionalidad republicana destruyendo la cultura de la tolerancia. Esta mirada es una verdadera doxa académica que circula por distintos espacios y hoy es también una de las muchas armas de la cultura predominante del capital financiero. Recurrir de esa forma a elementos culturales como explicativos de las fallas del sistema democrático en América Latina fue parte de un estilo de análisis con fuerte presencia en los análisis de la Sociología Política norteamericana de la posguerra. El análisis actitudinal de Lipset (1963), es un ejemplo, para medir el autoritarismo de la clase obrera (“agregados estadísticos de actitudes individuales” dirá Lipset). Aunque se valgan de la historia, y resulten más o menos sofisticados, se trata centralmente del uso de nociones de autoritarismo que parecen remitir a propensiones, a tendencias de una naturaleza humana. Variables, en fin, de tipo psicológico que, de algún modo, parecerían explicar lo que son hechos sociales. Para decirlo con Durkheim, hay en estos acercamientos el riesgo de confundir la causa con el efecto, en el hecho de no tratar a esas tendencias como naturaleza cultivada, como producto de la vida social.



capital por las clases trabajadoras y populares)– se constituirá sobre la base de lo que llamaré “cinco nuevos monopolios”. Monopolios en poder de los países de lo que denomina tríada dominante (EE.UU., Europa y Japón) que son: a) el control de la tecnología, b) los flujos financieros globales (a través de bancos, carteles de aseguradoras y fondos de pensión del centro), c) acceso a los recursos naturales del planeta, d) los medios de comunicación y, e) las armas de destrucción masiva (Amin, 2010). “Tomados en conjunto”, dirá Samir Amin, “estos cinco monopolios definen el marco dentro del cual la ley del valor globalizado se expresa a sí mismo. La ley del valor es escasamente la expresión de una ‘pura’ racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político” (Amin, 2010: 16). O más concretamente “lo económico se emancipa de la sumisión a lo político y se transforma en la instancia directamente dominante que comanda la reproducción y la evolución de la sociedad. De esta forma, la lógica de la mundialización capitalista es, ante todo, la del despliegue de esta dimensión económica a escala mundial y la sumisión de las instancias políticas e ideológicas a sus exigencias” (Amin, 2001: 16).

Son esas exigencias las que hacen que Charles Tilly se vea en la necesidad de reorganizar líneas básicas del tablero histórico para abordar el problema y su grave dimensión. A la vez que enumera elementos básicos para la existencia de una democracia, que es en verdad una democracia liberal inclusiva, reformista, hipotetiza sobre las consecuencias que traen los procesos de degradación de esos elementos básicos. Dice Tilly

Mi razonamiento es simple: la Democracia consiste en una relativa ampliación e igualdad de la ciudadanía, proporcionándole a los ciudadanos consultas obligatorias en lo concerniente a las políticas del estado y el personal del estado, así como también protección de la acción estatal arbitraria. En la medida que el estado se disuelve, también lo hace la ciudadanía, y en consecuencia, la democracia. El control de la autonomía del poder militar es una condición para la democracia; las coaliciones entre clases que involucren trabajadores constituyen condiciones altamente favorables; y una relativa igualdad, sumada a una redistribución, aparece como un importante estabilizador. Las grandes desigualdades del poder económico amenazan a la democracia porque otorgan incentivos y medios a minorías poderosas para subvertir los cuatro elementos de la democracia; por lo tanto, hacen que las coaliciones entre clases, y por tanto, las alianzas parciales entre los capitalistas y los trabajadores, sean menos esenciales para conducir los negocios públicos. En este sentido, el poder del trabajo organizado, representa y fomenta las políticas democráticas (Tilly, 1997: 48).

El escenario de la degradación extrema de formas democráticas relativamente inclusivas que tienen o tuvieron existencia real es planteado dramáticamente como una posibilidad fuerte:

Nuestro mundo va en dirección creciente hacia la desigualdad y la proletarización, en el sentido más simple de la palabra: más y más gente depende para su supervivencia de los salarios que recibe por el trabajo que lleva a cabo con el capital de otra gente. La globalización aumenta la proletarización y el incremento de la desigualdad a escala



mundial, y esto lo puede hacer también al interior de jurisdicciones de estados individuales. Si el trabajo no encuentra formas alternativas y efectivas de organización a nivel del capital internacional, uno de los grandes acontecimientos de nuestra era –la democratización incompleta– corre peligro de ser pisoteado por las nuevas oligarquías del capital (Tilly, 1997: 49).

Tomando en cuenta distintos aspectos de este proceso mundial es que Wolfgang Streeck (2014) se pregunta cómo terminará el capitalismo. Y sus hipótesis están muy lejos de los optimismos alternativos que, en verdad expresaban experiencias concretas, y se extendían por distintos movimientos rebeldes del planeta –e inclusive por estados del tercer mundo–, durante la larga década del sesenta. Su mirada hacia el futuro es sombría en relación al papel de fuerzas que expresen voluntad de construir formas que contemplen al conjunto de la sociedad través de la extensión de ciudadanía social, y realiza evaluaciones de cómo la fuerza predominante se impone en el presente y está alerta para dar batalla para despejar los obstáculos que se presenten en el camino:

Hasta ahora, la utopía política predominante en el neoliberalismo es una ‘democracia adaptada al mercado’, desprovista de poder de corrección del mismo y que apoye la redistribución ‘compatible con los incentivos’ desde abajo hacia arriba. Aunque ese proyecto está ya muy avanzado tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos, sus promotores siguen preocupándose de que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, en un intento de última hora de bloquear el avance hacia una solución neoliberal de la crisis. Por consiguiente, no han disminuido en lo más mínimo las presiones de las elites a favor de la neutralización económica de la democracia igualitaria; en Europa, esto se lleva a cabo por medio de una reubicación permanente de la toma de decisiones político-económicas en las instituciones supranacionales como el Banco Central Europeo y las cumbres de los líderes gubernamentales (Streeck, 2014: 48).

Señalará, además, con pertinencia, un elemento fundamental que, extendido como sentido común en distintos sectores de la sociedad, es habilitador de este predominio cultural. Dice Streeck:

Un tema fundamental de la retórica antidemocrática actual es la crisis fiscal del Estado contemporáneo... El creciente endeudamiento público se achaca a la mayoría del electorado que vive por encima de sus posibilidades a base de aprovecharse del ‘fondo común’ de la sociedad, y a los políticos oportunistas que compran el apoyo de los votantes miopes con dinero que no tienen (Streeck, 2014: 44)

Una descripción reivindicadora de la noción de liberalismo político será central en la argumentación del sociólogo Immanuel Wallerstein, creador de la categoría sistema mundo, para formular su hipótesis sobre este fin de época. Wallerstein dirá que los defensores culturales de ese liberalismo



estaban seguros de su moderación, su sabiduría y su humanidad. Su postura iba a la vez en contra de un pasado arcaico de privilegio injustificado (que consideraban representado por la ideología conservadora) y una nivelación desenfrenada que no tomaba en cuenta la virtud ni el mérito (que según ellos era representada por la ideología socialista/radical) (Wallerstein, 1996: 10).

Y reafirmará que en esa perspectiva “el estado liberal —reformista, legalista y algo libertario— era el único estado capaz de asegurar la libertad” (Wallerstein, 1996: 10). Claro que Wallerstein, como buen sociólogo, atiende a las distancias que existen entre “el dicho y el hecho”, y por eso aclarará, como corolario a la descripción anterior, que “quizá eso fuera cierto para el grupo relativamente pequeño cuya libertad salvaguardaba, pero desdichadamente ese grupo nunca ha pasado de ser una minoría perpetuamente en vías de llegar a ser la totalidad” (Wallerstein, 1996: 10). Lo fundamental aquí es que a partir de este relativo rescate formula su hipótesis acerca de que “la caída de los comunismos no representa el éxito final del liberalismo como ideología sino la socavación definitiva de la capacidad de la ideología liberal para continuar su papel histórico” (Wallerstein, 1996: 11). Advertirá que “una versión de esta tesis está siendo defendida por los trogloditas de la derecha mundial...”, pero, no obstante, concluirá que muchos otros “simplemente están aterrados ante la inminente desintegración del orden mundial que, como correctamente perciben, está ocurriendo (Wallerstein, 1996: 11)¹⁶.

Cuando Streeck se refiere a la lucha de los sectores del capital financiero por evitar que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, y expresa de algún modo a los otros autores, está pensando básicamente en la experiencia de algunos países occidentales centrales donde el par capitalismo democracia reformista liberal tuvo sus momentos de armonía y de brillo político cultural luego de la segunda guerra mundial. La lucha de la guerra fría convirtió además a esas experiencias en banderas con gran peso simbólico y, en los hechos, se consolidaron instituciones inclusivas y de participación política que beneficiaron a sectores de clases trabajadoras. Y aunque es verdad que esas instituciones comenzaron a debilitarse quizás menos visiblemente en la segunda mitad de la década del setenta, y con más contundencia a fines de los ochenta y en los años noventa, continúan teniendo peso concreto y reconocimiento. Claramente en países de Europa occidental en los que se habían implementado formas fuertes del estado de bienestar.

Porque las hipótesis acerca del concreto desgranamiento de las democracias reformistas liberales a manos de los vientos del capital financiero suponen implícitamente el dibujo de una pendiente no

¹⁶ En un reflexivo artículo (“La cuadratura del círculo”) el sociólogo alemán, devenido lord inglés, Ralf Dahrendorf (2006) expresa preocupaciones similares. La gran pregunta que se hace es ¿cómo se puede combinar “el aumento de la prosperidad con la cohesión social en condiciones de libertad política” (99)? Formula esa pregunta en el marco de las políticas de flexibilización y de reforma del estado de bienestar que, dirá, se constituyeron en “una presión para las estructuras democráticas de las sociedades libres” (Dahrendorf, 2006: 114). Afirmará que el “efecto más grande de los valores ligados a la flexibilidad, la eficiencia, la productividad, la competitividad y la rentabilidad es posiblemente la destrucción de los servicios públicos” (Dahrendorf, 2006: 114). El peligro que advierte son formas diversas de autoritarismos en tanto las “exigencias de la competencia global combinadas con la desintegración social no son propicias para la libertad”. (Dahrendorf, 2006: 116). Hay un llamado, al fin, con un tono que lo reconoce como parte de la generación de demócratas liberales antifascistas y que al mundo latinoamericano hoy puede resultarle ingenuo en cuanto a la posible recepción productiva de ese llamado, a reivindicar los valores europeos como sinónimo de valores democráticos y a no perder de vista lo que considera la naturaleza universal del proyecto.



pronunciada que se expresa, por supuesto, en cambios políticos y económicos estructurales, pero, lo que es más relevante en términos culturales, sobre todo, en una progresiva acumulación de descreencias de la población fragmentada que no puede encontrar contención en las viejas instituciones organizadoras del mundo del trabajo y de la representación política, junto a la consolidación de una burocracia política desvitalizada, una superestructura política vaciada de representación sostenida en relaciones de fuerza, en principio productoras predominantemente de violencia simbólica implícita en la violencia de políticas excluyentes hacia distintos sectores. No obstante, es verdad que la legitimidad de la cuestión democrática asociada a la inclusión social en esas sociedades de países centrales luego del 45 se convirtió en una marca cultural fuerte que pudo haber tenido algún machucón, pero estuvo lejos de ser puesta al borde del abismo por la radicalización de los años sesenta como ocurrió con los capitalismos dependientes que entre dictadura y dictadura implementaban proyectos incompletos e intermitentes de democracia en América Latina. Y allí entonces surge alguna preocupación, atenuada por la fragmentación político cultural del mundo de los oprimidos, de las políticas predominantes con la posibilidad de revitalización a través de la intervención de mayorías populares, de lo que Streeck (2014) llama instituciones del compromiso de posguerra.

III

La manera en que este proceso post 45 se vivió en América Latina tuvo sus diferencias porque las condiciones de reacomodamiento de la economía internacional afianzaban algunas experiencias de modernización económica y social que no necesariamente se encontraban con el ideal democrático liberal promovido por la mirada predominante. Los nuevos organismos regionales promotores de lo que se llamaba el desarrollo comenzaban a actuar, valiéndose de una tecnocracia moderna y modernizadora, realizando diagnósticos y haciendo propuestas a experiencias que no resultasen disonantes políticamente con las miradas sostenidas por EEUU que sin lugar a dudas se había consolidado como una potencia imperial. Las promesas de esos organismos promotores del desarrollo y de las políticas internacionales de las que resultaban deudores, relativas a adosar a las propuestas de “despegue” económico formas democráticas, no se realizarían sino intermitentemente y de manera parcial. El triunfo de la revolución cubana luego de sus primeros años celebrados por el establishment político de las tres Américas, se convertiría, para el país con más fuerza política de ese establishment convertido en actor protagónico de la guerra fría, en un ejemplo negativo a combatir en sí misma y en sus influencias. Concretamente, serían las fuerzas militares de los distintos estados nacionales, travestidas en partido militar, las que actuarían como guardias pretorianas del imperio para corregir los desbordes de participación política que apuntaban a lograr cambios en esas sociedades. No ya las democracias reformistas, sino la mera institucionalidad política democrática era lo que estaba en cuestión, y directamente se cercenaba.

La nostalgia entonces, por un momento armonioso entre capitalismo y reformismo democrático liberal, no existe en América Latina. No hay una legitimidad fuerte que pueda seguir pesando en el presente. Sí



hay memoria de experiencias modernizadoras en términos económicos, sociales y políticos que pueden ser equiparables, como fue el primer peronismo en Argentina, pero que se implementan en disonancia con el ideal democrático liberal. Son, sin lugar a dudas experiencias de integración de las mayorías populares. Más allá de que esa fuerza política resultase electa por voto democrático, que haya implementado de manera pionera el voto femenino, o que posibilite una reforma de la constitución mediante asamblea constituyente, con propuestas claramente innovadoras, y que además produjese una modernización de la legislación laboral y del sistema previsional a “la altura de los tiempos”, generaba importantes desconfianzas de las distintas perspectivas políticas que desde muy distintos lugares habían conformado un frente político cultural antifascista. Efectivamente, este proceso político, que ocurría en el marco de una economía con casi inexistente tasa de desempleo, con un acceso a la población obrera a formas de vida modernas con cobertura pública de salud y educación, y acceso a ofertas de la industria cultural que crecía arrolladoramente, se presentaba de la mano de un liderazgo carismático encarnado en un militar con gestos nacionalistas, que ligaba los sindicatos al partido de gobierno, que hablaba de formas de representación corporativa, y que en sus muy heterogéneas alianzas incluían en lugares significativos culturalmente como el mundo universitario a algunos compañeros de ruta ligados a la derecha filofascista. La mayoría de las fuerzas políticas y culturales que se veían como herederas del racionalismo ilustrado, activadas en principio en el 36 y claramente en el 39 a partir de la experiencia antifascista, participan con distinta intensidad de la oposición que definía al gobierno como antidemocrático, y decididamente en el golpe que derrocará al segundo gobierno de Perón en 1955.

Pero luego de 1955 no llegará la democracia liberal. Habrá dos ensayos en las que la competencia electoral excluía a la segunda fuerza política más importante del país y de todos modos cada una de ellas culminará con golpe de estado. La apertura de 1973 que abrirá el juego al peronismo y permitirá un triunfo contundente en ese año, culminará dramáticamente con el golpe de estado de marzo de 1976. Y allí tendrá lugar la experiencia dictatorial que se propuso aniquilar a los adherentes de las distintas fuerzas que con intensidades diferentes compartían una mirada cuestionadora del orden económico social y político. Esa dictadura dejará marcas significativas en la cultura política del país en tanto se produjo una derrota no solo de las fuerzas más dinámicas implicadas en las apuestas de cambio, sino que desgranó el espíritu de cambio que se había extendido por distintos espacios sociales durante la larga década del sesenta. Como es sabido, por distintos y complejos motivos, entre los que pueden mencionarse la resistencia de los revolucionarios civiles, la incansable lucha de los organismos de derechos humanos y la derrota argentina en la guerra de Malvinas, se produjo un extraordinario desprestigio del gobierno militar que debió acceder al establecimiento de un sistema democrático en la Argentina en el año 1983.

IV

Entonces no hay un momento ideal post 45, pero sí hay características muy particulares de la sociedad argentina y de la democracia refundada en 1983 que la convierten en un observatorio privilegiado en los



desarrollos de la tensión entre la fuerza político cultural predominante que expresa al capital financiero internacional y la difícil posibilidad de sobrevivencia de una democracia liberal reformista con voluntad de integración de los distintos sectores de la sociedad.

Porque por más que los partidos estén deteriorados y deshilachados en relación a sus banderas tradicionales, por más que los sindicatos estén desprestigiados y se haya reducido su poder objetivo por el achicamiento de la fuerza de trabajo obrera formal, por más que el desmembramiento del estado argentino realizado en la década del 90 le haya quitado capacidad de negociación, hay en la experiencia de esta sociedad una sensibilidad conformada históricamente que entre otras maneras de actualización puede adquirir formas que resulten en verdaderos obstáculos a la oleada internacional –sin lugar a dudas con mayor capacidad de acción en las periferias– de destrucción de los sueños de una democracia igualitaria. Se trata de una memoria de integración social, específicamente de un sentimiento igualitario presente en la sociedad argentina distribuido por distintos sectores sociales, seguramente de manera diferencial.

Sensibilidad, sentimiento, no creencia sistemática y formal, tampoco concepción del mundo y menos ideología, sino el resultado de una experiencia práctica productora de disposiciones, de esquemas generadores a su vez de prácticas que no tienen necesidad de acceder a la conciencia para actualizarse (Bourdieu, 2013). Como efectivamente dirá Bourdieu al describir aspectos de su teoría de la acción disposicional: las disposiciones pueden funcionar más allá de la conciencia y la voluntad y no están sostenidas necesariamente en intenciones explícitas, que generan conductas ordenadas sin principio explícito de ordenación (Bourdieu, 2013). Que sin lugar a dudas son un producto histórico cultural y no producto de una subjetividad etérea. No son elementos en emergencia que no se han conformado todavía en una visión sistemática producto de actuar en un momento primigenio. Son elementos que pueden permanecer relativamente en el tiempo sin convertirse en una creencia orgánica, aunque actualizándose de distintas maneras y probablemente incorporándose a distintos sistemas de creencias de acuerdo a los momentos y a determinadas circunstancias analizables solo tomando en cuenta los casos específicos.

La hipótesis que acá se sostiene está dividida en dos partes. La primera afirma que en la sociedad argentina en un quizás no tan largo camino de hace más de cien años, a través de distintas experiencias históricas que resultan de un significativo proceso de movilidades sociales ascendentes, se generó, efectivamente, asociado a una compleja memoria de integración, un elemento cultural potente, enérgico, vigoroso, que marcó a fuego a distintas generaciones, que puede llamarse sentimiento igualitario. La segunda, que ese sentimiento, como se ha dicho, puede actualizarse desde distintos sectores sociales integrado a distintas miradas políticas ideológicas o culturales de acuerdo a circunstancias históricas.

Bien puede integrarse a las visiones con predominio en el mundo contemporáneo, expresadas en la cultura del capital financiero, por ejemplo, cuando las políticas económicas habiliten o generen la expectativa de la permanencia en actividades integradas a una porción significativa de sectores medios y medios bajos. Bien, cuando eso no suceda, cuando, como en la experiencia del gobierno argentino que presidió Mauricio Macri, el resultado de las políticas suponga la restricción de consumos básicos para ese



mundo integrado no dominante, ese sentimiento igualitario se percibirá humillado. Es que este sentimiento igualitario es deudor tanto de la noción de individuo liberal ilustrada, como de la que tensa la anterior por abstracta y deshistorizada, que es la romántica y se manifiesta en prácticas sociales incorporadas a una mochila cultural, a un sistema de disposiciones que conformaron y habilitaron experiencias históricas concretas.

Por un lado, entonces, la noción del individuo libre e igual a los demás, propietario de sí mismo y de los frutos de su trabajo, hecho sensibilidad práctica en la convicción de que es posible el progreso personal a través del esfuerzo y que esto supone- con un afianzamiento poderoso durante la experiencia del primer peronismo- el derecho del individuo a vivir bien, con dignidad. Lo que quiere decir vivir como esa experiencia histórica ha enseñado que pueden vivir las personas que vienen de abajo y se esfuerzan: acceso a buena vivienda y a los elementos que permitan el bienestar dentro de ella, a la salud y a la educación propia y de los hijos, al retiro que permita el recorrido autónomo y con la frente alta del último tramo de la vida

Pero por otro lado también, la reivindicación, claramente romántica, de la singularidad creativa que puede plantarse frente al mundo. En la historia de esta sociedad –y esto es fundamental– asentado en distintos motivos, hay una desconfianza, tempranamente conformada, hacia las instituciones y hacia la autoridad. Hacia todo tipo de autoridad. Y hay que reafirmar el término de la desconfianza porque es un elemento que puede tener permanencia, a diferencia de la rebelión. La desconfianza no implica el alzarse contra la autoridad, aunque pueda ser un elemento que bajo determinadas condiciones la habilite. Supone moverse en unos marcos institucionales, tanto del mundo público como del privado, y casi siempre considerarlos con cierta distancia, con la relativa sospecha de que “la cosa no es como la pintan”. Y claro, un sentimiento de estas características no encuentra favorables condiciones de existencia en los sistemas de dominación eficientes.

Condiciones que sí, y de distintos modos, se presentaron en esta sociedad y produjeron el sentimiento igualitario. Algunas de estas condiciones son las relativas a determinaciones sociales concretas y a elementos culturales surgidos en el marco de esas mismas determinaciones que habilitaron ese sentimiento. La situación inmigratoria y un tipo de economía agrícola ganadera e incipientemente industrial, que conformaba fuertes y nuevas clases obreras. Las poderosas ofertas políticas reivindicadoras de los oprimidos que incentivaban su participación. Las elites con más circulación de la que imaginaba Pareto y, por diversos motivos, incapaces de mostrarse al resto de la sociedad como claramente superiores. Una extraordinaria fortaleza temprana de las instituciones educativas y en menor grado de la salud pública. La reafirmación de estas estructuras institucionales públicas en el primer peronismo. Una gran debilidad de instituciones políticas. Y verdaderos símbolos culturales –que cumplieron un papel relevante como elemento fundante de la nación moderna– como la indiscutible obra literaria nacional contenedora de la célebre escena en la que un sargento de la policía rural –puesto en los términos de un comentarista ilustre–: “gritó que no iba a consentir el delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra sus soldados, junto al desertor Martín Fierro”. O si se quiere, murmullos



sociales que sobrevivieron literalmente quizás hasta fines de los sesenta, observables en algún ex obrero peronizado y ascendido socialmente, que podía experimentar un respeto hondo, aunque medido en la expresión, al escuchar que se mentaba el nombre de Simón Radowitzky, el jovencito vindicador de la cruenta represión en la Plaza Lorea. La autoridad, en fin, descalificada y confrontada, en tanto marca estampada en la historia cultural de la sociedad, como un hilo significativo en el tejido del sentimiento igualitario.

V

Sentimiento igualitario que, en tanto disposiciones que conforman un complejo humus de elementos culturales, se actualiza de acuerdo a los sectores sociales, de diversas maneras articulándose a distintas miradas más estructuradas. No necesariamente se integra a una identidad colectiva y tampoco implica una fraternidad universalista. Es el que habilita al agente social para, por decirlo coloquialmente, no sentirse menos que nadie, resultado de la memoria de una sociedad integrada de movilidad social ascendente. Cuando ese proceso se quiebra, los sectores que quedan del lado de la integración pueden actualizar este sentimiento igualitario como un recurso fuertemente diferenciador. Elementos diferenciadores que forman parte de las culturas de movilidad social ascendente (“Si el consumo eléctrico es barato, es porque es un subsidio a los que no se esfuerzan. Yo puedo pagar la luz y no quiero que subsidien a los que no se esfuerzan”). Quizás pueda justificar, este razonamiento, la arbitrariedad policial en defensa de lo conseguido con ese esfuerzo propio. Y habilitando el componente de descreencia en las instituciones se puede mirar para el costado si el integrado ganador es un “pícaro” de la llamada “patria contratista” (empresas proveedoras del estado) cuyo grupo se ha enriquecido esquilmando al estado, y no conmoverse demasiado con los ladrones de guante cada vez menos blanco del mundo financiero. O tolerar el mamarracho de un ministro de economía cuando dijo que tenía sus fondos en el exterior porque no confiaba en el país, y que su casa lujosa figure en catastro como un baldío. Porque, al fin y al cabo, como piensa Don Quijote “allá se lo haya cada uno con su pecado”. Solo que aquí restringiéndolo al mundo de la sociedad integrada. Porque si el castigo que implementan los que gobiernan –a la vez que usan esa posición para beneficio propio– se dirige al otro estigmatizado –el no integrado redibujado infinitamente por estrategias planificadas y movimientos espontáneos de los medios de comunicación como sujetos sin voluntad de integración–, las cosas marchan bien. Pero adquiere otro sentido cuando se comienza a percibir que se está castigando el propio esfuerzo individual, y no solo eso, sino la entera cultura del esfuerzo propio de los que no están en el reducido podio de los ganadores.

Los resultados de una especie de primarias, las elecciones llamadas PASO en Argentina realizadas en agosto de 2019, sorprendieron a los sectores de la clase política perjudicados, pero también a los beneficiados. Y, lo que quizás sea menos extraño, también a muchos especialistas en temas electorales. Es que la asociación política que gobernaba implementadora de políticas de exclusión, producto de una apertura desordenada de la economía y absolutamente compatible con el clima internacional



predominante, se había convertido en un modelo para el neoliberalismo de las periferias. Había logrado disciplinar con políticas de ajuste a una sociedad con altos niveles de población alfabetizada y con una experiencia histórica de integración. Las técnicas de manipulación de las conductas humanas con fines de lograr adhesión en amplias poblaciones castigadas por quienes continuaban logrando esa adhesión, entusiasmaron al establishment imaginando que por fin se conseguiría un modelo chileno. Las corporaciones internacionales, distintos organismos internacionales y el propio gobierno norteamericano participaron con distinto interés de ese entusiasmo. La cuestión es que a partir de este hecho electoral simbólico surgen distintas evaluaciones que toman en cuenta las virtudes y los defectos de las distintas campañas, las acciones de los políticos implicados y sus maniobras exitosas o fracasadas, el surgimiento de algún carisma inesperado, los límites de la política imaginada como campaña de venta de productos, etc. Y, por supuesto, un papel estelar en las explicaciones les corresponde a las políticas económicas, calificadas hacia el fin del mandato del presidente Macri, cada vez por más sectores, como catastróficas. Cada uno de estos elementos puede, y quizás deba, ser puesto sobre la mesa de análisis y seguramente sin descartar ninguno y acentuando alguno de ellos de acuerdo a la perspectiva. Así se podrá decir algo sobre lo ocurrido. No obstante, quizás éste sea el hecho más significativo no atendido por el mundo de la ingeniería electoral que, en el marco de la crisis de las identidades políticas tradicionales y la fragmentación sociocultural, y por la sobrevaloración de las técnicas de manipulación humana sostenidas en esa fragmentación, y ante al deber de trabajar sobre el inmediatez, ignora la posibilidad de formular hipótesis acerca de complejas persistencias culturales como el llamado aquí sentimiento igualitario que, muy probablemente, cumplió un papel significativo produciendo esa respuesta electoral.

El que estaba señalando al otro inferior percibe por experiencia práctica que él, junto a muchos, es, para ese reducido podio de ganadores, el otro inferior, un sujeto sin voluntad de integración, un perdedor, un fracasado. Y allí lo que era percibido como picaresca o mera retórica se transforma en ofensa, en humillación. Lo que cuentan que dijo un economista CEO del equipo de gobierno, en momentos en que era presidente Mauricio Macri y se debatía una reforma previsional, acerca de que una persona jubilada de 70 años que cobra 12000 pesos recoge lo que siembra –“vivió como un fracasado, cobra como un fracasado”– podría ser la bandera que flamee expresando claramente la cultura del capital financiero. Pero es también la distancia que separa una cultura salvaje de ganadores y perdedores de la memoria de una sociedad integrada de movilidad social ascendente sobre la que se construye ese sentimiento igualitario. Es un límite significativo ante los avances de democracias sostenidas en técnicas de manipulación glorificadoras del big data, vaciadas de representación popular. Porque es posible que ese sentimiento, resultado de una sistemática acción político cultural, se actualice bajo la forma de estigmatización del otro inferior excluido, en tanto esa mirada predominante lo construye como sujeto sin voluntad de integración, pero se niega a hacerse cuerpo en una mirada que humille a los que de hecho son parte, quizás la más castigada, de la memoria de una sociedad integrada. Ocurre en tanto las políticas del capital financiero se presentan en los hechos, más allá de los discursos publicitarios, crudamente transparentes, y habilitan la posibilidad de percibir como un despojo el desgranamiento de instituciones



y de los agentes del viejo orden en vías de desmantelamiento, como así también las prácticas de solidaridad y de asistencia que proponían.

VI

Y es quizás también una de las posibilidades de actualización del sentimiento igualitario entrelazado íntimamente, en este caso, con su elemento romántico que desconfía de todas las formas de autoridad, el que se despliega en toda su intensidad en la heroica experiencia de las Madres de Plaza de Mayo (que se imbricaba con la resistencia de los revolucionarios civiles que continuaba en una situación de adversidad) y de algún modo también en la recepción sensible que esa experiencia tuvo en amplios y variados sectores de la sociedad argentina conformando un ambiguo y a la vez fuerte algo en común. La escena es conocida y forma parte de los hechos significativos de la historia mundial reciente, pero valga la construcción de otro pequeño relato para contribuir a la argumentación: un puñado de mujeres en una extraordinaria situación de desprotección caminan con sus pañuelos blancos, giran en torno a un símbolo de la república, reclamando por sus hijos. Pisan con decisión y seguramente con miedo, ni más ni menos que el ágora central del país. Están allí frente a los edificios que albergan el poder revalorizando, un símbolo de la república en momentos en que ésta es arrasada. El caminar de esos cuerpos que el sentido común imagina frágiles es de hecho un desafío osado a la autoridad arbitraria y todopoderosa. A un estado que en su accionar clandestino secuestra y mata a tres de las fundadoras. Ellas, así y todo, continúan sus rondas. Atropelladas por los caballos de la guardia de infantería, estigmatizadas por sectores de la prensa, continúan sus rondas, sus luchas: con persistencia, con obcecación, con valentía.

Esa práctica, esa mirada sensible de las madres produce el encuentro entre sentimientos comunes preideológicos latentes en distintos sectores de la sociedad aluvional. Sentimientos igualitarios que reivindican a los Davides que se animan frente a los todopoderosos Goliaths, y de algún modo, irremediamente ligado a la experiencia de esas mujeres, se actualizan construyendo un piso de moral común de rechazo a la arbitrariedad y barbarie estatal. Una moral que progresivamente se tornó radicalmente confrontativa denunciando aquellas formas que los teóricos de la guerra antisubversiva habían impuesto y un sector significativo del mundo dirigencial había aceptado como práctica habitual: el secuestro y cautiverio en condiciones de clandestinidad, la tortura en diversas formas, el abuso sexual, el trabajo en condiciones de sumisión y, en el caso argentino, el intento de abolir el pasado desapareciendo los cuerpos y quitando la identidad a los hijos de los revolucionarios civiles secuestrados y desaparecidos. Y es ese papel civilizatorio de hacer ver la barbarie estatal como formas nefastas de la condición humana es el que permitió construir algo así como un humus potencialmente habilitador de significativas experiencias institucionales de la nueva democracia. Porque no es posible imaginar el extraordinario, y sin lugar a dudas extemporáneo, ritual republicano de juicio y condena a las juntas militares de la dictadura responsables de una represión perversa e ilegal sin ese humus poderoso construido a partir de la heroica lucha de las Madres de Plaza de Mayo. Es posible sostener, si se quiere atender más que a las



reglas visibles y escritas, a los elementos profundos que construyen un algo en común en las sociedades, que el pacto democrático de fondo en un país que despliega casi abrumadoramente características anómicas en diversas áreas relevantes del orden institucional se sostiene en tanto se mantenga viva esa sensibilidad.

No es que haya que subestimar variables más visibles para explicar un hecho singular como el juicio a las juntas. Sin lugar a dudas, la experiencia frustrada de Malvinas y el comportamiento indecoroso en la derrota de la dirigencia de las fuerzas armadas y de sus publicistas en los medios de comunicación generaron un desprestigio fuerte del partido militar. Es cierto que existían claras políticas de la potencia imperial para establecer algún tipo de democracia liberal presentable a los ojos del mundo occidental, luego de haber participado activamente en la guerra contra la insurgencia en toda América Latina. Y que en esos mismos gestos, y en otras medidas, estaba la intención de atenuar la indignación que los métodos empleados habían generado en distintas democracias europeas con capacidad de imponer una voz a nivel internacional. Es verdad que la dictadura argentina había actuado asesinando a algunos ciudadanos que fueron funcionarios del propio gobierno militar, o asesinando y/o robando propiedades a empresarios con fines estrictamente económicos. Y eso, aunque se tratase de una minoría, cumplía un papel simbólico importante en la descalificación pública de los dirigentes de la dictadura. También es bueno reconocer que, en el marco de esa habilitación, los dos grandes partidos de la Argentina se habían revitalizado, y organizaban actos realmente masivos. Sin lugar a dudas en amplios sectores de la sociedad había un entusiasmo por la “llegada de la democracia”.

Pero es verdad también que en la propuesta de uno de los dos partidos mayoritarios estaba el indulto como un recurso necesario, algo que seguramente compartía una gran parte de la dirigencia política convencional que se aprestaba a volver al ruedo. La necesidad de encontrar una “sustentabilidad” de esa democracia que podía seguir siendo percibida como débil no habilitaba confrontaciones disruptivas con los poderes reales. Esa democracia que se estaba por inaugurar era, en algún aspecto, más que el resultado de un avance, de dos retrocesos: el relativo a la derrota de los movimientos revolucionarios que la cuestionaban y el creciente desprestigio del partido militar que la custodiaba. Había entusiasmo, pero también un clima de mesura política rodeado por los miedos que advertían sobre los peligros de dar pasos de confrontación con los poderes. Y el poder militar no era, o, por lo menos en ese momento no parecía, subestimable. La experiencia uruguaya de impunidad a los miembros de la cúpula militar, y la transición chilena, en la que el dictador Pinochet siguió teniendo un papel relevante, dicen bastante de cómo se resolvía la sustentabilidad de la democracia en la región.

Hechos como el juicio a las juntas no se construyen con la mesura de la clase política de entonces, sino sobre un clima en el que tienen que existir agentes sociales que sean o hayan sido capaces de patear el tablero. Las madres (madres de revolucionarios al fin) patearon el tablero en momentos en que el tablero estaba fuertemente abulonado, en el que las cosas “eran así” y no se cuestionaban. Barrington Moore en un reflexivo trabajo sobre las bases sociales de la obediencia y la rebelión se preguntaba, “En todos los momentos de estos complejos procesos, los individuos concretos tienen que actuar y, de cierta manera



lo hacen. ¿Qué es lo que les da el coraje para romper parcial o totalmente con el orden social y cultural en el que están insertos?" (1996: 97). Y advertía:

La respuesta del sentido común es que el dolor de sufrir termina por provocar, tarde o temprano, un acto de desesperación; pero ésta no es una respuesta muy satisfactoria, ya que por sí mismos el dolor y el sufrimiento no proporcionaban una explicación adecuada...Las respuestas más fáciles pueden ser la autonomía moral o la fuerza moral, pero ninguno de estos dos es un concepto satisfactorio (Moore, 1996).

Claro, no son satisfactorios en abstracto, pero sí si es posible preguntarse de dónde surge esa fuerza moral. Porque las madres patearon el tablero por las circunstancias dramáticas en las que las puso la historia y sin lugar a dudas construyeron una experiencia singular, pero sus acciones no estuvieron iluminadas por un rayo divino. Eran mujeres comunes que hicieron su propia historia bajo circunstancias con la que se encontraron, actualizando sensibilidades que históricamente se conformaron en esta sociedad y que se han mencionado. Y es necesario insistir entonces que esa experiencia singular se arma con recursos que no necesariamente son recursos explícitos, sino sistemas de disposiciones, esquemas generadores de prácticas que no tienen necesidad de acceder a la conciencia para funcionar y que son el resultado de experiencias colectivas realizadas en la historia de la sociedad (Bourdieu, 2013). Allí el sentimiento igualitario en su aspecto romántico antiautoritario, como un elemento potente de la sociedad argentina, cuya manifestación más reciente estaba cercana y era la de miles de jóvenes dispuestos a alzarse en armas contra el orden que consideraban injusto, es entonces uno de esos recursos significativos a considerar en la activación de esta experiencia de las madres.

La relación de empatía que, de modo creciente, esta experiencia entabló con sectores más amplios de la sociedad, puede ser entendida como un encuentro entre sensibilidades relativamente comunes. Sensibilidades comunes que se actualizan quizás cotidianamente de distintas maneras, y ahora lo hacen como parte de una forma que, en un sentido más débil, puede ser nombrada como colectiva. Si la comunicación, cuando esta se da, entre una obra de arte y los espectadores, es para Bourdieu, "una comunicación entre inconscientes, mucho más que una comunicación de conciencias" (Bourdieu, 2013: 14), es posible sostener que esta empatía entre la experiencia de las madres y amplios sectores de la sociedad tienen ese mismo carácter en lo que hace a las zonas más fuertes, sentimentales, de esa comunicación. Lo que no quiere decir que en este encuentro no existan elementos reflexivos, consientes, argumentaciones que expliquen las propias acciones de la experiencia, y sectores implicados conmovidos por esas acciones que recurran a herramientas culturales e ideológicas para dar cuenta de las características y acaso los motivos de esa situación de conmoción. Lo que acá se sostiene es que ese elemento cultural, que no necesariamente está puesto en la mesa de la reflexión por los propios actores, que es el sentimiento igualitario antiautoritario, juega acá un papel significativo y que no es una mera abstracción, sino que, como se argumentó, es una sensibilidad conformada históricamente y extendida como tal por distintos espacios sociales de la sociedad argentina.



VII

Los análisis sobre las formas que adquiere la cultura del capital financiero en el presente dan cuenta del predominio de la sumisión de lo político a lo económico. De una filosofía política a lo von Hayek que puede realizarse sin complejos de culpa demócratas liberales en la dictadura de Augusto Pinochet. De una idea, en fin, que no toma en consideración a la especie humana como tal, y por lo tanto, en función de una moral darwiniana de la sobrevivencia de los mejores, naturaliza diferentes tipos de acciones que, desde las más brutales hasta las más aquietadas, pueden considerarse actos de inhumanidad.

Y es claro que eso puede realizarse bajo formas transparentes y crueles en que la lógica económica del capital financiero arrasa con todo, como lo describe Mbembe en algunas regiones de África, o bajo las propuestas que se proponen transformar las democracias en democracias adaptadas al mercado y sin capacidad de intervención sobre él, vaciadas de representación política, o que se presenten bajo ilusiones de representación en la atención intermitente a algunas de las demandas de diversos grupos fragmentados. Propuestas acompañadas de acciones decididas a reducir el gasto fiscal todo lo posible, a desfinanciar los programas e instituciones del “viejo Orden” dirigidos a los grupos considerados improductivos (pensionados, discapacitados, desocupados, enfermos terminales sin poder económico, etc.), y a deteriorar hasta destruir formas organizacionales que puedan restituir la presencia de colectivos sociales.

En América Latina, por diversas razones a analizar, en las que probablemente se combinan tanto fortalezas y debilidades internas del país en la realización concreta de las relaciones de dominación históricas, como la manera en que ellas repercuten en zonas del mundo con capacidad de transformar hechos en noticias, las formas de intervención de la revolución neoconservadora son diferentes. De hecho, como nunca la hubo, no hay sutileza con Haití. Y tampoco la hay con Honduras. Quizás la expectativa es que podría haberla en algunos países del cono sur, a menos que uno de los líderes regionales como Brasil, aun en el marco de aplicación de políticas económicas no tan disonantes con las predominantes ligadas al capital financiero, genere interrupciones políticas como las que supusieron su inclusión en uno de los grupos que habilitaban y reivindicaban la multipolaridad. El llamado *lawfare*, concepto tomado en principio del mundo militar norteamericano que lo definía como “un método de guerra no convencional en el que la ley es usada como un medio para conseguir un objetivo militar” (Holzer, 2012: 2), se extendió a las estrategias de la lucha política internacional, y es así que, a través de la financiación y capacitación de agentes locales, se despliegan verdaderas campañas en asociación con los medios de comunicación de masas. La forma agresiva que adquirió este procedimiento en Brasil, con el desarme del grupo Odebrecht, el encarcelamiento arbitrario del presidente Da Silva y la destitución impresentable de Rouseff y, sobre todo, la habilitación a actuar impunemente a partir de la pura relación de fuerzas favorables de algunos profesionales del poder judicial convertidos en figuras públicas positivas por los medios de comunicación, hizo que esos profesionales perdieran todo pudor y no se hayan cuidado en sus maniobras manipulatorias, y por ello estén apareciendo a la luz pública sus comportamientos venales y, así también, las lógicas



implementadas, los aspectos ocultos detrás del procedimiento visible presentado como una apuesta jurídica purificadora de la corrupción. Procedimiento que, al fin, desde este momento debe ser considerado en los análisis políticos como un recurso fundamental de la acción política de los establishment locales subordinados por la fuerza de la lógica imperial.

VIII

La pregunta entonces es cuáles son los grados de libertad de fuerzas políticas, las que realmente pueden ganar una batalla electoral y tienen una mirada diferente a la fuerza cultural predominante que expresa las lógicas del capital financiero, para implementar un programa moderado de relativa reorganización de la economía que efectivamente resulte en una sociedad más inclusiva en el marco de la fuerza arrolladora de esa cultura predominante. Es pertinente la pregunta para las asociaciones políticas con herencias distintas de centro izquierda en general, pero particularmente aquí se atiende a la experiencia argentina porque, como se ha dicho, se presenta la particularidad de una historia de integración y de movilidad social ascendente y, a la vez, en las últimas décadas, de grandes vaivenes en el marco de esas políticas internacionales detentadoras y promotoras agresivas de políticas relacionadas con la cultura del capital financiero. Políticas que, en este caso, han agujereado y directamente disuelto instituciones que de distinta manera le daban sustento a una sociedad integrada. En la historia reciente esas políticas han sido, en momentos particulares, fuertemente cuestionadas, y ha habido entonces intentos de recuperación en el marco de las debilidades estructurales dejadas por esas políticas agresivas. Intentos de recuperación que se sustentan en la memoria de esa sociedad integrada, que se expresa en lo que aquí se llamó un sentimiento igualitario. Sentimiento asentado, en verdad, en distintos momentos en franjas similares del electorado con distintos sentidos, que habilitan tanto a lograr empatía con la reelección de gobiernos kirchneristas, como adosarse a la ilusión republicana del macrismo, hasta que se transparenta que esta experiencia de gobierno quiebra la promesa de integración y de paso también la de la república. Y allí nuevamente la expectativa con un proyecto de integración que, en el marco de la debilidad estructural e ideológica, parece que no le queda otra opción que presentarse –y quizás realizarse– como un proyecto moderado.

La pregunta más concreta entonces es qué significa esa apuesta moderada por la integración y relacionada a ésta, si esa apuesta, aunque moderada, tiene condiciones favorables para transformarse en una experiencia estable, si se cuenta con relaciones de fuerza, sino favorables, por lo menos que puedan dar pelea digna para la construcción de un proyecto que tal como se propone en el mejor de los casos es una democracia con un estado, ya no de bienestar, sino subsidiario, en el marco de un capitalismo renano (Albert, 1993). La apuesta moderada por la integración social es descrita claramente por un dirigente político cultural relativamente joven que participa de los grupos de intelectuales que acompañaron al presidente Alberto Fernández en su campaña y en el gobierno. No hay posibilidad de integración fuerte de un 25% o 30% de la población tal como están las cosas a nivel internacional en estos tiempos, dijo. Lo



afirmaba, claro, con una seguridad comprensiva asentada en las acciones de ayuda que implementaría un gobierno progresista, y a la par, estimaba que era posible integrar a un mundo productivo a otros sectores de la población que habían sido castigados. Quizás no sea fácil proponer un acuerdo explícito con lo dicho, por los distintos compañeros de ruta de quien esto afirmaba, y nadie firmaría una declaración con ese diagnóstico, pero es una sensación que está muy presente en el sentido común progresista de la época que piensa en lo mejor dentro de lo posible. Y, por supuesto, que para lo inmediato no existe otra forma de actuar que no sea sobre el estado de cosas, reconociéndolo como tal.

El problema es que no hay proyectos a mediano, y menos a largo plazo, porque en verdad lo que se despliegan son un cúmulo de actitudes defensivas. Actitudes defensivas de quienes tienen, en el mejor de los casos, un contundente respaldo electoral, pero que, producto de la disgregación de las asociaciones políticas tradicionales, no cuentan con un partido organizado. Pueden recibir el apoyo (no orgánico) de movimientos populares fragmentados, apoyos retóricos de organizaciones obreras debilitadas por la reducción del mercado de trabajo y por la crisis de las grandes identidades políticas. Por supuesto, pueden valerse de los cada vez más débiles recursos económicos, dilapidados en la década del 90, de un estado que por ello ha perdido capacidad de negociación. Y lo que es fundamental, no solo que no existen o están debilitadas, no hay propuestas concretas para que distintas organizaciones de la sociedad sean activadas por medio de debates que planteen los obstáculos posibles y la necesidad de resistencia, implicándolas en un proyecto colectivo. Porque la existencia de movilizaciones y de actos en torno a una propuesta ambiguamente común no necesariamente supone la construcción de una opinión colectiva, que es la que incorpora fuerza política al sistema de relaciones de fuerza.

Bourdieu debatiendo con las formas liberales de representación afirmará que “la agregación de estrategias y de actos individuales no es colectiva” (2000: 26). En ese caso, dirá, “los agentes están doblemente desposeídos del dominio de sus opiniones. En efecto, no siempre tienen los medios para producir una opinión conforme a sus intereses. Las condiciones de producción de la opinión como discurso no están igualmente repartidas” (Bourdieu, 2000: 26). Y reforzará sosteniendo que el principio esencial y el mejor escondido de la desposesión que implica este tipo de relación

reside en la agregación de opiniones. Con el sondeo, o el voto, como con el *mercado*, el modo de agregación es *estadístico*, es decir mecánico e independiente de los agentes. La puesta en relación de opiniones se hace *fuera de los agentes*. No son los individuos quienes combinan sus opiniones, quienes les confrontan *dialécticamente*, para acceder (idealmente) a una síntesis que conserve las diferencias y las rebase, para llegar a un *todo*, definido por sus conexiones más que por sus elementos. Son las opiniones individuales, reducidas al estado de votos enumerables mecánicamente, como piedras, que son adicionadas, pasivamente, sin que nada sea hecho a cada una de ellas (Bourdieu, 2000: 26)

La ilusión de implementación y apuesta por la sustentabilidad de estos proyectos marcados por la moderación es que el apoyo dado por el resultado electoral y la habilidad para moverse defensivamente



desde el gobierno frente a las olas internacionales agresivas bastan. Y frente a esto se puede responder que, efectivamente, eso basta eventualmente para continuar en el gobierno. En términos analíticos se podría sostener que la idea de lo mejor dentro de lo posible en una situación de relaciones de fuerza desfavorable es un proyecto que, de realizarse, hará de lo posible algo cada vez más estrecho sostenido en una ética de la responsabilidad, que sin ideología trascendente es apenas un recurso elegante de adaptación a las diferentes condiciones que plantea el status quo.

Porque no se trata solo de un cúmulo de actitudes defensivas, la misma propuesta más trascendente, por llamarla de algún modo, posee una identidad defensiva. Porque si hay un ideal, más allá el reconocimiento e identificación con una experiencia anterior exitosa, que es observable no en un proyecto explícito sino en los intentos, en las apuestas, en algunas efectivas realizaciones, no es otra cosa que lo que Michel Albert llamó un capitalismo renano, un estado que deja actuar al mercado, pero que sin embargo interviene en algunas zonas relacionadas con algún bienestar ciudadano y claramente con políticas sociales de contención de los excluidos. Que eventualmente puede intervenir tímidamente en algún reacomodamiento del sistema impositivo si se presentan algunas condiciones favorables que trascienden al estado y los gobernantes. Y en términos políticos logrando la adhesión popular mediante acciones dirigidas a convencer a los electores de mantener el voto revalorizando políticas de gobierno que, aunque no resulten las esperadas, deberán ser entendidas en el marco de las limitaciones que los poderes imponen a ese modelo. Es por eso que las profesiones relacionadas con la ingeniería electoral se convierten en un espacio deseado por muchos jóvenes que a la vez que son portadores de una sensibilidad política, que construyeron en el marco de los límites del sentido común progresista de época. La apuesta trascendente, en fin, es un débil estado renano (Albert, 1993) en una zona más presentable de lo que al fin y al cabo sigue siendo el tercer mundo y que en función de las relaciones de fuerza pensadas en el marco de la lucha política internacional no tiene garantizada su estabilidad y su permanencia.

La hipótesis que es posible formular, tomando en cuenta lo analizado, es que, en el marco de la arrolladora fuerza político-cultural del capital financiero que si es predominante a nivel internacional lo es más en una periferia de la potencia imperial –más allá de los vientos de la multipolaridad–, la propuesta no ya de redistribución igualitaria de la riqueza y democracia participativa sino de la mera existencia de una democracia con algunas preocupaciones inclusivas necesita de una importante fuerza política para lograr sustentarse. Y que esa fuerza no va a surgir de inexistentes burguesías nacionales, ni tampoco de partidos nacionales que no están ni organizados ni movilizados sino en permanente estado de disgregación y relativa agregación, tampoco por iniciativa propia de sindicatos que en otro modelo de acumulación fueron poderosos y hoy actúan defensivamente desde sus cúpulas burocratizadas.

Pero sin lugar a dudas, junto a las formas que expresan el clima de época marcado por la reivindicación de trayectorias individuales alumbradas por una ética pragmática (que puede integrarse a diversos grupos circunstanciales compartiendo a veces efímeros y siempre acotados intereses grupales y desatenderse de los problemas que afectan en tanto comunidad humana), hay también una experiencia histórica acumulada de sociedad integrada y de movilidad social ascendente. Memoria de una sociedad integrada



que sobrevive en diversos espacios de la sociedad, en prácticas del presente que se actualizan en sindicatos, en los barrios, en la escuela, en los hospitales, en formas de resolución de problemas en zonas diversas del espacio social. Cada una de esas prácticas que en los hechos resultan en formas de resistencia, aunque no sean percibidas como tales, se convierten sin duda en un capital social relevante para una lucha política que se proponga alterar los principios de visión y división del mundo del orden presente. Ese capital puede deslizarse por una pendiente de lenta y progresiva disolución o puede ser vitalizado y resignificado mediante una interpelación política que sea audaz en términos culturales y apunte a la fortaleza del sentimiento igualitario. Pero es cierto que para transformar ese capital latente en el núcleo productivo de construcción de una fuerza político cultural que incida en las relaciones de fuerza realmente existentes es imprescindible crear condiciones que habiliten la construcción de la opinión colectiva y de su expresión. No hay otra posibilidad para los sectores dominados. Y eso supone una conmoción. También, y quizá sobre todo, para los espacios políticos que conservan retóricas y, en algunos casos como el del kirchnerismo, experiencias recientes de fuertes intentos de inclusión a través de un liderazgo recomponedor, ya que debido a la ausencia de proyecto trascendente ven en la posibilidad de debate abierto en sus propias filas un peligro de disgregación. Es por ello que la opción menos problemática es quedarse en la adición mecánica de preferencias que produce el voto, en definir como aspecto central, de acuerdo a la tradición liberal, a la elección, en vez de considerar de esa manera la elección del modo de construcción colectiva de las elecciones, el modo de fabricación colectiva de la “voluntad general” por medio de la deliberación libre, “por el acto comunicativo, como dice Habermas, que cambia los contenidos comunicados y las personas que comunican, por el *trabajo colectivo de búsqueda* de la opinión común” (Bourdieu, 2000: 27).

En 1911, el escritor checo Jaroslav Hasek (2015), contemporáneo de Kafka, fundó en una taberna de Praga, junto a un grupo de amigos cercanos al mundo libertario, un partido político que llamaron “Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley”. Fue, sin ambigüedades, una burla a la política de la época. La mesura, la prudencia son, sin lugar a dudas, comportamientos que resultan productivos cuando se ejercen desde la libertad que otorga el poder en tanto implican gestos de condescendencia del poder al que no se le discute el poder. Cuando lo actúan grupos o personas que están en una situación desfavorable en las relaciones de fuerza, la moderación tiene el papel implícito o explícito de agrandar o no ofender al poderoso, y de hecho lo que hacen es confirmar el lugar de subordinados en una relación de dominación. La situación es homologable a la política: con el “Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley” se puede, en el mejor de los casos, permanecer sin haber alterado las relaciones económicas fundamentales. Quizás evitando un empeoramiento de la población integrada y asistiendo a los excluidos. Pero ocurre que la condición de aceptación moderada de las relaciones de poder desde el lugar negativo de la desigualdad tampoco garantiza la sustentabilidad del proyecto, ya que los sectores que expresan la cultura predominante a nivel internacional pueden no tolerar pequeñas disidencias. La opción que supone el intento de rearmar relaciones de fuerza habilitando condiciones para la construcción colectiva de opinión y revitalizando un poderoso capital social y cultural que incluye el



sentimiento igualitario es, sin lugar a dudas, problemática. Pero es verdad que la audacia es un componente irremediable de una política transformadora y, además, empática con el sentimiento igualitario argentino. Por otro lado, la experiencia no indica que en manos de los dominados la audacia haya sido menos eficiente que la medida.

Bibliografía

Amin, S. (2010). La economía política del siglo XX. En *Escritos para la transición* (pp. 11-22). La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Beinstein, J. (2016). Lumpenburocracias latinoamericanas. *Revista Maíz*, 6, 16-21.

Albert, M. (1993) :*Capitalismo contra capitalismo*. Buenos Aires: Paidós.

Bagú, S. (1997). *Catástrofe política y teoría social*. México: Siglo Veintiuno editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades UNAM.

Bourdieu, P. (1999). El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada. En *Contrafuegos* (pp. 136-150). Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (2000). *Sobre el campo político*. Lyon: Presses universitaires de Lyon.

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2013a). Efecto Manet. ¿Qué es una revolución simbólica? *Le monde diplomatique (edición Cono Sur)*, 174, 13-15.

Bourdieu, P. (2013b) *Manet, une révolution symbolique. Cours au Collège de France (1998-200) suivis d'un manuscrit inachevé de Pierre et Marie-Claire Bourdieu*. París: Seuil.

Dahrendorf, R. (2006). La cuadratura del círculo: bienestar económico, cohesión social y libertad política. En *El recomienzo de la historia. De la caída del muro a la guerra de Irak* (pp. 99-120). Buenos Aires: Katz editores.

Fraser, N. (1998). La justicia social en la era de las "políticas de identidad": redistribución, reconocimiento y participación. *Revista Apuntes de investigación del CECYP*, 2/3. 26-38.

Hasek, J. (2015). *Historia del Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley*. Barcelona: Ediciones La Fuga.

Holzer, M W (Colonel). (2012). Offensive Lawfare and the current conflict. *National security journal, Harvard law school*, 10. Recuperado de <http://harvardnsj.org/2012/04/offensive-lawfare-and-the-current-conflict/>

Levitsky, S; y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.

Lipset, S M. (1963). *El hombre político*. Eudeba: Buenos Aires.

Marín, J C. (2007). *Los hechos armados*. Buenos Aires: La rosa blindada, PICASO.

Marx, C; y Engels, F. (1959). *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones pueblos unidos.

Mbembe, A. (2017). La era del humanismo está terminando. *Revista Diálogos del sur*, 12 de febrero de 2017.

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Editorial Melusina.



Moore Jr., B. (1996). *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: Universidad Autónoma de México.

Sidicaro, R. (2015). Las anomias argentinas. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 28.

Streeck, W. (2014). ¿Cómo terminará el capitalismo? *New Left Review*, 87, 38-69.

Tilly, C. (1997). La Globalización amenaza los Derechos Laborales. *Apuntes de investigación del CECYP*, 1, 22-58.

Wallerstein, I. (1996). *Después del liberalismo*, México: Siglo XXI Editores.



2:

lo

relevante

en

disputa

**ESTADOS UNIDOS: BLACK LIVES
MATTER Y LA REVUELTA DE LAS
VIDAS QUE NO IMPORTAN.
ENTREVISTA A SUSAN FERGUSON Y
DAVID MCNALLY**
Paula Varela

68



ESTADOS UNIDOS: BLACK LIVES MATTER Y LA REVUELTA DE LAS VIDAS QUE NO IMPORTAN. ENTREVISTA A SUSAN FERGUSON Y DAVID MCNALLY

Paula Varela ¹⁷

Susan Ferguson es Profesora Emérita en la Universidad Wilfrid Laurier en Ontario, Canadá, y una activa feminista marxista que se ha especializado en el estudio del trabajo que realizamos las mujeres en el capitalismo, particularmente desde la perspectiva de la Teoría de la Reproducción Social. Su último libro, lamentablemente sólo en inglés hasta el momento, fue publicado hace pocos meses por Pluto Press y se llama *Women and Work: Feminism, Labour and Social Reproduction* (2020). David McNally es Profesor Distinguido de la Universidad de Houston, Estados Unidos, y un “viejo” activista en los movimientos por la justicia social. Recientemente ha fundado, junto a colegas como Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya, la revista *Spectre* (<https://spectrejournal.com/>) y ha publicado el libro *Blood and Money: War, Slavery, Finance and Empire*, de la editorial Haymarket Books (2020). Minuciosos seguidores y participantes de la actual ola de protestas lideradas por los negros luego del asesinato de George Floyd en Estados Unidos, aceptaron amablemente el convite de una entrevista para este primer número de *7 Ensayos* en la que hablan de quiénes son los que protestan, porqué lo hacen ahora, cuál es la relación con los movimientos sociales de la última década y cómo empalma esto con el surgimiento de un sector de jóvenes que apostó por “el bueno de Bernie y su socialismo”, y ahora se encuentra con el no tan bueno de Biden y sus espadeos (¿decadentes?) con Donald Trump. Por decisión de los entrevistados, las respuestas aparecen como producto de una opinión común.

Una de las principales discusiones, que generaron las manifestaciones masivas luego del asesinato de George Floyd en Estados Unidos, fue acerca de quiénes eran los protagonistas de las protestas. Algunos hablaron de revueltas anti racistas, otros de rebeliones de una clase trabajadora multirracial encabezada por los negros, otros de protestas abolicionistas. ¿Cómo definirían ustedes estas revueltas y sus principales protagonistas?

Cada una de esas formulaciones contiene un importante núcleo de verdad. De hecho, lo que estamos presenciando en este momento en Estados Unidos es una revuelta de una clase trabajadora multirracial. En muchas ciudades está liderada por los negros. En todos los casos está inspirada en los negros. La mayoría de la gente en las calles son jóvenes y de clase trabajadora. Pero también hay muchos que

¹⁷ Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.



pertenecen a generaciones más viejas. Hay adolescentes, padres, abuelos, militares veteranos, sindicalistas. Una cosa une a todos estos participantes: la insistencia de que las vidas negras importan.

Para muchos observadores, lo más impresionante es la escala de la rebelión y su grado de apoyo popular. Según las encuestas, unos 26 millones de personas en los EE.UU. podrían haber participado directamente en el movimiento de protesta. Uno de cada cuatro jóvenes menores de 30 años dice haber asistido a una manifestación de *Black Lives Matter* (BLM) desde el asesinato de George Floyd. Y más de 2.500 ciudades pequeñas y grandes de EE.UU. han sido testigos de protestas de BLM. Durante las primeras seis semanas del movimiento, hubo un promedio de 140 protestas por día en distintos lugares de los Estados Unidos. Nada semejante a esto (si es que ha existido) se ha visto desde las manifestaciones por los derechos civiles y contra la guerra hace medio siglo o más. De hecho, este levantamiento es más grande, y es más multirracial que cualquier otra ola anterior de movilización contra el racismo en los Estados Unidos.

Además, el movimiento ya ha obtenido importantes victorias. Los monumentos a los líderes confederados han sido retirados en docenas de ciudades. Los funcionarios han acordado retirar la policía de las escuelas en varias ciudades y pueblos. Ya se han expulsado policías de tres escuelas de Chicago. Incluso el Pentágono ha dicho, desafiando directamente al Presidente Trump, que las banderas y símbolos confederados no pueden ser exhibidos en las bases militares. A pesar de estos logros, los organizadores han fijado sus metas mucho más alto. Y más importante aún, dondequiera que la gente esté en las calles, uno ve y escucha la demanda, "Desfinanciar la policía".

Esta demanda tiene sus raíces en décadas de activismo y formación llevada a cabo por los abolicionistas de la policía y las prisiones. Las que más y mejor han dado forma y desarrollado esta perspectiva abolicionista son las feministas de izquierda radical, como Angela Davis y Ruth Wilson Gilmore. Desde la aparición del BLM en 2014, el legado de estas referentes ha sido asumido por una nueva generación de activistas y militantes antirracistas que conciben, como parte central de su visión, la idea de que el abolicionismo es tanto un proyecto antirracista como anticapitalista.

La perspectiva abolicionista rechaza tajantemente toda noción de "reformular" la policía para hacerla más "responsable". Insiste en que la policía es un pilar institucional del capitalismo racial, el cual debe ser eliminado si queremos avanzar hacia la justicia. Para ello, los abolicionistas llaman a desarmar, desfinanciar y dismantelar la policía. La demanda de desfinanciamiento les permite destacar cómo millones -a veces miles de millones- de dólares podrían ser redirigidos a los barrios de la clase trabajadora y a las comunidades de color para financiar la educación, la vivienda, la atención sanitaria, los programas de alimentación y otros servicios vitales. Las demandas de clase y raza convergen así en las demandas abolicionistas de una sociedad sin pobreza ni violencia policial.

Algunos en la izquierda han argumentado que la demanda de desfinanciar a la policía podría "alienar" a la gente de la clase trabajadora de todas las razas de este movimiento. Sin embargo, no hay indicios de que esto sea así. La encuesta más reciente de Gallup (publicada el 28 de julio) indica que básicamente dos



tercios de las personas en los EE.UU. apoyan las protestas por la justicia racial, cifra que asciende a 87% en las personas menores de 30 años. En resumen, estamos ante un levantamiento multirracial de la clase trabajadora contra la violencia policial racista cuya perspectiva política está profundamente marcada por el abolicionismo negro.

Es imposible no linkear este movimiento con la crisis desatada por el COVID-19. Sin embargo, ese link no es autoevidente en el sentido de que la brutalidad policial (incluyendo asesinatos) contra las personas negras (y no sólo contra ellos) es una constante en Estados Unidos. Lo mismo podría decirse de las tasas de pobreza en la comunidad negra. Todos esos signos inequívocos de racismo no comenzaron con el COVID-19, entonces ¿cómo puede explicarse la relación entre este levantamiento y la crisis del COVID-19? O dicho en otros términos, ¿por qué ahora?

Tenés razón. Los negros y otros grupos raciales han sufrido durante mucho tiempo de manera desproporcionada la brutalidad policial y la pobreza. Y ha habido innumerables asesinatos policiales de hombres negros en particular en los EE.UU., así como tasas sorprendentemente altas de encarcelamiento entre los negros y los indígenas. Asimismo, los activistas antirracistas y abolicionistas han protestado durante años contra estos asesinatos y otros tratos deshumanizantes por parte del sistema de injusticia criminal, desde el levantamiento de una semana en Los Ángeles en 1992 (después de que un jurado se negara a condenar a los cuatro policías del Departamento de Policía de Los Ángeles que golpearon a Rodney King), a las recurrentes protestas y disturbios en Ferguson, Missouri, después del asesinato policial de Michael Brown en 2014, hasta los brotes de resistencia militante que se han producido tras cualquiera de los numerosos incidentes de disparos policiales a hombres negros desarmados en el pasado reciente.

Pero esta vez, con el asesinato de George Floyd, las protestas se han mantenido durante un período más largo y se han extendido internacionalmente a una escala que no habíamos visto antes. Y a la cabeza de estas protestas se encuentran las demandas abolicionistas radicales -específicamente la demanda de desfinanciar a la policía- que han ganado un nivel de legitimidad sin precedentes en la prensa convencional y entre muchos políticos locales. Estos elementos, que no se habían dado de este modo en el pasado, ponen de manifiesto la posibilidad de que esta resistencia liderada por los negros se convierta en un movimiento más generalizado y conscientemente anticapitalista.

Aunque sería ingenuo pensar que hay una sola causa para este cambio, la pandemia ciertamente ha creado condiciones que pueden ayudar a explicarlo. Para empezar, se vuelve evidente la naturaleza racista del sistema en su conjunto. Teóricamente es un virus que ataca "igualmente" a todos. Sin embargo, el Covid-19 ha tenido un impacto decididamente desigual, con negros y latinoamericanos de mediana edad que han muerto a una tasa seis veces mayor que la de los estadounidenses blancos. El Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades, que registra estas desigualdades, tiene claro por qué: "Las diferencias de salud entre grupos raciales y étnicos son el resultado de las desigualdades en las



condiciones de vida, de trabajo, de salud y sociales que han persistido a través de las generaciones". Es decir, el racismo está arraigado en las instituciones y relaciones que estructuran nuestra vida diaria, volviendo a los oprimidos "vulnerables a una muerte prematura", para citar a Ruthie Wilson Gilmore. La pandemia deja esto muy claro.

Entonces, otro policía mata a otro hombre negro en un momento en que la gente está cada vez más consciente y enojada por las consecuencias mortales de las desigualdades raciales. No es sorprendente que, en este contexto, puedan estar de acuerdo con los activistas que han estado argumentando que el problema no radica sólo en las acciones de los policías deshonestos o incluso en las fuerzas policiales locales particularmente desagradables o corruptas. Sino que reside en los sistemas políticos y económicos que organizan nuestras vidas de tal manera que el bienestar y la salud de las personas racializadas se ven comprometidos. En otras palabras, mucha gente está abierta a una crítica más radical de la policía y la sociedad porque la Covid-19 les ha enseñado que el racismo es un problema sistémico, estructurado en nuestro sistema social a través de las instituciones y de las prácticas que lo regulan.

Pero el vínculo entre la pandemia y la resistencia liderada por los negros no se debe sólo a la forma en que la Covid-19 pone de relieve estas desigualdades sistémicas. Igualmente importantes, si no más, son las respuestas de la clase obrera a la mala gestión de la pandemia por parte de la clase dirigente que hemos visto desde marzo. Éstas han sido cruciales para crear cierto sentimiento de que la resistencia es posible y puede ser efectiva. En la medida en que las clases dominantes en todas partes han fallado en la respuesta a la Covid-19 al no proteger a la gente (forzando a muchos a trabajar sin protocolos y equipos de seguridad adecuados, levantando prematuramente las medidas de cierre, proporcionando poca o ninguna compensación a los que son expulsados del empleo), en muchos casos los trabajadores y sus familias han tomado el asunto en sus propias manos. Algunos lo han hecho organizando redes de "ayuda mutua" para prestar servicios como el cuidado de niños para los trabajadores de hospitales y el reparto de comestibles para quienes estaban comprometidos inmunológicamente. Muchos han creado comunidades por internet para organizar la fabricación de tapabocas o para hacer llegar la música y el teatro a los hogares de la gente. Otros han hecho retroceder a los responsables de estas carencias de atención, enfrentándose a sus jefes y a los funcionarios locales de una manera más confrontativa. Se han hecho caravanas de automóviles rodeando las prisiones para llamar la atención sobre las altas tasas de infección y muertes por la Covid-19, los activistas por los derechos a la vivienda han hecho huelgas de inquilinos y han ocupado edificios vacíos, y los trabajadores asalariados han abandonado sus trabajos para protestar por las prácticas inseguras y exigir pago extra por peligrosidad y otras demandas. El número de huelgas en los Estados Unidos desde el comienzo de la cuarentena se ha disparado (sobre la base de lo que ya constituía la cifra récord de las últimas dos décadas de días perdidos por paros laborales en 2019¹⁸),

¹⁸ Véase, la recopilación de datos de la Oficina de Estadísticas Laborales: <https://www.bls.gov/opub/ted/2020/25-major-work-stoppages-in-2019-involving-425500-workers.htm>



debido a que los trabajadores de Amazon, Whole Foods, Chrysler, McDonalds y decenas de otros lugares de trabajo se enfrentaron a sus empleadores.

Todas estas respuestas a la pandemia reflejan un nivel de autoorganización democrática de la gente que puede ampliar la percepción de lo que es posible y lo que no es posible lograr dentro del sistema capitalista, y lo que se necesita para crear un mundo compasivo que trate a todas las personas con humanidad. También pueden crear confianza en la capacidad de las personas para resistir a los que están actualmente en el poder, e inspirarnos a imaginar y desarrollar solidaridades y diferentes formas de emplear los recursos, formas que se centren en la satisfacción de las necesidades más que en la obtención de beneficios.

En resumen, la Covid-19 ha dejado claro que la violencia racial es sistémica y que es no sólo necesario sino posible enfrentar estas injusticias de forma abierta. En tales condiciones, lo que comenzó como una respuesta local antirracista a un nuevo asesinato policial a un hombre negro se ha convertido en un momento histórico que fomenta nuevas solidaridades y respuestas militantes a la injusticia sistémica. Lo que se desarrolle a partir de aquí sigue siendo una cuestión abierta. Pero, aunque sin duda habrá reveses y treguas, este momento tiene el potencial de impulsar un movimiento socialista y de clase más fuerte y más amplio que pueda poner a nuestros gobernantes neoliberales a la defensiva.

Susan, vos sos una referente de la perspectiva de la Reproducción Social. Desde mi punto de vista, una de las mayores fortalezas de esta perspectiva es el modo en que permite entender y explicar la articulación entre género, clase y raza como intersecciones necesarias en las sociedades capitalistas. ¿Qué aporta la perspectiva de la Reproducción Social al análisis de este proceso?

Esa es una pregunta muy amplia, pero haré referencia brevemente a dos ideas muy importantes que la Teoría de la Reproducción Social aporta para pensar este momento. En esencia, la Teoría de la Reproducción Social sostiene que, en las sociedades capitalistas, la creación de vida y la creación de capital o de valor se encuentran en una relación necesaria pero contradictoria entre sí. Es decir, el capitalismo requiere que los trabajadores (remunerados y no remunerados) produzcan vida (seres humanos), porque la creación de valor se basa en la explotación de la fuerza de trabajo que los humanos venden a los capitalistas. Pero el capitalismo no puede existir a menos que despoje a la gente de sus medios de subsistencia y reduzca continuamente los salarios y los servicios públicos de los que depende el trabajo de la creación de vida.

Esta contradicción entre la vida y la creación de valor se pone de manifiesto en la pandemia. La Covid-19 amenaza con eliminar la vida y, sin embargo, las cosas necesarias para salvar vidas (sistemas de salud bien equipados y dotados de personal completo, prácticas seguras para los trabajadores "esenciales" y las personas que viven en instituciones, financiación para los trabajadores desempleados, suspensión del



pago de alquileres e hipotecas) no sólo son costosas para el sistema, sino que, si se pusieran a disposición de todos los trabajadores, harían que la mano de obra explotable estuviera menos disponible. Por ejemplo: los trabajadores que no están obligados a pagar el sistema de salud o el alquiler durante una crisis tienen menos probabilidades de aceptar cualquier tipo de trabajo, especialmente aquellos trabajos riesgosos como los trabajos "esenciales" en tiendas de comidas, restaurantes, plantas empacadoras de carne, empresas de reparto, etc. Entonces, priorizar la creación de vida implica reducir la capacidad del sistema para aumentar continuamente la tasa de beneficios.

Debido a esta dinámica, lo que vemos que ocurre en la mayoría de las jurisdicciones durante la pandemia es una serie de medidas temporales destinadas a apuntalar la creación de vida de manera suficiente como para asegurar que el capital tenga los trabajadores que necesita hoy y en el futuro. Por muy radicales que sean estas medidas comparadas con las experiencias del pasado (hospitales improvisados, expansión masiva de los bancos de alimentos, envío de cheques de 1.000 dólares a todos los ciudadanos) en su mayoría son deficientes y, en su mayoría, dejan en manos privadas la responsabilidad de prevenir la infección. Aquellos que pueden permitírselo, se quedan en casa y se mantienen a salvo. Los que no pueden deben trabajar o arreglárselas con muy poco apoyo. Y, como vemos cada vez más, estas medidas excepcionales se enfrentan a las presiones provenientes de todas partes para "reabrir" la "economía". ¿Qué evidencia más clara puede haber de que la "economía" y la "vida" están en contraposición?

Que haya un patrón racializado en esta dinámica no es una sorpresa desde la perspectiva de la Teoría de la Reproducción Social. Eso es porque la tendencia capitalista a devaluar la vida siempre ha estado basada en el racismo, el patriarcado y otras opresiones. En la medida en que algunos migrantes, negros, indígenas, mujeres y otros pueden ser degradados y deshumanizados, sus condiciones de reproducción social pueden ser menos costosas y más reguladas. Las viviendas atestadas, las escuelas de mala calidad y la atención sanitaria más deficiente para los oprimidos reducen los costos generales para el capital, al tiempo que mantienen un conjunto de trabajadores que no tienen más remedio que trabajar por salarios bajos en condiciones peligrosas.

Durante la pandemia, vemos dos consecuencias mortales de estos patrones opresivos. En primer lugar, quienes han soportado condiciones de reproducción social relativamente precarias y más baratas tienen más probabilidades de sufrir una afección preexistente como diabetes o hipertensión, lo que les hace más propensos a sucumbir al virus. En segundo lugar, entre los pueblos oprimidos, las mujeres y las mujeres negras en particular han asumido históricamente la mayor responsabilidad en ciertas formas de trabajo remunerado de cuidado (devaluado y a menudo no regulado). Ambos grupos están representados de manera desproporcionada entre los trabajadores sanitarios de la primera línea y, como resultado, están expuestos de manera desproporcionada al virus. Lo que la Teoría de la Reproducción Social nos dice, entonces, es que el capitalismo no puede encontrar una salida a la pandemia sin intensificar los patrones racializados que recorren la contradicción entre la creación de vida y la creación de valor.



Desde las primeras protestas después del asesinato de George Floyd a lo que sucedió luego con su expansión por todo el país e incluso en otros países, el movimiento de protesta ha ido cambiando sus formas de manifestarse y sus demandas. ¿Podrían describir la evolución del movimiento y los puntos de inflexión?

Ha habido una variedad de puntos de inflexión en el movimiento, algunos de ellos impulsados por perspectivas políticas y otros por respuestas a la represión policial.

En primer lugar, lo que más llamó la atención de este levantamiento fue su tamaño y su diversidad. En una ciudad tras otra, un gran número de personas no negras se unieron a las protestas desde el principio. La ira y la militancia de las multitudes en las calles hicieron que, inicialmente, la policía y los funcionarios de las ciudades estuvieran a la defensiva. Las estatuas fueron derribadas y redecoradas, los coches de policía y las comisarías quemadas. Se crearon "zonas liberadas" en ciudades como Seattle y Nueva York. Muy rápidamente, las fuerzas policiales se reubicaron y se volcaron a la represión. Se desplegaron gases lacrimógenos, balas de goma, gas pimienta y el uso de vehículos de estilo militar en las calles. Aun así, el movimiento siguió creciendo.

La siguiente etapa -y esto llegó rápidamente- fue la expansión del movimiento a pequeños pueblos y ciudades históricamente conservadoras. En Memphis, Tennessee, seis chicas de entre 14 y 16 años organizaron una manifestación de BLM de 10.000 personas. En Texas, cientos de personas marcharon por las vidas de los negros en los pueblos que una vez fueron semilleros del Ku Klux Klan. Las protestas lograron un alcance social y geográfico sin precedentes. Este fue también el momento en que la demanda de "desfinanciar a la policía" se puso al frente de la lucha. Eso implicó un inmenso aprendizaje social de la mano de los militantes que pusieron en el centro del movimiento la política abolicionista (con todas sus implicaciones anticapitalistas). Como todos los grandes movimientos sociales, hay un proceso electrizante de educación política en marcha. El surgimiento del abolicionismo ha contribuido a un cambio significativo hacia la izquierda dentro del levantamiento.

Más recientemente, ha habido una intensificación de la policía militarizada dirigida por fuerzas federales especiales alistadas por la administración Trump. Estas fuerzas han utilizado disparos indiscriminados, escuadrones de secuestro que secuestran a la gente en las calles, y leyes antidisturbios como parte de los intentos de sofocar las protestas. Las fuerzas policiales locales o bien han cooperado con las fuerzas federales, como en Portland, o bien han imitado sus tácticas, como en Nueva York. Pero esta nueva fase sólo ha inspirado mayores estallidos de resistencia. En Portland, el "Muro de las Madres" fue un punto de inflexión clave. Los participantes se refirieron al agónico llamado de George Floyd a su madre cuando estaba siendo asesinado. "Todas las madres fueron convocadas cuando él llamó a su madre", dijeron. Y cientos de madres formaron un cordón frente a las fuerzas federales de Trump. Pronto, se les unieron los padres, muchos de ellos llevando palos de hockey con los que disparar botes de gas lacrimógeno a los



policías, o sopladores de hojas para devolverles las nubes de gas lacrimógeno. Luego vino un "Muro de Veteranos", cuando grupos de veteranos militares se unieron a las protestas en un esfuerzo por proteger a los manifestantes. Luego se hizo un llamado a un "Muro de los Sindicatos" de la resistencia, y decenas de activistas sindicales organizaron su participación en él. A medida que la lucha de resistencia crecía en las calles de Portland, pronto quedó claro que este último esfuerzo por aplastar el movimiento había fracasado.

Con una elección presidencial acercándose en otoño, sin dudas habrá esfuerzos concertados para acaparar este movimiento y metabolizarlo en la política electoral. Pero hasta ahora, el levantamiento ha tendido a la izquierda y ha formulado demandas que no son fácilmente cooptables.

Una de estas demandas es la de "desfinanciar la policía". ¿Cuál es debate que esta demanda abre en el activismo?

Como hemos mencionado, la creciente importancia de la demanda de desfinanciar a la policía representa una radicalización del movimiento. Sin embargo, es importante comprender que el abolicionismo ha ido creciendo, especialmente entre los activistas antirracistas, desde la aparición del movimiento Black Lives Matter en 2014. Lo que ha hecho el actual levantamiento es permitir que la demanda abolicionista de desfinanciar a la policía sea escuchada por millones de personas.

Esta demanda divide a los radicales de los liberales. Estos últimos están haciendo todos sus esfuerzos para reorientar el movimiento hacia la idea de "responsabilidad de la policía". Pero los abolicionistas se resisten a este cambio porque entienden a la policía como una institución cuyo objetivo es hacer cumplir violentamente los regímenes de propiedad y castigo capitalistas. Con este fin, reprimen especialmente a los sectores más excluidos de la clase trabajadora, los pobres y los trabajadores de color. Esto no es el resultado de políticas equivocadas: es su propósito principal. Por lo tanto, los abolicionistas argumentan que no puede haber fin a la violencia contra la clase obrera y la gente racialmente oprimida mientras tengamos policía. Si queremos avanzar hacia un orden social más justo, equitativo y no violento, necesitamos abolir la policía. Y eso comienza con la desfinanciación de la misma.

En otras palabras, el llamado abolicionista a desfinanciar la policía plantea profundas preguntas sobre la naturaleza de nuestra sociedad. Desafía los fundamentos raciales y de clase del capitalismo. Y pide que se tomen los fondos que antes se gastaban en la policía y que se reinviertan en mejorar la reproducción social, en la vivienda, la educación, la salud, etc.

Por eso, la demanda de desfinanciar a la policía promueve una política de anticapitalismo militante. No sólo apoya la acción directa militante, como la quema de patrulleros y comisarías. También proyecta una visión de una sociedad más allá del capitalismo racial, y al hacerlo promueve la perspectiva de un socialismo antirracista. Es por eso que los liberales quieren reencauzar el movimiento. Y es por eso mismo



que la izquierda radical necesita apoyar las demandas abolicionistas como parte integral de la lucha socialista de hoy.

Si miramos la situación actual con lentes de mediano plazo, se vuelve evidente que los Estados Unidos han vivido dos crisis profundas en muy poco tiempo. La crisis de 2008 que generó el movimiento Occupy Wall Street como su principal emergente; y la crisis actual, acelerada por la COVID-19 que coloca en la agenda pública cuestiones como el desempleo, la precarización laboral (por ejemplo de los “trabajadores esenciales”) e incluso la oposición entre obtención de ganancias y cuidado de “la vida”. Todas cuestiones que son “problemas de la clase trabajadora”. ¿Consideran que estamos ante el comienzo de un nuevo ciclo de luchas de trabajadores?

La evidencia sugiere de manera contundente que estamos en los inicios de un nuevo ciclo de huelgas de trabajadores. La primera expresión importante después de la crisis financiera mundial de 2008-9 vino con la huelga de maestros de Chicago de 2012. No fue solamente una huelga que involucró a decenas de miles de trabajadores, sino que también tuvo un apoyo masivo entre la gente trabajadora de la ciudad. Además de eso, fue una victoria, algo que los trabajadores de los EE.UU. han visto muy poco en mucho tiempo. A esto le siguieron las huelgas de maestros de 2018 en los "estados rojos" [estados republicanos] en West Virginia, Oklahoma y Arizona. En estos casos, los trabajadores que la mayoría de las veces no tenían derecho legal a la huelga, demostraron que podían emprender acciones colectivas y ganar. Al año siguiente, los maestros de Los Ángeles y Chicago realizaron poderosas huelgas que también lograron que sus demandas antirracistas salieran victoriosas.

Los maestros -trabajadores que están centralmente comprometidos en la reproducción social- han sido los impulsores más importantes del resurgir de la huelga en los Estados Unidos. Pero otros grupos, especialmente los trabajadores de almacenes de distribución [Amazon, etc.], los trabajadores de transporte y los empleados de hoteles y restaurantes de comida rápida, también han empezado a organizarse y a realizar huelgas. Durante la pandemia, se les han unido enfermeras y otros trabajadores de la salud, principalmente en luchas para exigir equipo de protección personal [Personal Protective Equipment PPT] en el trabajo. Es significativo que muchas de estas acciones sean huelgas salvajes, es decir, huelgas que no están legalmente autorizadas. Todo esto refleja un creciente enojo y radicalidad entre los trabajadores de base.

Por supuesto, los Estados Unidos aún no han visto el tipo de huelgas masivas que presenciamos el año pasado en países como Chile, Francia y Colombia. Pero después de cuatro décadas de retrocesos y derrotas, la clase obrera multirracial en los Estados Unidos está una vez más en movimiento. La resistencia en las calles está alimentando la resistencia en los lugares de trabajo. Y si quienes defienden una perspectiva socialista ayudan a construir y fortalecer el movimiento huelguístico, podría contribuir en gran medida al crecimiento de una política y un activismo de izquierda radical en los Estados Unidos.



Varias veces durante la entrevista han hecho referencia al “socialismo” o a una “perspectiva socialista”, un término que en Argentina no es parte del debate político actual. Sin embargo, en los Estados Unidos, en los últimos años ha habido una suerte de reverdecer, sobre todo entre los jóvenes, de sectores que se reivindican socialistas o defienden una perspectiva socialista (por más polisémico que puede ser el término). La nominación de Bernie Sanders fue una expresión de esto. ¿Cuál es la relación entre este escenario político (y político electoral) y el escenario de luchas sociales de las que venimos hablando? Dado que Bernie Sanders se bajó de su postulación y apoyó la candidatura de un “conservador” como Joe Biden para enfrentar a Trump, ¿cuál creen que será la expresión de este movimiento de lucha en el terreno político?

Cuando Bernie Sanders se postuló por primera vez para la nominación presidencial del Partido Demócrata en 2016, vimos una oleada de entusiasmo por la política de izquierdas que no se veía en EE.UU. desde la Nueva Izquierda de los años 60 y 70. Por supuesto, Sanders no creó esta ola de entusiasmo socialista. Se había desarrollado a partir de una serie de luchas sociales desde 2008: el movimiento Occupy Wall Street, Black Lives Mater, la huelga de maestros en Chicago en 2012, el movimiento de solidaridad con Standing Rock, el surgimiento de #MeToo, y así sucesivamente. Pero lo que sí hizo la campaña de Sanders fue darle a este renovado interés en el socialismo un cierto punto de referencia a nivel de la política de masas. Decenas de miles de personas, particularmente jóvenes, se sumaron a su defensa de los principios y políticas del "socialismo democrático". Tras décadas de un neoliberalismo mezquino y pobre, la plataforma de Sanders contra la austeridad y a favor de que los ricos paguen les ofreció una forma de encauzar la ira y la frustración, y les ofreció una esperanza de que la vida y la política pueden llegar a ser algo más, algo mejor. Aunque se puede demostrar fácilmente que la política de Sanders es básicamente socialdemócrata, su uso del término socialismo ha popularizado la idea.

Muchos de sus partidarios entraron en el Partido Socialista Democrático de América (DSA), una organización que opera tanto dentro como fuera del Partido Demócrata. Con la formación de filiales locales en todo el país, el número de miembros del DSA aumentó de seis o siete mil a 70.000 en la actualidad. Muchas de las filiales están dirigidas por activistas que tienen sus orígenes en diversas comunidades y en la lucha y organización por la justicia social. Pero la organización no es en absoluto todo lo diversa que necesita ser, y algunas filiales están demasiado concentradas en la política electoral. Mientras que miles de miembros de la DSA han participado en la reciente revuelta en defensa de las vidas negras, la organización a nivel nacional no ha tenido la orientación de comprometerse totalmente con la construcción de un movimiento anti-racista radical y masivo en los EE.UU.

El levantamiento actual liderado por los negros no surge directamente del trabajo del DSA ni de la campaña de Bernie. Por un lado, la dirección nacional del DSA está insuficientemente orientada hacia la lucha antirracista y no ha logrado atraer hacia la organización a suficientes sectores de militantes



antirracistas y abolicionistas. Eso no quita que muchas de las filiales locales más activas se hayan involucrado con el levantamiento y estén comprometidas con sus objetivos y sus acciones.

Dicho esto, aunque no puedan rastrearse fuertes vínculos organizativos, muchos de los jóvenes movilizados por la campaña de Sanders han salido a apoyar las manifestaciones del BLM. Y en algunos casos, la educación política que recibieron dentro del DSA (algunas de cuyas filiales, por ejemplo, organizaron reuniones sobre "el fin de la policía") sin duda les ha ayudado a ver la importancia y el significado del momento actual. Es más, el mismo Sanders habló de ciertas cuestiones que se superponen con los temas que BLM destaca. Lo vimos en una de sus últimos actos de campaña en Houston, donde la multitud rugió de aprobación cuando habló de las libertades y derechos reproductivos de las mujeres trans e inmigrantes. Eso mostró que sus partidarios se preocupaban por algo más que simples asuntos de justicia económica. Estaban muy interesados en que se abordaran las injusticias raciales, de género y de sexualidad. Sin embargo, el propio Sanders se ha diferenciado de la demanda de desfinanciar a la policía, proponiendo incluso un aumento de los salarios de los policías. Está claramente desfasado respecto de esta nueva radicalización que pone en evidencia los límites de su electoralismo socialdemócrata. Por mucho que su campaña haya jugado un papel positivo antes, Sanders está siendo dejado de lado por el movimiento más radical y militante que ha tomado forma a través de la protesta masiva en las calles.



3:

reinventar

80

las

tradiciones

¿POR QUÉ LEER A SERGIO BAGÚ HOY?

Matías Fernando Giletta

81



¿POR QUÉ LEER A SERGIO BAGÚ HOY?

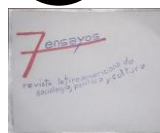
Matías Fernando Giletta¹⁹

Sergio Bagú (1911-2002), como lo afirman muchos estudiosos y estudiosas de sus trabajos en países como México y Argentina (Turner y Acevedo, 2005; Giletta, 2013), es un clásico de la teoría social. Entonces, la pregunta que cabe hacerse es: ¿por qué puede considerarse a Bagú un clásico de la teoría social? Y por consiguiente, ¿por qué deberían estudiarse más sus trabajos y sus investigaciones, sobre todo en las carreras de ciencias sociales, incluyendo las carreras de historia, de sociología, de ciencia política, entre otras? ¿Qué criterios de análisis nos ofrece Bagú para intentar comprender procesos actuales? ¿Cuáles son los elementos de sus investigaciones y de su enfoque que tienen vigencia para problematizar la realidad actual de Argentina, de América Latina, del mundo?

Comencemos con una apretadísima referencia de su biografía. Bagú nació en Buenos Aires en 1911. Participó en la segunda generación del reformismo universitario, siendo estudiante de Derecho (carrera que no concluyó). En este período, de entreguerras, formó parte de grupos y editoriales de izquierda, militando en las filas del antifascismo y en el socialismo, publicando en editoriales como Claridad y en la revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, la “universidad en las sombras” fundada por Aníbal Ponce, entre otros, en 1930, como refugio de los y las intelectuales expulsados de las universidades por motivos ideológicos. En esta época, publicó sus primeros libros: estudios sobre Almafuerite y sobre la vida de José Ingenieros y de Mariano Moreno, tres figuras de la cultura y la política argentinas de gran influencia en sectores juveniles de la época. Desde 1943 a 1955 reside en Estados Unidos. Al calor de las frondosas bibliotecas y archivos de sus universidades, en Bagú despierta allí su interés por el estudio de los problemas latinoamericanos.

Desde 1955 a 1966 participa activamente en el proceso de renovación universitaria, sobre todo como docente en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, donde dicta sociología económica. Renuncia en 1966 luego de la intervención impuesta por la dictadura autollamada “Revolución argentina”, emprendiendo en países sudamericanos, como Venezuela, una “docencia itinerante”, según la expresión de la historiadora mexicana Norma de los Ríos. Desde 1970 a 1973 reside en Santiago de Chile, durante los años del gobierno de Allende y la Unidad Popular, formando parte de Flacso en dos de sus instituciones académicas: la Escuela Latinoamericana de Sociología y el Instituto Coordinador de Investigaciones Sociales. Luego del golpe perpetrado por Pinochet, y después de un breve paso por Argentina, Bagú emprende otro de sus exilios con destino a México DF., donde permanecerá hasta su fallecimiento en 2002, desempeñándose como profesor e investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, institución fundada por el sociólogo Pablo González Casanova.

¹⁹ Instituto Académico-Pedagógico de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María.



Bagú, hace ya varias décadas, practicó algo que hoy muchas veces se declama pero no siempre se practica: la interdisciplina, a pesar de no tener un título universitario, sin considerar aquí el Doctorado *Honoris Causa* que le confirió la Universidad de Buenos Aires poco antes de su fallecimiento. En su enfoque, en su “marco teórico”, que se basaba en el pensamiento marxista y en una fuerte influencia de la escuela histórica de *Annales* (en particular, del pensamiento de Marc Bloch), y en sus investigaciones, encontramos conceptos de la sociología, de la historiografía, de la economía, de la demografía, incluso incursionó en la política y las relaciones internacionales, cuando escribió su libro *Argentina en el mundo*. También se lo puede incluir a Bagú dentro de la sociología histórica latinoamericana. En su mirada, la hibridación de disciplinas se explicaba por la complejidad y la multidimensionalidad de la realidad social que estudiaba. Adentrándonos en aspectos más específicos de su pensamiento social y de su obra, sin olvidar que los trabajos de Bagú abordaron un conjunto muy diverso de temáticas -desde las biografías de Almafuerte, José Ingenieros y Mariano Moreno de su juventud, hasta sus estudios relacionados con la “idea de Dios en la sociedad de los hombres”, pasando por sus estudios ya clásicos sobre la sociedad colonial latinoamericana y su investigación sobre la estratificación social en la Argentina, la cual puede pensarse que complementa el estudio clásico de Germani sobre la materia- en sus investigaciones podemos observar algunos intereses intelectuales muy sobresalientes: la originalidad teórica, la realidad latinoamericana y las desigualdades sociales.

Bagú escribió sobre teoría social, sobre aspectos básicos de la realidad social y de su conocimiento, en un libro publicado en 1970 (el famoso *Tiempo, realidad social y conocimiento*, reeditado muchísimas veces) en cuya primera página, explícitamente, plantea que en América Latina los y las intelectuales deben dejar de limitarse a traducir teorías ajenas y, en cambio, deben producir las suyas propias. Deben, en sus palabras, “conquistar su derecho a la propia opinión, respetuosa de los antecedentes pero liberada de toda reverencia inhibitoria” (1999: 1). Este acento en la originalidad teórica, sobre todo atendiendo a las condiciones específicas en cuyo contexto trabajan y viven los y las intelectuales, está presente también en otros trabajos de Bagú: en su folleto sobre los intelectuales, donde alienta el “derecho a la heterodoxia” y la batalla contra todo dogmatismo en el plano cultural e intelectual (1959), y en su trabajo sobre las ideas centrales de Marx y Engels, donde formula e interpreta a las mismas con autonomía y originalidad, contra interpretaciones rudimentarias como la del manualismo estalinista (1977). Esos principios o valores (la originalidad, la creatividad, el pensamiento crítico, contra todo dogmatismo) son perennes y siguen teniendo vigencia actualmente, quizás hoy más que en 1970, considerando la pérdida de originalidad y creatividad que hubo en el pensamiento social latinoamericano desde los años sesenta y setenta hasta la actualidad, como lo afirma Waldo Ansaldi, quien por otra parte ha hecho mucho por promover el estudio de los trabajos de Bagú.

Como ya comentamos, Bagú incursiona en los estudios latinoamericanos cuando publica sus dos trabajos sobre la sociedad colonial latinoamericana: *Economía de la sociedad colonial* (1949) y *Estructura social de la colonia* (1952)²⁰, ambos subtitulados *Ensayos de historia comparada de América Latina*. En estas

²⁰ También tuvo el proyecto de investigar la cultura y la vida cotidiana en la colonia, pero no llegó a concretarlo.



investigaciones, afirma centralmente lo siguiente: la economía y la sociedad de la colonia latinoamericana (es decir, de América Latina bajo el dominio imperial español y portugués) no fue feudal, sino capitalista. Estrictamente, fue un tipo de capitalismo específico (“históricamente específico”, como diríamos en lenguaje marxista): fue *capitalismo colonial*.

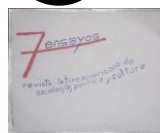
Una de las características de este “tipo organizativo”, como decía Bagú, es que combina diferentes modos de producción (feudal, esclavista, capitalista) pero el capitalista es el modo dominante, centrado en la extracción de materias primas y minerales para su exportación a los mercados europeos. Hay un punto crucial: *el capitalismo colonial latinoamericano fue esclavista*, nutriéndose sobre todo de esclavos y esclavas provenientes de África, quienes en la estructura social de la colonia vivían en condiciones aún peores que las de los y las indígenas. Ese capitalismo colonial latinoamericano, según Bagú, jugó un papel clave en el orden mundial como proveedor de materias primas y minerales que, a la postre, serían decisivos para favorecer la revolución industrial en Europa occidental. En conclusión: la sociedad colonial latinoamericana significó históricamente la primera inserción del subcontinente en el sistema mundial capitalista desde una posición dependiente y subordinada a las metrópolis y los mercados europeos²¹.

Los debates acerca de la índole feudal o capitalista de la sociedad colonial latinoamericana, cuando se publicaron estos trabajos, no eran una mera competencia de erudición histórica: eran fundamentalmente una disputa *política* entre militantes y simpatizantes de izquierda. Lo que estaba en juego era la estrategia que los partidos y los movimientos marxistas debían adoptar en ese contexto: básicamente, si era o no oportuna una estrategia revolucionaria anti-capitalista y socialista. Inspirados en una visión etapista y lineal de la historia supuestamente inspirada en el marxismo, intelectuales cercanos al Partido Comunista como Rodolfo Puiggrós partían del “diagnóstico feudal”, usando los términos del historiador José Carlos Chiaramonte (1984), llegando a la conclusión de que lo prioritario, en ese momento, era terminar con los resabios feudales en las sociedades latinoamericanas, como el latifundismo, lo cual obstaculizaba el desarrollo capitalista en la región, sin cuya maduración —es decir: sin la maduración de sus contradicciones sociales— es irrealizable la revolución socialista.

En ese debate, otros intelectuales socialistas, como Bagú y luego Gunder Frank, sostuvieron que América Latina era capitalista, capitalista colonial, desde el momento en que fue conquistada por los imperios español y portugués y se la subordinó al capitalismo mercantil de las metrópolis europeas; por consiguiente, la lucha que había que dar desde la izquierda era contra el capitalismo, no contra el feudalismo. Desde esta óptica, la desigualdad social extrema, la dependencia, el autoritarismo, las múltiples formas de explotación social, el analfabetismo, ninguna de esas características seculares de América Latina era atribuible al feudalismo sino al capitalismo, tanto al capitalismo como sistema mundial como al tipo específico y *sui generis* de capitalismo que hay en América Latina: el capitalismo colonial.

En otro frente ideológico, estos trabajos de Bagú, apoyados en una concepción histórica no lineal,

²¹ Esta conclusión explica que pueda considerarse a Bagú como uno de los precursores de las teorías de la dependencia, una de las expresiones teóricas más originales de América Latina producto de ese escenario tan creativo en el plano cultural y político como fueron los años sesentas del siglo veinte (particularmente, André Gunder Frank fue influido por el trabajo de Sergio Bagú). Véase el trabajo de Diego Giller (2014) sobre esa corriente de pensamiento social latinoamericano.



pensando la historia como “hecha de posibilidades, no de fatalidades”, como decía Bagú, también se distanciaban de las teorías de la modernización que, en esos años, consideraban que los países, para modernizarse y desarrollarse, debían recorrer una serie de “etapas del crecimiento económico”, como decía Rostow (autor, en 1960, de un “manifiesto no comunista” que llevaba por título, precisamente, *Las etapas del crecimiento económico*). Esas etapas, que supuestamente eran las que habían recorrido los países entonces desarrollados industrial y tecnológicamente, se suponía que abrían las puertas de la modernización y del desarrollo, contra la tradición y el arcaísmo típicos de las sociedades subdesarrolladas. Este esquema, además, no tenía en cuenta las relaciones de dependencia entre los países y regiones, así como las relaciones de fuerza entre las clases sociales al interior de cada país, todo lo cual explica el hecho de que existan sociedades subdesarrolladas y dependientes, por un lado, y por otro, países desarrollados y avanzados en materia económica, tecnológica y cultural, mucho más que el esquema etapista de la “modernización”.

El mismo Bagú impartió cursos, junto con Humberto Gussoni, sobre el papel de la cultura y la educación en la situación de dependencia y subdesarrollo de las sociedades latinoamericanas de entonces (1967), donde emplean conceptos como “colonización cultural”. Por tal entienden “la convicción, en un individuo que vive en un país sometido económica o políticamente, de que la posibilidad de creación cultural en su país no existe y que lo mejor que puede hacer su país es importar técnicas y modos de pensar y hacer de países supuestamente superiores en el terreno de la cultura.” (1967: 49-50). Así, la colonización cultural implica una posición de subordinación y dependencia en la *división internacional del trabajo cultural*, según Bagú y Gussoni.

La organización económica del capitalismo colonial latinoamericano engendró una estructura de clases sociales fundamentalmente dividida en tres: clases *poseedoras*, que eran las dominantes (como los encomenderos y los terratenientes), las clases *medias* (como los pequeños comerciantes, profesionales, funcionarios de rango medio de la administración colonial) y las clases *desposeídas* (como los indígenas y los esclavos). Cada una de esas clases sociales desempeñaba funciones específicas en la producción; quienes estaban fuera de ella pertenecían a una de dos clases “marginales” (si bien una era privilegiada y la otra no): la clase *improductiva* (como los funcionarios de la Iglesia, que siendo improductivos vivían parasitariamente) y la clase *no incorporada a la economía colonial*, como los y las indígenas que lograron vivir en comunidades al margen de la sociedad colonial. Éstas fueron las clases sociales de la sociedad colonial, configuradoras de una estratificación social profundamente desigual e inmóvil, un sistema de clases con la mentalidad de un sistema de castas.

Otra característica de la sociedad colonial, en relación con la política, la sociedad y el poder, es que si bien el elemento central diferenciador de las clases sociales de la colonia era económico (más específicamente: la propiedad de los medios de producción), no obstante las diferencias *étnicas* se superponían a las diferencias económicas y sociales, conformando una pirámide cuya cúspide estaba ocupada por los blancos de origen peninsular y cuya base estaba ocupada por indígenas y esclavos africanos. En los estratos intermedios estaban las mezclas étnicas. En la colonia, las diferencias y jerarquías étnicas no estaban



disociadas de las diferencias y jerarquías sociales, económicas y políticas. Nuevamente: la cultura de las castas se superponía a las clases sociales en una sociedad profundamente desigual.

Un aspecto central que Bagú subraya, y que tiene total vigencia, es que en la sociedad colonial los conflictos de clase eran una constante, así como la respuesta violenta de las clases dominantes para reprimir todo atisbo de rebelión. Esos conflictos y la oposición de resistencia por parte de grupos oprimidos no fueron aislados: fueron mucho más numerosos y cotidianos de lo que podemos creer actualmente, aunque la historiografía haya rescatado sobre todo algunos de ellos; la violencia con que las clases dominantes pretendían conservar el *statu quo* llegaba a niveles extremos, algo que, según Bagú, caracteriza a toda sociedad colonial. No debemos olvidar que Bagú escribió estas ideas en momentos en que aún existían muchas sociedades subyugadas por imperios coloniales, que aún no se habían independizado. En estas contribuciones podemos encontrar una *teoría de la sociedad colonial* aplicable, en determinada medida, al estudio de otras experiencias coloniales y neo-coloniales en el mundo.

En la actualidad, observamos procesos de reprimarización que están transitando muchos países de América Latina, incluida la Argentina, en el contexto de lo que Maristella Svampa llama el “consenso de los *commodities*” (2013) y la expansión del extractivismo: muchos países de América Latina, en la actualidad, tienen la extracción y exportación de materias primas con escaso valor agregado como principal fuente de divisas, lo que está lejos de revertirse en la actual coyuntura de pandemia global y lo que parece muy difícil que se modifique en un escenario “pospandemia” -aunque no imposible, desde luego-. También advertimos nuevas formas de dependencia entre países y regiones generadas por el hecho de que algunos países *producen* tecnologías avanzadas y otros se limitan a *usarlas* en medida variable; la situación de América Latina en este escenario es de debilidad, según la caracteriza el autor (Salama, 2018). Entre otros indicadores de esa dependencia, están los desiguales niveles de inversión en investigación y desarrollo emprendidos por los países: mientras que los países de la OCDE invertían 2,33 % del PBI en 2008, los de América Latina y el Caribe lo hacían con un 0,63 % en promedio (OCDE-Cepal, 2012). En el mismo año, Corea del Sur e Israel invertían 4,3 % del PBI en investigación y desarrollo. Por otro lado, la desigualdad social, y en particular la desigualdad en relación con la distribución de la riqueza, posicionan a América Latina actualmente como una de las regiones más desiguales, lo que es previsible que se profundice en el actual contexto de pandemia, según informes como el de CEPAL (mayo de 2020). En la situación actual, a la que aludimos en el párrafo precedente, los trabajos de Bagú sobre el capitalismo colonial latinoamericano adquieren relevancia en un sentido histórico, estructural y político. Son un estudio de un capítulo importante de la historia de la dependencia del subcontinente en el capitalismo mundial, dependencia que en la actual división internacional del trabajo (con sus desigualdades nacionales y regionales en términos tecnológicos, productivos, industriales, culturales, educativos, entre otras) continúa vigente aunque pueda haber adquirido nuevas modalidades.

Como conclusión, cabe resaltar un rasgo distintivo de Bagú, de “don Sergio” (como lo llamaban afectuosamente en México): a pesar de haber dedicado la mayor parte de su vida a la investigación científica de la dependencia, el subdesarrollo y las desigualdades sociales de América Latina, desde su



período capitalista colonial, nunca dejó de pensar que esas situaciones podían ser transformadas, nunca las creyó inevitables; nunca creyó que los padecimientos que sufren muchísimos y muchísimas habitantes de la región en sus vidas cotidianas se deben a un destino fatal o a designios de dioses (o estructuras) omnipotentes contra lo cual sería infructuosa toda lucha, colectiva, organizada, imaginativa. Nunca dejó de creer que la historia está hecha de posibilidades, no de fatalidades, como ya comentamos.

Siguió creyendo hasta sus últimos días en la capacidad de las personas, actuando colectivamente, para transformar sus condiciones de existencia y enfrentar grandes adversidades, como lo atestigua su último libro publicado en 1997, *Catástrofe política y teoría social*, donde evoca el potencial creador de las multitudes anónimas puesto de manifiesto en situaciones históricas de catástrofes y crisis profundas, como en guerras y desastres ambientales. En los dos últimos párrafos de este su último libro, dice como síntesis, reivindicando la utopía en años en que se hablaba del supuesto “fin de las ideologías” y de la “aldea global” como producto de la globalización capitalista:

interpretar la catástrofe como el germen de la reconstrucción no es reivindicar la utopía como pauta de reflexión (aunque es justo devolver a la utopía su valor en el universo de la creación de ideas). En algunas de las coyunturas analizadas aquí, el germen de la reconstrucción se produce por la gran movilización de recursos humanos y materiales para enfrentar el peligro; en otra, el sistema en crisis deja núcleos organizativos importantes. En todos los casos la humanidad ha podido —y puede— escalar nuevas alturas a partir de situaciones extremadamente críticas. No debe haber ya reconstrucción consolidada si no se asienta sobre principios, programas y objetivos que se concilien ampliamente con las necesidades de las comunidades humanas y que respeten los valores esenciales del individuo. Una de las condiciones básicas deberá ser el respeto por el universo cultural y una ancha vía de desarrollo en las ciencias de la personalidad y de la sociedad humanas. Ineludible objetivo es alcanzar un nivel social de bienestar y justicia para las grandes masas humanas que permita decir que la utopía puede alguna vez transformarse en realidad (Bagú, 1997: 155).

La coyuntura actual, en 2020, está atravesada por una pandemia global que agravó y transparentó problemas preexistentes en las sociedades de América Latina, como la pobreza y la indigencia padecidas por masas de seres humanos, las condiciones de trabajo precarias en que se encuentran millones de personas, la desigualdad social en sus múltiples expresiones, la concentración de la riqueza hasta extremos inaceptables e injustificables, los profundos problemas de los sistemas sanitarios y de la vida en las grandes ciudades (sobre todo, de ciertos sectores de esas poblaciones), entre muchísimos otros. Esta coyuntura nos interpela a imaginar y crear nuevas relaciones sociales, más humanas, más igualitarias, más democráticas. En este contexto, la lectura de los trabajos de Sergio Bagú es sin duda pertinente y necesaria: nos proporciona herramientas para comprender mejor el presente (como resultado de procesos históricos que no fueron fatalidades inevitables) e imaginar un futuro mejor.



Referencias bibliográficas

- Bagú, S. (1959). *Acusación y defensa del intelectual*. Buenos Aires: Editorial Perrot
- Bagú, S. y Gussoni, H. (1967). *El desarrollo cultural en la liberación de América Latina*. Montevideo: Biblioteca de cultura universitaria.
- Bagú, S. (1977). *Marx- Engels. Diez conceptos fundamentales en proyección histórica*. México: Editorial Nuestro Tiempo
- Bagú, S. (1997). *Catástrofe política y teoría social*. México: Siglo Veintiuno editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.
- Bagú, S. (1999). *Tiempo, realidad social y conocimiento (1970)* México: Siglo Veintiuno editores.
- CEPAL. (2020). *El desafío social en tiempos del Covid-19. Informe especial Covid-19*, 3, 12 de mayo de 2020. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45527-desafio-social-tiempos-covid-19>
- Chiaramonte, J. C. (1984) *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*. México: Grijalbo.
- Gilletta, M. (2013). *Sergio Bagú. Historia y sociedad en América Latina. Una biografía intelectual*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Giller, D. (2014) ¿“Teoría de la dependencia”? Orígenes y discusiones en torno de una categoría problemática. *Revista del CCC*, 21 (8). Recuperado de <https://www.centrocultural.coop/revista/21/teoria-de-la-dependencia-origenes-y-discusiones-en-torno-de-una-categoria-problematica>
- Salama, P. (2018). Nuevas tecnologías: ¿bipolarización de empleos e ingresos del trabajo? *Revista Problemas del Desarrollo*, 195 (49), 3-25.
- Svampa, M. (2013). “Consenso de los Commodities” y lenguajes de valoración en América Latina. *Nueva Sociedad*, 244. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/>
- Turner, J.; y Acevedo, G. (2005). *Sergio Bagú. Un clásico de la teoría social latinoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Plaza y Valdés Editores.



HACIA LA CONFORMACIÓN DE UNA ALIANZA TRANSNACIONAL DE LOS PUEBLOS TRABAJADORES Y OPRIMIDOS

Samir Amin & Firoze Manji

HACIA LA CONFORMACIÓN DE UNA ALIANZA TRANSNACIONAL DE LOS PUEBLOS TRABAJADORES Y OPRIMIDOS²²

Samir Amin & Firoze Manji²³

1.

Durante los últimos treinta años, el sistema mundial ha experimentado una extrema centralización del poder en todas sus dimensiones: local e internacional, económica y militar, social y cultural. Unas mil corporaciones gigantes y algunos cientos de instituciones financieras, que han formado cárteles entre sí, han reducido los sistemas de producción nacionales y globalizados al estado de subcontratistas. De esta manera, las oligarquías financieras se apropian de una parte cada vez mayor de las ganancias del trabajo y de las empresas que se han transformado en productoras de rentas para su propio beneficio exclusivo. Habiendo domesticado a los principales partidos de derecha e izquierda, así como también a los sindicatos y organizaciones de la llamada sociedad civil, estas oligarquías ahora también ejercen un poder político absoluto. Ejercen poder sobre los medios de comunicación que están subordinados a ellas, creando la desinformación necesaria para despolitizar la opinión pública. Las oligarquías han aniquilado la práctica tradicional del multipartidismo, reemplazándolo virtualmente por un sistema partido único controlado por el capital. La democracia representativa, habiendo perdido todo su significado, también ha perdido su legitimidad.

El capitalismo tardío contemporáneo, que se ha convertido en un sistema completamente cerrado, coincide en todos los aspectos con el totalitarismo, aunque se tiene cuidado de no nombrarlo como tal. Este totalitarismo todavía es débil, pero está siempre listo para recurrir a la extrema violencia tan pronto como las víctimas —la mayoría de los trabajadores y los pueblos oprimidos— comienzan a rebelarse. Todos los cambios que forman parte de esta supuesta modernización deben verse a la luz del análisis anterior. Por lo tanto, enfrentamos grandes desafíos ecológicos (especialmente el cambio climático) que el capitalismo es incapaz de resolver (el acuerdo de París de diciembre de 2015 fue solo una cortina de humo). Estamos presenciando desarrollos científicos e innovaciones tecnológicas, incluida la tecnología de la información, rigurosamente sometidos a los requisitos de ganancias financieras que pueden obtener para los monopolios. La glorificación de la competitividad y la libertad de mercado, que los medios

²² Originalmente publicado en *Monthly Review*. julio-agosto 2019, 71, 3. Recuperado de <https://monthlyreview.org/2019/07/01/toward-the-formation-of-a-transnational-alliance-of-working-and-oppressed-peoples/>
Traducción de Luisina Gentile.

²³ Los editores de *Monthly Review* escriben como introducción al artículo: Poco antes de su muerte el 12 de agosto de 2018, Samir Amin, en colaboración con Firoze Manji, preparó un documento que esperaba que tuviera gran circulación. Su objetivo era iniciar la construcción de una alianza transnacional que fuera radical y permitiera una diversidad de perspectivas. Los amigos de Amin han comenzado una conversación internacional con ese fin. Con la intención de promover ese proyecto incipiente, y en gesto de agradecimiento por sus invaluable contribuciones a *Monthly Review* durante muchas décadas, presentamos las últimas palabras escritas de nuestro compañero Samir Amin.



subordinados presentan como garantías de la libertad y la eficiencia de la sociedad civil, son en realidad antítesis de la situación actual, que está dividida por violentos conflictos entre las fracciones de las oligarquías existentes y que es la causa de los efectos destructivos de su gobierno.

2.

El capitalismo contemporáneo siempre sigue la misma lógica imperialista de globalización que ha sido su característica desde sus orígenes (la colonización del siglo XIX fue claramente una forma de globalización). La globalización contemporánea no escapa a esta lógica; no es otra cosa que una nueva forma de globalización imperialista. Este término, globalización, que a menudo se usa sin ninguna definición, esconde un hecho importante: el despliegue de estrategias sistemáticas desarrolladas por las potencias imperialistas históricas (Estados Unidos, países de Europa occidental y central y Japón, que llamaremos la tríada) que continúan saqueando los recursos del Sur Global y llevando a cabo la superexplotación de la mano de obra asociada con la deslocalización y la subcontratación.

Estos poderes tienen la intención de mantener su privilegio histórico y evitar que todas las demás naciones puedan salir del estado de periferias dominadas. La historia del siglo pasado fue, de hecho, la historia de la revuelta de los pueblos de las periferias del sistema mundial que estaban involucrados o en una desvinculación socialista del capital o en formas atenuadas de liberación nacional. Las páginas de esa historia, por el momento, han pasado. El proceso actual de recolonización no tiene legitimidad y, por lo tanto, es frágil.

Por esta razón, las potencias imperialistas históricas de la tríada han establecido un sistema de control militar colectivo sobre el planeta, dirigido por los Estados Unidos. La membresía de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (que está indisolublemente ligada a la construcción de Europa) y la militarización de Japón reflejan el requisito de este nuevo imperialismo colectivo que se ha apoderado de los imperialismos nacionales (de Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Alemania, Francia y algunos otros) que anteriormente estaban en conflicto permanente y violento.

En estas circunstancias, la construcción de una alianza transnacional de trabajadores y pueblos oprimidos de todo el mundo debe ser el objetivo principal de la lucha para contrarrestar la propagación del capitalismo imperialista contemporáneo.

3.

Ante este tremendo desafío, la insuficiencia de las luchas que llevan a cabo las víctimas del sistema es demasiado evidente. Las debilidades de estas luchas son de diferentes tipos, que podríamos clasificar bajo los siguientes apartados:

(1) La fragmentación extrema de las luchas, ya sea a nivel local o mundial, que siempre están localizadas y centradas en un solo tema (como la ecología, los derechos de las mujeres, los servicios sociales o la



vivienda). Esas campañas de un solo tema realizadas a nivel nacional o incluso internacional no han tenido ningún éxito significativo en el sentido de que no han forzado ningún cambio significativo en las políticas de los que están en el poder. Muchas de estas luchas han sido absorbidas o incorporadas por el sistema que fomenta la ilusión de que está sujeto a reformas. Sin embargo, ha habido una enorme aceleración en el proceso de proletarización generalizada. Casi todas las poblaciones de los países capitalistas centrales son ahora trabajadores asalariados que venden su fuerza de trabajo. La industrialización de las regiones en el Sur Global ha creado trabajadores proletarios (grandes sectores de los cuales tienen trabajos precarios y muchos de los cuales están permanentemente desempleados) y una clase media asalariada, mientras que el campesinado está completamente integrado en el sistema de mercado. Las estrategias políticas empleadas por los poderosos han logrado fragmentar a este gigantesco proletariado en diversas fracciones que a menudo están en conflicto entre sí. Esta contradicción debe ser superada.

(2) Los pueblos de la tríada parecen haber renunciado a la solidaridad antiimperialista internacional, que ha sido reemplazada en el mejor de los casos por las llamadas campañas humanitarias y programas de ayuda controlados por el capital de los monopolios. Las fuerzas políticas europeas que heredaron tradiciones de izquierda hoy apoyan la visión imperialista de la globalización existente.

(3) Una nueva ideología de derecha ha ganado apoyo entre la gente.

En el Norte, el tema central de la lucha de clases anticapitalista ha sido abandonado por la izquierda o reducido a una supuesta nueva definición de la izquierda definida como asociaciones de cooperación cultural o comunitarismo, separando la defensa de derechos específicos de la lucha general contra el capitalismo. En ciertos países del Sur, la tradición de las luchas que asociaron la lucha antiimperialista con el progreso social ha dado paso a las ilusiones reaccionarias y retrospectivas expresadas por las religiones o la pseudo-ética. En otros países del Sur, la aceleración exitosa del crecimiento económico en las últimas décadas alimenta la ilusión de que es posible construir un capitalismo nacional desarrollado capaz de imponer su participación activa en la configuración de la globalización.

El poder de las oligarquías del imperialismo contemporáneo parece ser indestructible en los países de la tríada e incluso a nivel mundial (¡"el fin de la historia"!). La opinión pública suscribe a su disfraz de democracia de mercado, prefiriéndolo a su pasado adversario -el socialismo- que está invariablemente adornado con sobrenombres tan odiosos como las autocracias criminales, nacionalistas o totalitarias.

Sin embargo, este sistema no es viable por varias razones:

(1) El capitalismo contemporáneo se presenta como abierto a la crítica y a la reforma, como innovador y flexible. Algunos afirman que es posible poner fin a los abusos del capital financiero sin control y a las políticas de austeridad permanentes que lo acompañan, y así salvar al capitalismo de sí mismo. Pero tales palabras son dichas en vano, ya que las prácticas actuales del capitalismo sirven a los intereses de los oligarcas de la tríada —los únicos que cuentan— porque garantizan el aumento continuo de la riqueza a pesar del estancamiento económico que aqueja a sus países y pueblos.

(2) El subsistema europeo -la Unión Europea- es una parte integral de la globalización imperial. Fue concebida en un espíritu reaccionario que era antisocialista y pro-imperialista, subordinado al comando



militar de los Estados Unidos. Dentro de ella, Alemania ejerce su hegemonía, particularmente en el marco de la Eurozona y sobre Europa del Este, que ha sido anexada al igual que América Latina ha sido anexionada por Estados Unidos. Como vimos en la crisis griega, la Europa alemana sirve a los intereses nacionalistas de la oligarquía alemana, que se expresan con arrogancia. Esta Europa no es viable y su implosión ya ha comenzado.

(3) El estancamiento del crecimiento en los países de la tríada contrasta con la aceleración del crecimiento de las regiones del sur que han sido capaces de beneficiarse de la globalización. Se ha concluido demasiado apresuradamente que el capitalismo está vivo y bien, incluso si su centro de gravedad se está moviendo desde los antiguos países del Atlántico Oeste hacia el Sur, particularmente Asia. De hecho, es probable que los obstáculos para perseguir este movimiento correctivo histórico sean cada vez más violentos, incluyendo agresión militar. Las potencias imperiales no tienen la intención de permitir que ningún país de la periferia, grande o pequeño, se libere de su dominio.

(4) La devastación ecológica que está necesariamente asociada con la expansión capitalista refuerza las razones por las cuales este sistema no es viable.

4.

Ahora estamos en la fase del otoño del capitalismo, sin que esto se vea reforzado por la aparición de una primavera de los pueblos y una perspectiva socialista. La posibilidad de reformas progresivas sustanciales del capitalismo, en su etapa actual, es solo una ilusión. No hay otra alternativa que la habilitada por la renovación de una izquierda radical internacional, capaz de llevar a cabo, y no solo de imaginar, los avances socialistas. Es necesario poner fin al capitalismo en crisis en lugar de tratar de poner fin a la crisis del capitalismo.

Basado en la primera de las cuatro hipótesis anteriormente expuestas, nada decisivo afectará el apego de los pueblos de la tríada a su opción imperialista, especialmente en Europa. Las víctimas del sistema seguirán siendo incapaces de concebir su salida del camino trazado por el proyecto europeo, uno que debe ser deconstruido antes de que pueda ser reconstruido con otra visión. Las experiencias de Syriza en Grecia, Podemos en España e Insoumise en Francia, las dudas del alemán Die Linke y otros dan testimonio del alcance y la complejidad del desafío. La fácil acusación de nacionalismo contra los críticos de Europa no es válida. El proyecto europeo cada vez salta más a la vista como el proyecto del nacionalismo burgués de Alemania. No hay alternativa en Europa, como en otros lugares, para la creación de proyectos nacionales, populares y democráticos (no burgueses, de hecho, antiburgueses) que comiencen a desvincularse de la globalización imperialista. Es necesario deconstruir la centralización extrema de la riqueza y el poder asociado con el sistema.

Según esta hipótesis, el resultado más probable será una nueva versión del siglo XX: avances realizados exclusivamente en algunas de las periferias del sistema. Pero estos avances seguirán siendo frágiles, al igual que los del pasado, y por la misma razón: la guerra permanente librada contra ellos por los centros



de poder imperialistas, cuyo éxito se debe en gran medida a sus propios límites y desviaciones. La hipótesis del internacionalismo de los trabajadores y los pueblos abre caminos a nuevas evoluciones que son necesarias y posibles.

La primera de estas formas es la de confiar en la "decadencia de la civilización". En este caso, los caminos a seguir no deben ser ideados por nadie, sino que se deben abrir sus caminos en respuesta a las condiciones impuestas por la evolución de la situación de descomposición. Sin embargo, en nuestra época, dado el poder de la destrucción ecológica y militar y la disposición de los poderosos para usar tales poderes, el riesgo, denunciado por Karl Marx en su tiempo, es que existe una posibilidad muy real de que la lucha destruya todos los campos que se oponen entre sí.

El segundo camino, por el contrario, requerirá la intervención lúcida y organizada del frente internacional de los trabajadores y de todos los pueblos oprimidos.

5.

La creación de una nueva alianza transnacional de trabajadores y pueblos oprimidos debe ser el objetivo principal para los verdaderos militantes que están convencidos de la naturaleza odiosa del sistema capitalista imperialista mundial que tenemos actualmente. Es una gran responsabilidad y la tarea requiere varios años antes de cosechar resultados tangibles.

En cuanto a nosotros, presentamos las siguientes propuestas:

- (1) El objetivo debe ser establecer una alianza que pueda evolucionar como organización y no solo como un movimiento. Esto implica ir más allá del concepto de un foro de discusión. También implica analizar las deficiencias de la noción, aún prevalente, de que los movimientos afirman ser horizontales y hostiles a las llamadas organizaciones verticales con el pretexto de que estas últimas son por naturaleza antidemocráticas. La organización es, de hecho, el resultado de una acción que por sí misma genera líderes. Este último puede aspirar a dominar, incluso manipular movimientos. Pero también es posible evitar este peligro mediante los estatutos apropiados. Esto debería ser discutido.
- (2) La experiencia de las Internacionales de trabajadores debe estudiarse seriamente, incluso si pertenecen al pasado. Esto debe hacerse, no para elegir un modelo entre ellas, sino para inventar la forma más adecuada para las condiciones contemporáneas.
- (3) Dicha invitación debe dirigirse a un buen número de partidos y organizaciones combativas. Primero se debe establecer un comité para comenzar el proyecto.
- (4) Esta construcción no puede ser una nueva versión de las Internacionales del pasado: la Segunda, la Tercera o la Cuarta. Tiene que basarse en otros y nuevos principios: una alianza de todos los pueblos trabajadores del mundo y no solo de aquellos calificados como representantes del proletariado (reconociendo también que esta definición es en sí misma objeto de debate), incluidos todos los asalariados de los servicios, campesinos, trabajadores de la tierra y pueblos oprimidos por el capitalismo moderno. La construcción también debe basarse en el reconocimiento y el respeto de la diversidad, ya



sea de partidos, sindicatos u otras organizaciones populares en lucha, garantizando su verdadera independencia.

Por lo tanto, sugeriremos organizar una reunión con miras a crear la nueva alianza transnacional de trabajadores y pueblos oprimidos. Cada región debe estar representada por activistas conocidos y respetados en sus regiones por su compromiso con la defensa de los intereses de los pueblos, contra las agresiones del capitalismo, delegados si es posible por sus propias organizaciones. Las voces de las comunidades en conflicto con el estado al que pertenecen, así como las comunidades sin estado, también deben estar representadas.

Por lo tanto, en contraste con las anteriores Internacionales, cada país estará representado por varias organizaciones, no una sola, de acuerdo con el respeto a la diversidad, siempre que todos reconozcan que lo que nos une es más importante que lo que nos divide. Finalmente, la reunión también debería ayudar a identificar un primer conjunto de objetivos comunes para las luchas a largo plazo, así como para el futuro inmediato.

Camaradas, llamamos a su sentido de responsabilidad histórica. Esta reunión podría ayudar a identificar las condiciones para lograr nuevos avances socialistas revolucionarios (haciendo un balance de las lecciones de las revoluciones pasadas). En ausencia de tal progreso, el mundo continuará siendo gobernado por el caos, las prácticas bárbaras y la destrucción de la tierra.



4:

dis
cu
sión

LA ERA DEL HUMANISMO ESTÁ TERMINANDO

Achille Mbembe

97



LA ERA DEL HUMANISMO ESTÁ TERMINANDO²⁴

Achille Mbembe²⁵

No hay indicios de que el 2017 vaya a ser muy diferente del 2016.

Bajo ocupación israelí por décadas, Gaza seguirá siendo la mayor prisión a cielo abierto de la Tierra.

En los Estados Unidos, la matanza de gente negra a manos de la policía continuará ininterrumpidamente y cientos de miles más se unirán a los que ya están alojados en el complejo industrial-carcelario que vino a instalarse tras la esclavitud de las plantaciones y las leyes de Jim Crow.

Europa continuará su lento descenso hacia el autoritarismo liberal o lo que el teórico cultural Stuart Hall llamó populismo autoritario. A pesar de los complejos acuerdos alcanzados en los foros internacionales, la destrucción ecológica de la Tierra continuará y la guerra contra el terror se convertirá cada vez más en una guerra de exterminio entre varias formas de nihilismo.

Las desigualdades seguirán creciendo en todo el mundo. Pero lejos de abastecer un ciclo renovado de luchas de clase, los conflictos sociales tomarán cada vez más la forma de racismo, ultranacionalismo, sexismo, rivalidades étnicas y religiosas, xenofobia, homofobia y otras pasiones mortales.

La denigración de virtudes como el cuidado, la compasión y la generosidad va de la mano con la creencia, especialmente entre los pobres, de que ganar es lo único que importa y que quién gana –en virtud del medio que sea necesario– es en última instancia el que está en lo correcto.

Con el triunfo de este acercamiento neo-darwiniano al hacer-historia, el *apartheid* bajo diversas modulaciones será restaurado como la nueva vieja norma. Su restauración pavimentará el camino hacia nuevos impulsos separatistas, a la construcción de más muros, a la militarización de más fronteras, a formas mortales de policialización, a guerras más asimétricas, a alianzas rotas y a innumerables divisiones internas, incluso en democracias establecidas.

Nada de lo señalado más arriba es accidental. En todo caso, es un síntoma de cambios estructurales, cambios que se harán cada vez más evidentes a medida que se despliegue el nuevo siglo. El mundo tal como lo conocíamos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con los largos años de la descolonización, la Guerra Fría y la derrota del comunismo, ese mundo ha terminado.

Ha comenzado otro largo y mortífero juego. El principal choque de la primera mitad del siglo XXI no será entre religiones o civilizaciones. Será entre la democracia liberal y el capitalismo neoliberal, entre el gobierno de las finanzas y el gobierno del pueblo, entre el humanismo y el nihilismo.

El capitalismo y la democracia liberal triunfaron sobre el fascismo en 1945 y sobre el comunismo a principios de los 90 cuando colapsó la Unión Soviética. Con la disolución de la Unión Soviética y el

²⁴ Traducción de Gonzalo Díaz Letelier.

²⁵ Wits Institute for Social and Economic Research. Universidad del Witwatersrand.



advenimiento de la globalización, sus destinos fueron destrenzados. La creciente bifurcación entre la democracia y el capital es la nueva amenaza para la civilización.

Apoyado por el poder tecnológico y militar, el capital financiero ha logrado su hegemonía sobre el mundo mediante la anexión del núcleo de los deseos humanos y, en el proceso, convirtiéndose él mismo en la primera teología secular global. Fusionando los atributos de una tecnología y una religión, se basó en dogmas incuestionables que las formas modernas de capitalismo habían compartido a regañadientes con la democracia desde el período de posguerra –la libertad individual, la competencia en el mercado y la regla de la mercancía y de la propiedad, el culto a la ciencia, la tecnología y la razón.

Cada uno de estos artículos de fe está bajo amenaza. En su núcleo, la democracia liberal no es compatible con la lógica interna del capitalismo financiero. Es probable que el choque entre estas dos ideas y principios sea el acontecimiento más significativo del paisaje político de la primera mitad del siglo XXI, un paisaje formado menos por la regla de la razón que por la liberación general de pasiones, emociones y afectos.

En este nuevo paisaje, el conocimiento se definirá como conocimiento para el mercado. El mercado mismo será re-imaginado como el mecanismo primario para la validación de la verdad. A medida que los mercados se convierten cada vez más en estructuras y tecnologías algorítmicas, el único conocimiento útil será algorítmico. En lugar de gente con cuerpo, historia y carne, las inferencias estadísticas serán todo lo que cuenta. Las estadísticas y otros datos importantes se derivarán principalmente de la computación. Como resultado de la confusión de conocimiento, tecnología y mercados, el desprecio se extenderá a cualquier persona que no tenga nada que vender.

La noción humanista y de la Ilustración del sujeto racional capaz de deliberación y elección será reemplazada por la del consumidor conscientemente deliberante y elector. Ya en construcción, triunfará un nuevo tipo humanidad. Este no será el individuo liberal que, no hace mucho tiempo atrás, creíamos que podría ser el tema de la democracia. El nuevo ser humano será constituido a través y dentro de las tecnologías digitales y los medios computacionales.

La era computacional –la era de Facebook, Instagram, Twitter– está dominada por la idea de que hay pizarras limpias en el inconsciente. Las formas de los nuevos medios no sólo han levantado la cubierta que las eras culturales previas habían puesto sobre el inconsciente, sino que se han convertido en las nuevas infraestructuras del inconsciente. Ayer, la socialidad humana consistía en mantener los límites sobre el inconsciente. Pues producir lo social significaba ejercer vigilancia sobre nosotros mismos, o delegar a autoridades específicas el derecho a hacer cumplir tal vigilancia. A esto se le llamaba represión. La principal función de la represión era establecer las condiciones para la sublimación. No todos los deseos pueden ser cumplidos. No todo puede ser dicho o hecho. La capacidad de limitarse a sí mismo era la esencia de la propia libertad y de la libertad de todos. En parte gracias a las formas de los nuevos medios y a la era post-represiva que han desencadenado, el inconsciente puede ahora vagar libremente. La sublimación ya no es necesaria. El lenguaje se ha dislocado. El contenido está en la forma y la forma está más allá, o excediendo el contenido. Ahora se nos hace creer que la mediación ya no es necesaria.



Esto explica la creciente posición anti-humanista que ahora va de la mano con un desprecio general por la democracia. Llamar a esta fase de nuestra historia fascista podría ser engañoso, a menos que por fascismo nos refiramos a la normalización de un estado social de la guerra. Tal estado sería en sí mismo una paradoja, pues en todo caso la guerra conduce a la disolución de lo social. Y sin embargo, bajo las condiciones del capitalismo neoliberal, la política se convertirá en una guerra apenas sublimada. Esta será una guerra de clases que niega su propia naturaleza: una guerra contra los pobres, una guerra racial contra las minorías, una guerra de género contra las mujeres, una guerra religiosa contra los musulmanes, una guerra contra los discapacitados.

El capitalismo neoliberal ha dejado en su estela una multitud de sujetos destruidos, muchos de los cuales están profundamente convencidos de que su futuro inmediato será una exposición continua a la violencia y a la amenaza existencial. Ellos desean genuinamente un retorno a cierto sentido de certeza –lo sagrado, la jerarquía, la religión y la tradición. Ellos creen que las naciones se han convertido en algo así como pantanos que necesitan ser drenados y que el mundo tal como es debe ser llevado a su fin. Para que esto suceda, todo debe ser limpiado. Están convencidos de que sólo pueden salvarse en una lucha violenta para restaurar su masculinidad, cuya pérdida atribuyen a los más débiles entre ellos, los débiles en que no quieren convertirse.

En este contexto, los emprendedores políticos más exitosos serán aquellos que hablen de manera convincente a los perdedores, a los hombres y mujeres destruidos por la globalización, y a sus identidades arruinadas.

La política se convertirá en la lucha callejera, la razón no importará. Tampoco los hechos. La política se revertirá a un asunto de supervivencia brutal en un ambiente ultracompetitivo.

En estas condiciones, el futuro de la política de masas de izquierda, progresista y orientada hacia el futuro, es muy incierto. En un mundo centrado en la objetivación de todos y de todo ser viviente en nombre del lucro, la borradora de lo político por el capital es la amenaza real. La transformación de lo político en negocio plantea el riesgo de la eliminación de la posibilidad misma de la política. Si la civilización puede dar lugar a alguna forma de vida política, tal es el problema del siglo XXI.



EL INDIVIDUALISMO AUTORITARIO

Nicolás Viotti

101



EL INDIVIDUALISMO AUTORITARIO

Nicolás Viotti²⁶

Introducción

En las sociedades latinoamericanas presenciamos una nueva legitimidad política conservadora que se manifiesta en opciones políticas, con la elección de Jair Bolsonaro tal vez como el paradigma más claro, pero que se manifiesta sobre todo en una corriente más capilar que atraviesa la vida cotidiana. Emerge en las reacciones contra las políticas de igualdad de género, en el rechazo público de minorías étnicas y en discursos explícitos que abandonan el camino posible de la inclusión social de los sectores postergados. Más que un sistema ideológico conservador consistente, esas reacciones parecerían ser efecto de un malestar que se manifiesta en el desapego a los valores igualitarios encarnados en los sentidos comunes democráticos, que se expresan con intensidades variables. ¿Qué nos dice este proceso sobre las democracias latinoamericanas que se consolidaron luego del ciclo autoritario de la década de 1970? ¿Significa todo esto un regreso del autoritarismo? ¿Una continuidad con una cultura jerárquica? ¿O hay algo nuevo en los “nuevos” conservadurismos?

Es claro que el clima conservador no es algo reciente, pero nos interesa subrayar un rasgo que muchas veces pasa desapercibido en los análisis políticos sobre el denominado “neoconservadurismo”. Esto es que, lejos de estar vinculado con formas sociales jerárquicas que estarían mostrando la persistencia de valores arcaicos u opuestos a los del individualismo igualitario, el giro conservador contemporáneo —y tal vez los conservadurismos modernos en general— está fuertemente atado a los procesos de individualización de las últimas décadas. Estas transformaciones, ancladas en el consumo de gran escala y la difusión de modos de subjetivación centradas en el yo, el cuidado de uno mismo y el placer como una ética del capitalismo contemporáneo atraviesan las últimas décadas del siglo XX. Con una mirada general sobre la región, pero con foco en Argentina, nos interesa reflexionar sobre la hipótesis de que son justamente esos procesos de individualización el horizonte moral sobre el que se tejen parte de los conservadurismos contemporáneos.

A continuación, el artículo describe de modo breve algunos rasgos generales de las relaciones entre individualismo y política, sobre todo a partir de las ideas del antropólogo Louis Dumont (1987a, 1987b, 1987c), quien ha desarrollado uno de los análisis más sustanciales sobre este problema. Luego, se detiene en lo que entendemos como una mirada al conservadurismo “desde abajo”, que permite indagar en un proceso de ofensa moral a una versión contemporánea de los valores individualistas. Esa ofensa se manifiesta en pánicos morales contra colectivos y modos de vida identificados como amenazas. Con esto, nos interesa discutir con las imágenes de las ideologías como creencias políticas sistémicas elaboradas de

²⁶ CONICET/IDAES-UNSAM



forma abstracta y con las miradas que priorizan las identidades estáticas con organizaciones, grupos corporativos o instituciones²⁷. Por el contrario, entendemos que esas posiciones son resultado de procesos situados y que considerar públicos diversos y heterogéneos, más allá de intelectuales y activistas, nos permite alcanzar un nivel mucho más diverso, y socialmente eficaz, de condensación de las sensibilidades conservadoras²⁸.

Finalmente, el artículo retoma una reflexión más general sobre las relaciones entre individualismo conservador y el problema de la desconfianza. Entendemos que la legitimidad pública del conservadurismo contemporáneo excede el ámbito de lo estrictamente político, es una transformación ontológica más general de las relaciones entre subjetividad y confianza, que niega certezas que hasta hace poco tiempo poseían un relativo apoyo. Por un lado, mina la confianza en las instituciones democráticas; por otro, pone en duda la certeza científica. Esa desconfianza social se encuentra íntimamente asociada con teorías conspirativas y modos contemporáneos de circulación del conocimiento, que no son una desviación o el resultado de una “falta cognitiva” a ser remediada con más y mejor información, sino realidades que deben ser entendidas en sus propios términos y consideradas en la gestión del individualismo como una dimensión central de la experiencia contemporánea.

Individualismo autoritario

El problema del individualismo ha sido un tema clásico de las ciencias sociales y del pensamiento político del siglo XIX. Mayoritariamente, las miradas sobre este fenómeno lo han asociado con una dimensión progresiva de la vida moderna y en contraste con un modo de organización social jerárquico asociado con el orden conservador y reaccionario. La imagen de la revuelta liberal contra el *Ancienne Régime* ha sido tal vez el modelo paradigmático para imaginar esa tensión entre individualismo y conservadurismo, lo que atenta contra la posibilidad de detectar la dimensión conservadora del propio individualismo.

El individualismo parece ser, por un lado, una categoría acusatoria con un uso político coyuntural, que es utilizada en un sentido normativo como sinónimo de falta de sociedad, falta de moral. Usada con recurrencia en las críticas actuales al “neoliberalismo” o el “egoísmo”, a veces imaginados como sinónimos. Pero al mismo tiempo, el individualismo resulta la base de los valores de igualdad y de mérito,

²⁷ A los trabajos clásicos sobre las derechas latinoamericanas y argentinas se suman en años recientes excelentes trabajos sobre el ideario de las denominadas “nuevas” derechas y sus continuidades o diferencias con relación a procesos previos, destacando sobre todo su articulación con la tradición liberal. Para un panorama regional un buen ejemplo es el volumen de Domínguez, Lievesley y Ludlam (2011). Para un completo panorama de la producción reciente ver Giordano, Soler y Saferstein (2017). En el caso argentino destacamos los trabajos de Vicente (2015) y Morresi (2010) sobre la tradición liberal conservadora, la reflexión de Giordano (2014) sobre continuidades, discontinuidades y el debate conceptual, y una serie de análisis sobre el fenómeno partidario de la Alianza Cambiemos (Giordano y Soler, 2016; Vommaro, 2017a; Vommaro y Morresi, 2015). Un ejercicio que encontramos sincrónico con nuestro análisis se encuentra en la reflexión de Vommaro (2017b) sobre el fenómeno político de Cambiemos y un “cambio cultural” que excede el análisis estricto de los intelectuales o la dimensión institucional partidaria. Sobre la circulación de nuevas constelaciones de valores conservadores en el mundo juvenil y la industria cultural de masas, resulta fundamental el trabajo de Goldentul y Saferstein (2020).

²⁸ Eso requiere no proyectar nuestras imágenes sobre el mundo intelectual o los militantes, que supondrían adhesiones y convicciones firmes, explícitas y sistematizadas en un discurso coherente y diseñado para la intervención pública a los modos más cotidianos de pregnancia de las ideologías políticas. Es posible que ni siquiera en esos espacios institucionales o corporativos funcione de esa manera.



uno de los núcleos centrales de las ideas liberales de libertad, respeto de la diferencia y de las reivindicaciones progresistas frente a las concepciones jerárquicas de la herencia, la sangre y la autoridad inamovible. Estos usos del individualismo son usos situados, muestran disputas y recurrencias prácticas del campo semántico que rodea el valor de la idea de individuo como configuración moral y atraviesa, por lo menos, la experiencia de las llamadas sociedades complejas contemporáneas. Su derrotero como uso práctico es complejo y sinuoso: ha sido criticado por ser la fuente de la disolución social o reivindicado como vehículo de la libertad y la libre elección.

Más allá de los usos prácticos, entendemos aquí como configuración individualista a un orden lógico que excede las disputas por su significado. Tal como señaló Dumont (1987a), ha sido al mismo tiempo la base del proyecto moderno y sus críticas, encontrándose tanto en la ciudadanía, sustento de la idea de nación, como en la idea de solidaridad. Contra lo que habitualmente se supone, la solidaridad no se opone al individualismo, sino que es su consecuencia: sólo existe en la medida en que hay individuos que sean solidarios. Para Dumont, el “individualismo” no es lo que se opone a lo “social”, sino un valor ideológico que organiza y precede tanto la idea de individuo como sujeto autónomo como la idea de lo social en tanto agregado de individuos. El acceso a la ideología individualista no se da únicamente por medio de la experiencia intersubjetiva, sino por la puesta en relación de esa dimensión sensible con totalidades abiertas. Es justamente el análisis comparativo de esas constelaciones lógicas lo que sería el objeto de la antropología de las sociedades modernas. Las mismas no existen en sí, sino sólo en el contraste analítico (Dumont, 1987b). Estamos utilizando, entonces, el término individualismo en este sentido lógico y analítico, que no es sinónimo de las disputas por los usos prácticos y experienciales del término “individualismo”, sino uno más estructural, de larga duración y que es resultado del contraste con lógicas no individualistas que se encuentran mucho más allá de una mirada encriptada en las sociedades modernas. Para Dumont, sólo podemos entender el fenómeno individualista en contraste con otros órdenes ontológicos de construcción de la persona, que provienen de ejemplos etnológicos o históricos no modernos.

¿Para qué nos sirve esta idea del individualismo como lógica general de las sociedades contemporáneas? ¿Qué tiene que ver ello con el giro conservador en Latinoamérica? Desde la década de 1970 una corriente influyente de la antropología brasilera hizo un uso bastante creativo de las ideas de Dumont para reflexionar sobre la vitalidad de ideologías jerárquicas que mantenían cierta distancia del modelo igualitario del individualismo. De este modo, el ensayo de interpretación nacional de Roberto Da Matta (1979), sobre todo su particular reflexión acerca de las relaciones jerárquicas de la cultura nacional inscriptas en las micro escenas cotidianas de la vida urbana, en las figuras del “malandro”, el “héroe” y en el Carnaval, y el análisis situado de Luiz Fernando Dias Duarte (1986) sobre los modos relacionales de construcción de la persona en torno al padecimientos de “nervios” en el mundo popular urbano de una periferia de Río de Janeiro, ambos mostraban la persistencia de configuraciones donde el individualismo



igualitario aparecía subordinado a principios ideológicos basados en concepciones jerárquicas (que afectaban los modos de entender la familia, la política-ciudadanía, la religiosidad y la propia persona)²⁹.

Menos sustanciales para pensar la región han sido los análisis de Dumont sobre el fenómeno del autoritarismo moderno, con base en el ejemplo histórico del nazismo, donde desarrolla la hipótesis de que lejos de ser una manifestación regresiva de los valores modernos la experiencia del nazismo se entronca en una deriva posible del individualismo. La crítica al igualitarismo y la democracia se montan sobre una versión particular del valor individualista. Sobre todo, a partir de los valores en torno a la idea de “lucha de todos contra todos” y el darwinismo social derivado de ese principio, la interpelación al “hombre común” de la prédica autoritaria que desconfía de los valores monárquicos, y la utilización nacionalista, es decir eminentemente moderna, de la idea de “raza” (Dumont, 1987c).

Este movimiento del análisis sobre la ideología individualista nos resulta particularmente útil, porque evita la mirada habitual que asocia las posiciones conservadoras con resabios de una mirada arcaica o, en el peor de los casos con persistencias “tradicionales”, sugiriendo una lectura binaria entre lo moderno y lo tradicional de corte evolutivo. Al mismo tiempo, nos enfrenta con una mirada posible sobre los rasgos individualistas del llamado “giro conservador” a la luz de los fuertes procesos de individualización en las décadas recientes.

Las profundas transformaciones de la última parte del siglo XX y las primeras décadas del XXI han hecho más complejo el imaginario binario entre valores individualistas y jerárquicos, mostrando una nueva fase del individualismo, profundizada por la amplia difusión del modelo de una sociedad mercantilizada.

La conformación de las naciones latinoamericanas modernas estuvo marcada por la construcción de individuos-ciudadanos, con diferentes niveles de eficacia. En Argentina, esta proyección del individuo-ciudadano fue resultado de políticas públicas que construyeron una autoimagen homogénea de la nación: higienismo médico, catolicismo social, servicio militar obligatorio, ejército de frontera, policía y educación pública fueron parte de una trama de individualización que organizó lo moralmente aceptado.

Desde la década de 1960, y a pesar de los gobiernos autoritarios, un movimiento de cambio cultural alteró los modelos de familia, las prácticas religiosas, los usos de la industria cultural en expansión, los modos de afectividad y sexualidad, en base a un proceso de autonomización que supuso un nuevo capítulo en la historia del individualismo argentino³⁰. La llamada “crisis generacional” de esa década habilitó nuevos modos de establecer relaciones con los otros y con uno mismo, amparados en recursos de autoconocimiento donde el psicoanálisis resultó paradigmático. Estos no eran contradictorios con un proceso de politización creciente de las generaciones más jóvenes. En realidad, el proyecto de auto-indagación de uno mismo que las técnicas psi popularizadas habilitaban era parte de un mismo cambio cultural.

²⁹ El uso del ensayo de Roberto Da Matta para reflexionar sobre las posibles diferencias comparativas con un individualismo igualitario más preeminente en el contexto argentino y los modos corporativos de agregación locales fue célebremente tratado por Guillermo O’Donell (1984) en un trabajo que es ya un sentido común académico. Para un balance clásico y contemporáneo sobre el particular impacto de Luis Dumont en la antropología ver Duarte (2017).

³⁰ Esta lectura general se refiere a los valores dominantes con foco en los contextos urbanos, teniendo en cuenta que incluso esos ámbitos están más caracterizados por las reapropiaciones y la heterogeneidad que por una difusión homogénea de esos valores.



La llegada de la democracia en la década de 1980 consolidó en el plano político y cultural un proceso de democratización alrededor de los principios de “libertad” y “autonomía” que se difundieron en la vida social de un modo nuevo sobre el escenario de la democracia política pero que se consolidaron en la vida cotidiana de modos aun poco analizados en conjunto: nuevas formas de organización familiar, movimientos que reivindicaban la igualdad de género, el multiculturalismo, nuevas sensibilidades estéticas vinculadas con el rock y nuevos modos de vida urbanos, terapéuticos, como las terapias alternativas, y religiosas, desde el pentecostalismo en el mundo popular a las nuevas espiritualidades entre los sectores educados. Estos cambios en la vida cotidiana fueron la contracara de un modelo económico de mercado, basado en el “ciudadano-consumidor” (Fridman, 2008), que se profundizó durante la dictadura militar (1976-1983) y que confluyeron en un tipo de individualismo asociado con la creatividad subjetiva, el emprendedorismo y la desconfianza a la autoridad jerárquica. El ciclo socio-cultural que se inició en 1983 garantizó libertades individuales en términos políticos y culturales que la década anterior profundizó en una versión estrictamente económica.

Contra la idea del sacrificio, marca tanto de una moral del esfuerzo y el mérito como de una generación abnegada por la transformación social y personal, surgían diferentes reivindicaciones del placer “aquí y ahora”. En las dos últimas décadas del siglo XX, los nuevos estilos de vida que llegaban tardíamente a Argentina como parte de una contracultura a destiempo, críticos de la jerarquía y el autoritarismo de los años de la dictadura, se masificaron, entraron en las relaciones cotidianas, en los medios de comunicación y en las instituciones. Por su parte, el consumo promovido por una economía expansiva luego de la crisis de 2001 consolidó un esquema de expectativas que se enmarcan en un proceso general vinculado con el individualismo hedonista, que si por un lado reivindica el modelo igualitario lo hace a partir de un ethos expresivo, estetizado y centrado en la experiencia personal como eje de la transformación. Las consignas del cambio en “uno mismo” como principio de la transformación colectiva no son un rasgo de posiciones conservadoras ni de proyectos emancipadores en sí mismos, sino que atraviesan por igual modos de subjetivación que, eventualmente, pueden llevar esos principios a usos conservadores o emancipadores según sea el caso.

Esta modalidad del individualismo contemporáneo constituye una constelación de valores sustantiva, ampliamente difundida en la sociedad y con particular fuerza en las generaciones más jóvenes. Según el censo de 2010 la mayor parte de la población argentina en edad de votar (aproximadamente el 65%) nació luego de la década de 1960 y entre ellos la gran mayoría lo hizo después de la década de 1970 (INDEC, 2010). Es decir, las trayectorias de una buena parte de la población, lejos de estar marcadas por el peronismo clásico, la revolución cultural de la década de 1960 e incluso por la última dictadura militar, están atravesadas por los imaginarios democráticos de la década de 1980, las tardías contraculturas locales, la liberalización económica del menemismo, las crisis inflacionarias, el derrumbe social y económico del 2001, el consumo popular durante los gobiernos kirchneristas y el reciente fallido experimento de Cambiemos.



La ofensa moral

Casi el 50% del electorado brasilero eligió a Jair Bolsonaro, un candidato inesperado en un orden político bombardeado por los ruralistas, las elites empresariales, el fundamentalismo religioso y un sistema de medios faccioso. El presidente de Brasil representa los elementos más conservadores de las sociedades contemporáneas: la xenofobia, el racismo y la homofobia. Pero esos elementos se montan sobre una apología del individuo como el locus de la propiedad y una defensa del “sentido común”. Es muy posible que el ejemplo del bolsonarismo sea incomparable con otras experiencias regionales; sin embargo, una mirada más cercana debería reconocer que hay un movimiento común en procesos políticos regionales. En Argentina, una parte del electorado votó democráticamente una opción conservadora institucionalmente legítima, como la Alianza Cambiemos, que si bien no aglutina exclusivamente corrientes de derecha confluyen allí posiciones liberales y liberal-conservadoras (Vommaro y Morresi, 2015; Vommaro, 2017a, 2017b). Más allá de ello, se percibe un movimiento regresivo y creciente en la esfera pública, pero también en la vida cotidiana, de apoyo a rígidas políticas de ajuste, endurecimiento del sistema represivo y el desprestigio a los derechos sociales y humanos. Desde hace tiempo se observa en la región un clima social que se manifiesta en los distintos contextos nacionales de diferente modo: un nuevo espacio de enunciación pública neo-conservadora capilar, que pide acción represiva, persigue la protesta social y cuestiona las identidades de género. ¿Cómo se explica esta nueva enunciación y prácticas políticas conservadoras? ¿Cómo una persona que hace poco tiempo defendía valores democráticos hoy puede defender, sin ningún conflicto, una política autoritaria?

Nos interesa reflexionar sobre cómo una mirada “desde abajo” podría ayudarnos a entender un proceso mayor de adhesión a valores y regímenes de subjetivación neoconservadores en amplias capas sociales, más allá de las asociaciones directas entre ese cambio cultural y las posibles adhesiones políticas y opciones electorales. Las interpretaciones habituales sobre la re-jerarquización social hacen hincapié en que esa deriva neoconservadora es estrictamente un fenómeno del campo político. También, que esa deriva tiene que ver con los medios de comunicación, por apoyo explícito u omisión. Ese argumento se entronca en uno más amplio: el crecimiento de las derechas es la contra-reacción a los llamados gobiernos progresistas o, en sentido más amplio, a un movimiento de ampliación de derechos de género, étnicos o minoritarios en general. Sin descuidar ninguna de esas razones (todas en cierta medida parte del problema), nos parece que hay algo mucho más sustancial y menos fácil de asir, que no está del todo puesto en el debate: la vida cotidiana, las mediaciones situadas, los modos de subjetivación y los procesos de cambio cultural recientes.

La violencia simbólica y real tiene un nuevo protagonismo cotidiano que se consolida en un sentimiento anti-pobre, anti-negro, anti-progresismo que emerge al pasar en interacciones cotidianas, en los medios de comunicación, y en los discursos públicos legitimados. Hay hechos significativos que emparentan los discursos de odio recientes en Argentina con otros contextos de América Latina.



Un primer ejemplo es la violencia política contra minorías étnicas amparada por el Estado. El conflicto en la Patagonia argentina por los territorios mapuches es de larga data, pero en los últimos años se ha visto profundizada por una opinión pública y un sentido común anti-indio ampliamente difundido. Es en este contexto que cobra relevancia la construcción de un problema público en torno a la muerte del activista Santiago Maldonado y el asesinato del manifestante mapuche Rafael Nahuel, ambos en contextos de represión gubernamental. Estos son sólo dos casos de un número público sobre violencia gubernamental que ha crecido en los últimos años en Argentina.

Por otro lado, ganan legitimidad pública emprendimientos políticos espectacularizados, como los de Javier Milei, un economista ultraliberal con fuerte presencia mediática y con un discurso profundamente autoritario y estigmatizante o los de grupos de jóvenes autodefinidos como “de derecha” que aglutinan estilos juveniles anti-sistema, coleccionan cientos de miles de seguidores en redes sociales y configuran una sensibilidad en torno referentes de una derecha “pop” a nivel regional. Ejemplos de ello son la guatemalteca Gloria Álvarez, conferencista y escritora identificada como libertaria que desarrolla una campaña contra el “progresismo” en la región, y los argentinos Agustín Laje y Nicolás Márquez, que han escrito un *best seller* político, *El libro negro de la nueva izquierda*, una intervención contra las políticas redistributivas, la “ideología de género” y a favor de las políticas represivas, con amplia repercusión incluso más allá de Argentina. Como señalan Goldentul y Saferstein (2020), en un artículo pionero sobre seguidores de este fenómeno editorial-político, en torno suyo se construye toda una sensibilidad vinculada con la disidencia anti-sistema que combina el desafío a la autoridad, la idea de autonomía personal y un sentimiento anti-político de frustración con los principios democráticos.

Finalmente, un polo de consolidación de los discursos conservadores se ha dado en Argentina en torno al debate sobre la legalización del aborto y, en un sentido más amplio, alrededor de los avances en las políticas de género, como el matrimonio igualitario, y la incorporación de una agenda feminista a la gestión pública. Durante el debate que se dio en el Congreso Nacional por la ley de despenalización del aborto en 2018 se consolidó un movimiento pro-vida que agrupa sensibilidades políticas muy heterogéneas. Entre ellas, emergieron voces públicas que explícitamente se identifican con posiciones conservadoras. Una de ellas es la médica Chinda Brandolino, activista católica conservadora, vinculada con organizaciones y medios de derecha que se ha convertido en referente de los movimientos pro-vida. Brandolino es ejemplo también de toda una sensibilidad conspirativa que acusa al comunismo y a George Soros de planes de eugenesia y esterilización obligatoria para la región. Su relevancia pública tal vez sea relativa, pero su legitimidad en determinados espacios sin dudas puede ser sintomática de un sentido común que encuentra en ella un nuevo referente.

¿Qué ocurrió en las últimas décadas para que esos valores se pongan en acción, colonicen el discurso y la práctica cotidiana, política y mediática a un nivel explícito novedoso? Pensar el autoritarismo implica atender muy especialmente a los sistemas morales en acción, sus formas de imaginar, desear y producir relaciones sociales en sus propios términos y no remitirlos a causas externas como el “Estado”, el “sistema político” o los “medios”. Tal vez cada uno de esos actos no sea una reacción automática anti-derechos



sociales, anti-derechos de género, anti-progresismo. Lo es en un nivel evidente, pero sus causas no se explican por una metafísica ideológica conservadora históricamente opuesta a la emancipación y la libertad. En todo caso, un análisis de esas manifestaciones puede señalar la presencia del sentimiento anti-progresismo, anti-igualdad de género, anti-feminismo, anti-pobres, anti-negros; sin embargo, ello no explica, por qué ahora, por qué en esta intensidad, por qué produce adhesión en personas que no son ideólogos conservadores y que hace sólo algunos años podrían haber apoyado causas contrarias.

Las escenas del neo-autoritarismo cotidiano son ritualizaciones de un modo muy contemporáneo de sentirse ofendido. Son parte de una relación moral situada, heredera de la historia reciente y de sus modos de subjetivación. El anti-progresismo es resultado de un sentimiento de frustración que es consecuencia de una ofensa moral. Pero ¿cuáles son los valores que se sienten ofendidos para producir ese enojo? Nuestra hipótesis es que justamente el individualismo hedonista es la base de esa ofensa moral.

Quien se ve ofendido, se siente vulnerado y reacciona pidiendo orden. Ese fue, por ejemplo, el análisis clásico del concepto de “pánico moral”; es decir, una economía de valores que se siente ofendida por una situación novedosa, vivida como amenaza. El paradigma de ese análisis fue llevado a cabo por Cohen (1980), al describir la paranoia social y mediática frente a la “violencia juvenil”, que la mirada conservadora de la cultura dominante británica de la década de 1960 identificaba con nuevos estilos de vida juveniles. El pánico moral se basa entonces, en una ofensa que proyecta la causa de la amenaza en diferentes factores imaginarios: los jóvenes y el comunismo, en el modelo clásico; o la ideología de género y el populismo hoy. Pero esa ofensa es el agravio de un modelo moral que, si en la década de 1960 podía asociarse con los valores tradicionales, hoy parecería estar más cerca de los principios del desarrollo personal y el despliegue del yo. Esa es una de las versiones de la moral individualista que se consolidó con la promoción de una cultura del consumo, como parte de un proceso más amplio de las últimas décadas y que se vio exacerbada por los gobiernos “progresistas”. Al mismo tiempo, esa moral es heredera de los nuevos hedonismos y nuevas formas de cuidado de uno mismo. Es posible que el individualismo ganado a costa de políticas de desarrollo y consumo interno sea un artefacto ambivalente. Por un lado, es el fundamento moral de los valores de autonomía que moviliza el igualitarismo emancipatorio. Por otro, el que consolida una moral del derecho propio y que se siente ofendida por promesas incumplidas de autonomía y empoderamiento por el estancamiento económico, la corrupción y la inseguridad cotidiana. Es factible conjeturar que la crisis, la corrupción y la violencia cotidiana no son nuevas, pero no siempre estuvieron confrontadas con subjetividades fraguadas por el individualismo de mercado cultivado en las últimas décadas.

Mirar el conservadurismo contemporáneo más allá de ideologías galvanizadas y organizaciones institucionales nos permite localizar esos procesos en el marco más general del individualismo contemporáneo y desmarcar a las nuevas derechas de la imagen clásica y unidimensional anclada con la jerarquía y la tradición. Al mismo tiempo, la economía moral de una ofensa que genera pánico moral contra la igualdad de género, el populismo y el supuesto caos producido por políticas distributivas, nos



permite identificar un contexto muy específico de tensión y frustración por la imposibilidad de cumplir las expectativas de despliegue de los valores de un individualismo hedonista. Para el caso brasilero, Pinheiro Machado y Mury Scalco (2018) mostraron los apoyos juveniles a Bolsonaro en sectores populares de Porto Alegre a partir de un análisis sobre los estilos de vida centrados en un yo estetizado, que era consecuencia del contexto de ampliación del consumo promovido por los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT). Lo interesante de su análisis es que muestran el sentimiento de frustración y de ofensa moral como la base de una opción anti-sistema entre jóvenes que no eran fascistas convencidos y quienes incluso habían apoyado al PT en el pasado. En un sentido similar, entendemos que es ese individualismo la base de la ofensa moral que lleva a un giro conservador y al desarrollo de pánicos morales contra el “progresismo”. En lo que sigue, nos referiremos brevemente a un proceso simultáneo de esta corriente del individualismo contemporáneo vinculado con la desconfianza generalizada y la construcción de teorías conspirativas que se articulan con el giro conservador.

El lenguaje de la desconfianza

La pandemia de COVID-19 parece haber profundizado algunos de los discursos de desconfianza que existen en la sociedad en general como parte de procesos de crisis de los modelos más clásicos de legitimidad de las instituciones, articulándose eventualmente con discursos cercanos al giro conservador. Una serie de intelectuales cercanos a posiciones liberal-conservadoras publicaron una solicitada denominando “infectadura” al gobierno de Alberto Fernández y reivindicando la “libertad” contra la política de asilamiento obligatorio. Durante 2020, en el pico de los contagios, organizaron una serie de manifestaciones. Allí se podía encontrar un conjunto heterogéneo de activistas identificados como anti-populistas, defensores de la República, conviviendo con grupos ecologistas, activistas contra el fracking y la vacunación obligatoria, y también afectados por las políticas de aislamiento. El tono anti-sistema de los manifestantes se podía leer en sus gritos y sus carteles: “infectadura”, “abajo la falsa pandemia”, “liberen el dióxido de cloro”, “Milei presidente”, “contra el fracking y la vacunación irrestricta”, frases que reverberaron durante todo el 2020 en las redes sociales, arrastrando una ola de desconfianza en el aislamiento y en las recomendaciones científicas de epidemiólogos y médicos.

La desconfianza en los datos científicos y los discursos conspirativos se han consolidado como otro de los rasgos propios de los nuevos conservadurismos. Los llamados negacionismos han sido siempre parte de procesos políticos y cognitivos aunque no sean procesos novedosos. Pero sí ocupan un lugar inesperado en el espacio público, en tanto expresiones que asumen una mirada totalizante, paranoica y montada en la teoría del complot. En Argentina la crítica a los laboratorios que desarrollan las vacunas contra el COVID-19 y a los sistemas de vacunación obligatoria presentan un apoyo relativo con fuerte visibilidad en los últimos años y, si bien sus defensores pertenecen a espacios diversos, muchas veces confluyen con



influencers neoconservadores o líderes de opinión “alternativos” del universo de las llamadas nuevas derechas, como la ya mencionada Chinda Brandolino³¹.

¿Cuál es la relación entre la desconfianza en los criterios de evidencia y el individualismo hedonista? Entendemos que es justamente ese aspecto el que funciona como un fundamento moral contra la política de aislamiento social obligatorio y las medidas radicales tomadas a partir de la pandemia, que son interpretadas como una amenaza a las libertades individuales y como una ofensa moral a sus valores más sagrados. La defensa épica de la República en el discurso conservador contemporáneo es acompañada por sensibilidades mucho más radicales e ideológicamente articuladas como las de jóvenes identificados con el hiperindividualismo y la tendencia libertaria, que suelen articular un sentimiento anti-sistema, una estética rebelde y una reivindicación de la libertad individual como solución a todos los problemas. Con fuerte presencia en redes, esta sensibilidad se acomoda bien a los reclamos anti-populistas más convencionales, desplegando un liberalismo-conservador en su rechazo explícito o por omisión de valores básicos como la vida. Es en ese descuido por la vida común que tal vez se encuentre el marcador más evidente de la nueva derecha, que renuncia al proyecto civilizatorio de reconocimiento de los Otros que incluso fue parte de las corrientes que confluyeron en liberalismo clásico.

En simultáneo, buena parte de las reivindicaciones de un conocimiento alternativo o del rechazo explícito de los datos científicos desplegados por médicos, epidemiólogos y recomendaciones avaladas por instituciones como la Organización Mundial de la Salud (OMS) se basan en la propia experiencia como fundamento de creencia. Este aspecto muestra hasta qué punto la confianza en saberes legitimados por instituciones o saberes técnicos han perdido legitimidad frente al argumento de la experiencia personal o la perspectiva del entorno como fundamento último: si no fue visto o experimentado no existe. El argumento basado en la sensación individual por sobre la evidencia científica avalada por organizaciones y saberes especializados muestra también un proceso de democratización del conocimiento que, vía redes sociales digitales y una crisis de la autoridad científica, desdibuja la jerarquía entre el dato, su interpretación y la opinión.

Esa desconfianza social se encuentra íntimamente asociada con modos contemporáneos de circulación del conocimiento y su consecuencia directa: la proliferación de teorías conspirativas. Los análisis habituales sobre este tipo de fenómeno muchas veces toman sus consecuencias sin indagar en sus causas. Entender esas posiciones como falta de racionalidad, desviación normativa, el resultado de la ignorancia o una “falta cognitiva” a ser remediada con más y mejor información, dan por sentado que el problema es únicamente el del acceso a información fidedigna. Esas perspectivas corren el riesgo de no asumir el fundamento ontológico que la sustenta y por lo tanto la fuerza de realidad que ese tipo de miradas adquieren. En cambio, entenderlas en sus propios términos y considerarlas como parte de un proceso más amplio vinculado con individualismo centrado en la experiencia subjetiva como una dimensión

³¹ La organización de origen europeo “Médicos por la Verdad” o la local “Epidemiólogos Argentinos” son dos de las más activas en la difusión de lo que ellos entienden como modelos alternativos de evidencia y en desplegar miradas de desconfianza sobre los datos de la OMS y el Ministerio de Salud de la Nación.



fundamental permitiría poner en perspectiva las ideas del acceso a la información y el foco en los modos de subjetivación que atraviesan por igual los discursos de odio y el lenguaje de la desconfianza en la evidencia científica.

Conclusiones

Acabamos de subrayar que el clima político asociado con un giro conservador no es solo un problema de opciones políticas o discursos de ideológicos sistemáticos encarnados en intelectuales, sino además una nueva sensibilidad cotidiana. Contra la idea de que esa dimensión de lo cotidiano es solo una práctica heterogénea sin sistematicidad, insistimos en que existen regularidades ordenadas a partir de una lógica individualista como plano ontológico de fondo que nos permite leer transversalmente una corriente centrada en el consumo, el trabajo con uno mismo y el desarrollo personal que se ha consolidado en las últimas décadas y que responde a procesos históricos más generales vinculados tanto a los procesos de democratización como de mercantilización de la vida. Por lo tanto, más que una continuidad con las ideologías jerárquicas y los modos de vida llamados tradicionales, el autoritarismo cotidiano contemporáneo es una deriva del propio individualismo. La indignación moral por “mantener vagos”, “dilapidar el presupuesto”, la “corrupción” o el “totalitarismo de género” tal vez pueda entenderse indagando más en esa subjetividad centrada en el esfuerzo, la propiedad de uno mismo y la apología anti-intelectual del “sentido común” que identificamos como un individualismo autoritario. Esa misma ofensa es lo que podría explicar, en sus versiones más extremas, la intolerancia y la deshumanización del Otro.

En lugar de explicar el autoritarismo emergente como un efecto de las elites políticas o los medios, sería bueno indagar en las mediaciones que conectan estas subjetividades con aquellos espacios y entenderlos en conjunto. El objetivo de este ensayo fue reivindicar que una mirada sobre el giro conservador “desde abajo” nos permitiría también pensar, por lo menos dos cuestiones. En primer lugar, escapar a la razón del sentido común que habitualmente considera un orden binario en donde existe un campo homogéneo que, al identificarse con discursos de odio, deviene automáticamente conservador como una identidad galvanizada de extrema derecha y sobre la cual es imposible incidir. En segundo lugar, considerar a las adhesiones políticas y los discursos de odio no únicamente como una ideología dada, sino como resultado de procesos y prácticas situadas que son el resultado de ofensas morales. En este caso, entendemos que la crisis de expectativas que produce buena parte de las reacciones de indignación y decepción se basa en un individualismo hedonista que se ve vulnerado y quiere ser restituido como una moral de autoafirmación personal en opciones anti-sistema y en proyectos alternativos.

Al mismo tiempo, este trabajo reflexionó sobre cómo el individualismo autoritario es parte de un proceso de falta de certeza sistémica, que habilita muchas de las teorías conspirativas y los escepticismos científicos contemporáneos, con fuerte visibilidad en el contexto de la pandemia del COVID-19. Atender a un tipo de ontología individualista exacerbada como un régimen de subjetivación general, nos permite conectar los discursos de desapego a los valores democráticos igualitarios y de reconocimiento del Otro



con el escepticismo en criterios de objetividad basados en la evidencia científica comprobada. La trama que recorre ambos regímenes de confianza se ve vulnerada por un tipo de individualismo que promueve más la confianza en la experiencia subjetiva y los criterios de verdad del entorno, que en razones ancladas en saberes certificados.

Profundizar este tipo de análisis podría ser solo un ejercicio teórico-metodológico, pero entendemos que ello es también un ejercicio político. Se trataría de un error estratégico leer el giro conservador como la consolidación de un bloque ideológico homogéneo, identidades firmes y restringirlo a espacios institucionales. Entender la porosidad, la complementariedad y los tránsitos en las adhesiones a discursos de odio y el mecanismo de ofensa moral que sobrevuela al individualismo contemporáneo tal vez pueda mejorar las condiciones de diálogo y las posibilidades de ofrecer discursos alternativos.

Bibliografía

- Cohen, S. (1980) [1972]. *Folk Devils and Moral Panics: the Creation of the Mods and Rockers*. Oxford: Martin Robertson.
- Da Matta, R. (1979). *Carnavais, malandros e heróis: para uma sociologia do dilema brasileiro*. Río de Janeiro: Zahar.
- Duarte, L. F. D. (1986). *Da vida nervosa nas classes trabalhadoras urbanas*. Río de Janeiro: Zahar/CNPq.
- Duarte, L. F. D. (2017). O Valor dos valores: Louis Dumont na antropologia contemporânea. *Sociologia & Antropologia*, 7 (3), 375-772.
- Dumont, L. (1987a). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dumont, L. (1987b). El valor en los modernos y en los otros. En *Ensayos sobre el individualismo* (pp. 239-276). Madrid: Alianza Editorial.
- Dumont, L. (1987c). La enfermedad totalitaria. En *Ensayos sobre el individualismo* (pp. 157-187). Madrid: Alianza Editorial.
- Fridman, D. (2008). La creación de los consumidores en la última dictadura argentina. *Papeles de Investigación del CECyP*, 14, 71-92.
- Giordano, V. (2014). ¿Qué hay de nuevo en las “Nuevas derechas”? *Nueva Sociedad*, 254, 46-56.
- Giordano, V. y Soler, L. (2016). Editoriales, think-tanks y política. La producción y circulación de las ideas de las nuevas derechas en Argentina. *Revista Paraguaya de Sociología*, 147, 35-51.
- Giordano, V., Soler, L. y Saferstein, E. (2017). Las derechas y sus raros peinados nuevos. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 30, 171-191.
- Goldentul, A. y Saferstein, E. (2020). Los jóvenes lectores de la derecha argentina. Un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez. *Cuaderno del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, 112, 113-131.



INDEC. (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-CensoNacional-3-999-Censo-2010>

O'Donnell, G. (1984). *¿Y a mí, que me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil* (Documento de Trabajo Nº 9). Notre Dame: Kellogg Institute- University of Notre Dame. Recuperado de: https://kellogg.nd.edu/sites/default/files/old_files/documents/009_0.pdf

Morresi, S. (2010). El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional. *Sociohistórica*, 7, 103-135.

Pinheiro-Machado, R. y Mury Scalco, L. (2018). Da esperança ao ódio: a juventude periférica bolsonarista. *Cadernos IUHideas*, 278 (16).

Vicente, M. (2015). *De la refundación al ocaso. Los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura*. La Plata: FaHCE/UNGS.

Vommaro, G. y Morresi, S. (Eds.). (2015). *Hagamos equipo. PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Vommaro, G. (2017a). *La larga marcha de Cambiemos: la construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Vommaro, G. (2017b). La centroderecha y el “cambio cultural” argentino. *Nueva Sociedad*, 270, 4-13.



**¿DÓNDE ESTÁ LA LITERATURA
LATINOAMERICANA? APUNTES
SOBRE CENTROS Y PERIFERIAS EN
LA CIRCULACIÓN INTERNACIONAL
DE LA LITERATURA**
María Belén Riveiro

115



¿DÓNDE ESTÁ LA LITERATURA LATINOAMERICANA? APUNTES SOBRE CENTROS Y PERIFERIAS EN LA CIRCULACIÓN INTERNACIONAL DE LA LITERATURA

María Belén Riveiro³²

Del boom de la literatura latinoamericana de los años sesenta a la literatura de latinxs de fines del siglo XX y comienzos del XXI hasta los estudios latinoamericanos que suelen proliferar en las universidades estadounidenses y que parecen centrarse en la búsqueda por una noción esencial y esencialmente exótica de lo latinoamericano, es posible identificar diversos sentidos en juego así como distintos modos de abordar y de formular preguntas en torno la literatura latinoamericana.

El presente texto no busca responder interrogantes sino poder formular preguntas vitales en torno a la literatura en América Latina a partir de sus condiciones de producción y circulación internacional. ¿Dónde podemos encontrar, en el presente, una literatura que reivindique su identidad latinoamericana y que esté unida por sus particulares condiciones de producción? ¿Hay aspectos que la caracterizan además de las condiciones de producción periféricas? ¿Se definen en relación con algún centro? ¿Cómo se ejercen estas autoridades? ¿Existen cuestiones que exceden lo literario que las acercan? ¿Cómo, a partir de estas identidades, entra en las discusiones de la literatura mundial la literatura latinoamericana? ¿Qué disrupciones se habilitan?

Este tipo de preguntas parecieran perder relevancia si se parte de la abolición de los centros y las periferias en el ámbito de la producción literaria como cuando se afirma la democratización de estos espacios, proceso fundamentado ya sea en una habilitación por avances tecnológicos, en la consolidación de un clima de época que inhabilita la constitución de voces de autoridad o en la valoración en sí misma de cada una de las zonas de producción literaria.

El espacio literario argentino no escapa a estas miradas. “Ese lugar vacío es imposible de ocupar” afirma Beatriz Sarlo (2015: 41) en referencia a la centralidad que en el pasado detenta Jorge Luis Borges en el campo literario argentino. En sintonía con Josefina Ludmer, que afirma que el sistema literario “no tiene centro ni periferia ni arriba ni abajo porque es un sistema hecho de tiempos y de visibilidades” (Ludmer, 2010: 89), y con Andrea Giunta, quien acuerda con el anacronismo de pensar en términos de centros y periferias lo que invisibiliza la innovación y “las contribuciones a la imaginación artística” que se pueden identificar “de forma simultánea y situada en distintas ciudades del mundo” (Giunta, 2020: 12), Sarlo propone que para fines del siglo XX “no hay dios ni fuera ni dentro del espacio artístico que nos entregue el libro donde estén escritos los valores del arte” (1994: 83). Si bien, los filósofos, moralistas, escritores, artistas (figuras que traspasan las fronteras de sus oficios) “se sintieron héroes, guías, legisladores” y “pensaron que podían dirigirse a la sociedad y (...) que podían ser escuchados” (Sarlo, 1994: 94) viven la

³² Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires) - Conicet



clausura del momento en que efectivamente los escuchan, respetan y consultan. En estas “condiciones de comunicación y verosimilitud de la cultura” los artistas “sospechan de todo relato histórico (...) gobernado por una Verdad (de clase o nación) homogénea” (García Canclini, 1992: 346).

Cuando Sarlo piensa en los escritores “post-borgeanos” (2015: 39), entre ellos, identifica a César Aira³³ y afirma que “no ocupa el lugar del Gran Escritor, al que se ha resistido de manera estratégica” (Sarlo, 2015: 41). Más allá de las intenciones del propio Aira, es un hecho que a fines de siglo XX las centralidades y autoridades tradicionales se erosionan y el campo literario no queda exento de estos fenómenos. Sin embargo, en otro lugar hipotetizo que no por ello dejan de existir jerarquías y disputas (Riveiro, 2020). Para el caso de Aira rastreo indicadores convencionales de prestigio que indican una creciente centralidad durante estos años cuando justamente se decreta el fin de las centralidades: Aira recibe premios, sus libros se traducen a numerosos idiomas, tiene un lugar central en editoriales, cuenta con amplia recepción en la academia y en publicaciones periódicas como revistas literarias y suplementos culturales de diarios. El caso de Aira se vuelve especialmente pertinente para preguntarse por los modos de producción literaria, por la constitución de centralidades y por los espacios habilitados para los escritores. Sin embargo, para hipotetizar la constitución de un centro del campo literario resulta necesario elaborar otros fundamentos, además de los anteriores, dado que la consagración no es un fenómeno simple de aprehender (Boschetti, 2014), sobre todo en un campo literario con instituciones y autoridades débiles y fluctuantes como el de Buenos Aires (Sigal, 1991; Rubinich, 2012). En consecuencia, reconstruyo los efectos de Aira en el campo literario y hallo que ocupa una posición central. Propongo que Aira detenta una centralidad que no es tradicional sino que adquiere una forma atípica³⁴. La hipótesis de la centralidad descentrada se fundamenta al pensar sus rupturas dentro de los límites del juego del campo literario³⁵. Cortes que se insertan dentro de sus límites y que, sobre todo en un contexto en el que rige la incertidumbre, como el del fin de siglo, reafirman la *illusio* que lo funda.

Aira desafía las reglas del campo. En primer lugar, se distancia de las posiciones disponibles en el campo como la figura de escritor comprometido o la del escritor vanguardista que comparten un rasgo del patrón romántico del escritor que, más allá de su propuesta, se erige como voz de autoridad. Aira afirma “yo nunca usaría la literatura para pasar por una buena persona” (Aira, 1982: 2) dado que el único compromiso que postula es con la literatura, aunque éste carece de rigor. “El umbral es el amor a la literatura (no hablo de respeto, porque la literatura es tan grande y soberana que ni siquiera hay que

³³ César Aira es un escritor argentino nacido en 1949 en Coronel Pringles, al sur de la provincia de Buenos Aires, quien, desde 1981 publica ensayos, obras de teatro y, en su mayoría, novelas.

³⁴ Esta es la hipótesis que guía mi tesis doctoral (Riveiro, 2020).

³⁵ De manera homóloga a este tipo de centralidad aparece uno de los recursos que se multiplican en su obra: las construcciones adversativas que Ricardo Straface denomina “sí, pero no” (1998: 51). Con ello se refiere a construcciones como “Curiosamente, Lu parecía a la vez más joven y más viejo” (Aira, 1987: 38), “En aquel entonces el chiste era nuevo. Me dirán que ese chiste siempre fue viejo. De acuerdo, pero aun así era nuevo (Aira, 1995: 21-22) o “Es por eso que todo acercamiento será al mismo tiempo un alejamiento” (Aira, 2014: 30). Sylvia Saítta, en sus años de estudiante y becaria de investigación, identifica este “juego de inversión” de manera temprana en una reseña de *Una novela china* (Javier Vergara, 1987) publicada en la revista *Los días del viaje*. “El principio constructivo del texto” es una “estructura oracional” que “juega permanentemente con la afirmación y la negación simultánea: el texto se dice y se desdice” (Saítta, 1988: 47). El efecto es de “incertidumbre donde todo es de un modo pero podría no serlo” (Saítta, 1988: 47). Saítta encuentra en esta “imposibilidad de asir” la realidad y en la “lectura desestabilizante” la belleza del texto (1988: 47).



respetarla), por más que eso nos lleve lejos de nuestros deberes sociales y morales. Es preferible volverse un payaso” (Aira, 1982: 3) propone Aira en 1982 en la primera entrevista que otorga como escritor publicada en la revista *Pie de página*.

En segundo lugar, en la tradición literaria que construye Aira también resalta estas ambivalencias. Arma una tradición con escritores marginales como Osvaldo Lamborghini y Copi quienes, también, suelen caer dentro de la categoría de lo inclasificable. En tercer lugar, identifico que Aira tiene una práctica editorial peculiar. Por un lado, parece no tensar de ninguna manera la lógica del mercado dada su presencia multiplicada allí. Pero, por el otro lado, esta presencia es descentrada por su acelerado ritmo de publicación (para 2018 su obra supera los cien títulos), su presencia simultánea y multiplicada en editoriales de características heterogéneas y por la imposibilidad de identificarlo con un editor en particular (como suele suceder en los momentos de consagración de las trayectorias de escritores) lo que, a su vez, contrasta con la imagen de escritor oculto que él mismo construye³⁶. Si bien su mito indica que es un escritor ajeno a las instancias públicas de la literatura, su presencia en el mercado es múltiple. A esto se suma la atención que recibe de la crítica académica y de la universidad. Aira tiene una presencia multiplicada en el mercado y, a la vez, en la academia. Dos zonas que parecen polos con lógicas antagónicas.

Ello lleva al cuarto y último elemento con el que reconstruir su centralidad, la recepción de la crítica. Si bien para fines de los noventa y a partir del siglo XXI, la mirada es consagradoria, se lo sigue considerando un autor inasible que desafía los criterios de la crítica como cuando parece hacer convivir elementos excluyentes como la sofisticación literaria y la trivialidad que, en su extremo, lleva a una pregunta que se hacen algunas reseñas: ¿es o se hace? Una de las miradas en torno a la literatura de Aira que se consolida es la introducida a partir de la renovación que trajo *Babel. Revista de libros* en parte con las nuevas teorías que introducen como la de Derrida “del placer de la escritura” (Bosteels y Rodríguez Carranza, 1997: 126). Frente a un diagnóstico que algunos leen con angustia acerca de que “la literatura no hace tornar las ruedas de la historia y que por lo tanto, la palabra se vuelve un eco sin trascendencia extraliteraria, sin función fuera de su propia esfera y aún dudosamente dentro de ella misma”, *Babel* propone “la liberadora sensación del despojado que apuesta sus magras posesiones a la ‘escritura’” (Patiño, 2006).

De no existir las jerarquías entre las distintas zonas de los circuitos literarios internacionales, podríamos encontrar la literatura de Aira en el espacio transnacional sin mediaciones; sobre todo si se tiene en cuenta la centralidad que gana en el ámbito nacional. Sin embargo, existen lógicas que dan cuenta de relaciones desiguales que dieron forma a los modos en que circula internacionalmente la literatura de Aira. Contar con un análisis sobre los sentidos en torno a su obra en el espacio nacional, sobre su trayectoria editorial y sobre su posición dentro del campo de Buenos Aires constituye una gran

³⁶ “Soy extraordinariamente silencioso” (Aira, 1991: 3) afirma. Esta figura se instala de manera fuerte y se lee toda su trayectoria, de manera retrospectiva, a partir de ella. Tanto es así que, en agosto de 2001 la revista *Noticias* publica una entrevista a Aira y la presenta exagerando el primer punto: “Por primera vez en diez años, César Aira se deja entrevistar” (Aira, 2001b: 51). Meses después, la revista *3 puntos*, haciendo caso omiso a la reciente primicia de *Noticias*, anuncia una entrevista a Aira como un caso excepcional que para conseguirla “hay que hacer 13.000 kilómetros” (Aira, 2001c: 62) dado que se realiza en Francia con motivo de la presentación de la traducción de *Un episodio en la vida del pintor viajero*.



oportunidad para observar, en clave comparativa, la internacionalización de su obra y de su figura. Es así como los sentidos en torno a lo latinoamericano adquieren un lugar central, a veces como clave de legibilidad, otras como categoría ordenadora o incluso como elemento legitimador. También lo latinoamericano se despliega como espacio de circulación editorial que rompe con formas dominantes de producir libros, como veremos.

A diferencia de los modos en que Aira se presenta en público y de la manera en que se consolida la lectura de la crítica en Argentina, cuando se lo traduce se lo enmarca en ciertos sentidos instalados de la literatura latinoamericana. En repetidas ocasiones Aira se desmarca de autores identificados en el circuito internacional con la literatura latinoamericana como Juan Rulfo, Julio Cortázar o Roberto Bolaño (Alfieri, 2004; Gallego Díaz, 2010; Tallón, 2016). Incluso cuando escribe el *Diccionario de autores latinoamericanos* (2001a) Aira se restringe a una noción de América Latina meramente descriptiva para exponer una delimitación rigurosa y atenta a sus limitaciones: “en cuanto al adjetivo de ‘latinoamericanos’, se refiere exclusivamente a la presencia de autores brasileños, ya que no he tenido oportunidad de cultivar las letras no hispánicas del Caribe y las Guayanas, ignorancia que extendiendo a las lenguas indígenas” (Aira, 2001a: 7). En este libro, sobre otra de las figuras centrales de la literatura latinoamericana en el plano internacional, Gabriel García Márquez, Aira escribe que su *La Mala Hora* “es un relato seco, con muy discretos atisbos surrealistas, de lectura agradable pese a un asomo de ‘latinoamericanismo’ programático, el exceso de personajes, y a su intención en última instancia alegórica” (2001a: 232). Sin embargo, cuando se lo traduce, estas presencias son innegables. Cuando la editorial estadounidense New Directions traduce por primera vez un título de Aira lo introduce con un prefacio de Bolaño. En una de las tapas de la traducción alemana de *Cómo me hice monja* se cita una crítica que lo califica a Aira de un “Márquez en LSD”.

En contraste con el ritmo de edición y la heterogeneidad de editoriales con que Aira publica sus libros en Argentina, en el extranjero sus títulos suelen concentrarse en unas pocas editoriales. New Directions publica sus libros en Estados Unidos; Random House Mondadori, en España; Era, en México; para mencionar algunos. El ritmo de la circulación internacional y de la traducción también es relevante para pensar las mediaciones y vínculos puestos en juego en la circulación internacional de la literatura. La primera traducción de títulos de Aira data de 1988³⁷ y hasta 2002 se registran 13 traducciones. En los siguientes 14 años el número supera el centenar. 2003 es un año significativo dado que es cuando Aira comienza a trabajar con un agente literario, un mediador clave en la habilitación de la circulación internacional de la literatura. La mediación de un agente literario también podría explicar la edición de libros en Estados Unidos. En 2006 por primera vez uno de sus títulos ingresa al catálogo de una editorial estadounidense (*Episode in the Life of a Landscape Painter*, New Directions). El ingreso tardío al mercado editorial estadounidense, en comparación con otros países como Francia, Italia, Alemania y Brasil, da

³⁷ La primera traducción de un título de Aira es una traducción al francés. En abril de 1986, Ada Korn editora firma un contrato con la editorial francesa Les Lettres Nouvelles de Maurice Nadeau en la que cede los derechos de traducción al francés de *El vestido rosa* y *Las ovejas*, libro de Aira que había publicado dos años antes. *La robe rose* y *Les brebis* se publica en 1988 en Francia.



cuenta de jerarquías entre los campos nacionales y entre los idiomas. Además, para comienzos del siglo XXI los libros de Aira se comienzan a reeditar en editoriales de España y México. Estos campos editoriales de España y en México parecen actuar como trampolines (Szpilbarg, 2019) para la internacionalización de una literatura en castellano.

En contraste con este panorama, los títulos de Aira se reeditan y circulan por fuera de Argentina, de un modo más similar que allí, en otros países latinoamericanos. Mientras que, desde los años noventa, los estudiosos identifican una creciente presencia de los grandes grupos económicos en la industria editorial todo a lo largo de América Latina a través de la creación de filiales o la absorción de editoriales existentes que pasan a ser filiales de la empresa matriz, la producción editorial se vio signada por la construcción de colecciones de literatura nacional que no circulan por fuera del país lo que lleva a la fragmentación del mercado latinoamericano e hispanoamericano y a literaturas nacionales desconocidas entre sí (Botto, [2006] 2014; Vanoli, 2009; Saferstein, 2013).

La reconstrucción de la trayectoria editorial de Aira en América Latina permite identificar una circulación de la literatura que une distintos puntos latinoamericanos y que rompe con la lógica dominante de las editoriales que forman parte de los grandes grupos empresariales, espacio del que también participa Aira³⁸. Numerosas de sus reediciones y primeras ediciones aparecen en pequeñas editoriales de capitales nacionales y con estructuras pequeñas³⁹. Este circuito es semejante al que Jorge Locane (2019) denomina como literatura latinoamericana en tanto literatura local que se define por compartir las condiciones materiales de producción que lleva a la proliferación de editoriales alternativas y disidentes con canales de difusión autogestionados y que definen identidades microterritoriales. Este tipo de producción de libro comprime la cadena productiva y favorece una literatura de menor extensión, sobre todo de poesía. El acento en la creatividad se expresa tanto en la materialidad del libro como en la experimentación literaria. Esto hace que este tipo de obras contrasten con aquella “literatura latinoamericana” producida por editoriales y mediadores concentrados de “la metrópoli” (Locane, 2019: 72), Europa y en particular España. Ejemplos de esta literatura cuyo respeto de la pauta de traductibilidad y la ausencia de riesgo formal son, para Locane (2019), las novelas del boom latinoamericano de los años sesenta y la literatura cosmopolita de los años noventa. Se trata de un éxito fundado en la función comunicativa o referencial del texto más allá de su contenido.

Si bien la dimensión de la internacionalización y la mediación de las editoriales y agentes literarios así como las distintas condiciones materiales son dimensiones centrales para pensar tanto la literatura del boom como la identificada con los escritores vinculados con la así denominada generación de McOndo⁴⁰, sus orígenes y condiciones de producción no se reducen a ello. La identidad latinoamericana del boom se basa en redes intelectuales y movimientos políticos y sociales que exceden una apuesta editorial. Se trata

³⁸ En 2011 la editorial Emecé crea la Biblioteca César Aira al igual que lo hace Literatura Random House en 2015, ambas dedicadas a reeditar y a incluir nuevas ediciones de títulos de Aira.

³⁹ Trazo un mapa de estas ediciones en la ponencia para el cuarto congreso *Fazer livro. Pensar edição*. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=iYs2Xrxp6-0&t=11s>

⁴⁰ La categoría aparece por primera vez en un libro de Alberto Fuguet, quien escribe una especie de introducción del grupo en una antología titulada *McOndo* publicada por Mondadori en 1996 en Barcelona.



de un fenómeno editorial que desborda al público restringido y accede al público general constituyéndose en un éxito de mercado. Y a la vez su objetivo es definir el programa de una nueva literatura con ambición universalista que desafíe el papel designado a Latinoamérica en la división internacional del trabajo artístico para formar parte de las “grandes” literaturas del mundo. Se pone en disputa la división internacional de procedimientos literarios que relega a América Latina a la literatura regionalista (Gilman, 2003).

Del mismo modo el grupo de escritores identificado como la generación de McOndo, que comparten haber nacido en los años sesenta y coinciden en distintas antologías, encuentran un sentido en responder a la definición de lo latinoamericano que identifican como una producción de los departamentos dedicados a la literatura latinoamericana de universidades estadounidenses. Desde allí la noción de literatura latinoamericana está estrechamente ligada con el boom latinoamericano y el realismo mágico. Los escritores relatan el esfuerzo de contactar a sus pares dado que las redes otrora existentes ahora encuentran su nudo en España mientras que los mercados nacionales están aislados unos de los otros, como mencionamos antes. Esta apuesta, si bien apoyada por los centros editoriales, es disruptiva frente a ciertos sentidos comunes sobre la literatura latinoamericana. “Los cuentos de McOndo se centran en realidades individuales y privadas. Suponemos que ésta es una de las herencias de la fiebre privatizadora mundial”, afirman Fuguet y Gómez (1996: 13)⁴¹.

Como venimos rastreando pensar en la literatura latinoamericana supone explorar los sentidos que se sobreimprimen en producciones de autores de países latinoamericanos desde los circuitos internacionales, las disputas de los propios actores por una definición legítima y los modos en que se vinculan con las definiciones de lo latinoamericano. Para comprender estos debates y sus sentidos huelga reconstruir las condiciones materiales de producción de la literatura que están atravesados por relaciones de dominación, jerarquías, autoridades y disputas, algunas de las cuales resultan más admisibles que otras, por vínculos de cooperación y acciones de numerosos mediadores que participan allí.

El objetivo reside en hallar y delinear herramientas teóricas que permitan dar cuenta de estos procesos histórico-sociales, de las especificidades de la literatura latinoamericana y también del espacio que ocupa en el panorama internacional. Resaltar su valor resulta una apuesta frente al lugar marginal que suele ocupar pero decretar la democratización de estos productos culturales resulta poco analítico, y quizás ello entrañe consecuencias políticas teniendo en cuenta, como nos enseña Mariátegui ([1928] 1979), que no es posible una democratización del arte o la enseñanza que no venga acompañada de la democratización de la economía y la política.

⁴¹ Resulta relevante mencionar de manera breve que esta mirada también fue una apuesta de artistas plásticos contemporáneos a los escritores de McOndo. Daniela Lucena (2016) analiza cómo un grupo de artistas se reapropia de un mote como el de arte light con que se lo categoriza de manera peyorativa. Estos artistas lo retoman para construir su propia posición en el campo del arte y discutir por los modos legítimos de definir la noción de arte político. Esto es relevante, a su vez, porque choca con las demandas de los centros internacionales de circulación del arte para la producción latinoamericana. En esta misma línea, Francisco Lemus (2019) toma una frase de Marcelo Pombo para pensar su producción artística en discusión con el arte de los años sesenta. Pombo declara que no le interesa nada salvo lo que sucede en su “metro cuadrado”. Lemus lo entiende no solo como producto de una subjetividad propia de los años noventa sino también de las trayectorias particulares de los artistas y como una apuesta por una micropolítica procesual que se expresa en niveles de la representación.



Bibliografía

- Aira, C. (1982). "Yo nunca usaría la literatura para pasar por buena persona". Entrevista realizada por A. Castro; y B. Borgna. *Pie de página*, 1(1), 2-3.
- Aira, C. (1987). *Una novela china*. Buenos Aires: Javier Vergara editor.
- Aira, C. (1991). "Todo escritor inventa su idioma". César Aira: literatura y paradojas. Entrevista realizada por Hinde Pomeranec. *Cultura y nación. Clarín*, 27 de junio de 1991, 1-3.
- Aira, C. (1995). *Los dos payasos*. 1995. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Aira, C. (2001a). *Diccionario de autores latinoamericanos*. Buenos Aires: Emecé y Ada Korn Editora.
- Aira, C. (2001b). ¿Aira es Dios? Entrevista realizada por Emilio Fernández Cicco. *Noticias*, 4 de agosto de 2001, 50-53.
- Aira, C. (2001c). "Quisiera ser un salvaje". Entrevista realizada por Eduardo Berti. *3 puntos*, 5(227), 62-63.
- Aira, C. (2014). *Actos de caridad*. Santiago de Chile: Hueders.
- Alfieri, C. (2004). Entrevista con César Aira. Un repaso a la literatura argentina. *Revista de Occidente*, 281.
- Boschetti, A. (2014). *Ismes. Du realismo au postmodernisme*. París: CNRS Éditions.
- Bosteels, W; y Rodríguez Carranza, L. (1997). El objeto Sade. Genealogía de un discurso crítico: de Babel, revista de libros (1989-1991) a Los libros (1969-1971). *Descartes. Revista internacional*, IX (15/16), 125-145.
- Botto, M. ([2006] 2014). 1990-2010. Concentración, polarización y después. En De Diego, J. L. (director). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (pp. 219-270). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fuguet, A.; y Gómez, S. (1996). Prefacio del país McOndo. En *McOndo* (pp. 9-18). Barcelona: Mondadori.
- Gallego Díaz, S. (2010). El laberinto de César Aira. *Babelia. El País*. 13 de noviembre de 2010. Recuperado de https://elpais.com/diario/2010/11/13/babelia/1289610735_850215.html
- García Canclini, N. (1992 [1989]). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Giunta, A. (2020). *Contra el canon. El arte contemporáneo en un mundo sin centro*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lemus, F. (2019). *Guarangos y soñadores. La Galería del Rojas en los años noventa*. (Tesis doctoral no publicada). Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires.
- Locane, J. J. (2019). *De la literatura latinoamericana a la literatura (latinoamericana) mundial. Condiciones materiales, procesos y actores*. Berlín, Boston: De Gruyter.
- Lucena, D. (2016). Sobre la inserción del arte activista argentino en los espacios de exhibición. *Arte, Individuo y Sociedad*, 28(3) 583-600.



- Ludmer, J. (2010). *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Mariátegui, C. (1979). *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Patiño, R. (2006). Revistas literarias y culturales argentinas de los 80: usinas para pensar una época. *Ínsula*, 715-716. Recuperado de: https://www.insula.es/sites/default/files/articulos_muestra/INSULA%20715-716.htm
- Riveiro, M. B. (2020). *La trayectoria de César Aira: la conformación de un centro descentrado en el campo literario de la ciudad de Buenos Aires (1981-2001)*. (Tesis doctoral no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
- Rubinich, L. (2012). Las voces de los intelectuales. Hay molinos y hay gigantes. *Todavía. Pensamiento y cultura en América Latina*, 27, 24-29.
- Saferstein, E. (2013). *La cocina del 'best-seller' político: producción y circulación de géneros editoriales sobre la coyuntura socio-política Argentina (2001-2011)*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires. Recuperado de https://ri.unsam.edu.ar/bitstream/handle/123456789/228/TMAG_IDAES_2013_SE.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Saítta, S. (1988). Una novela de Aira. Los diarios del viaje. *Revista de política y cultura*, 1, 47.
- Sarlo, B. (1994). *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y video-cultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Sarlo, B. (2015). Borges después de Borges. En Brigitte Adriaensen; Meike Botterweg; Maarten Steenmeijer; y Lies Wijnterp. (eds.). (2015). *Una profunda necesidad en la ficción contemporánea: la recepción de Borges en la república mundial de las letras* (pp. 31-44). Madrid: Ediciones de Iberoamericana.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Strafacce, R. (1998). De la agrimensura a la decoración de ambientes (Literatura, Estado y representación en Kafka). *El rodaballo. Revista de política y cultura*, IV (8), 51-55.
- Szpilbarg, D. (2019). *Cartografía argentina de la edición mundializada, Modos de hacer y pensar el libro en el siglo XXI*. Buenos Aires: Tren en movimiento.
- Tallón, J. (2016). ¿Qué pasó entre Bolaño y César Aira? *Jot Down*. Recuperado de <https://www.jotdown.es/2016/07/paso-bolano-cesar-aira/>
- Vanoli, H. (2009). Pequeñas editoriales y transformaciones en la cultura literaria Argentina. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 15, 161-185.



***LA SOBERBIA ARMADA Y LAS
REPRESENTACIONES SOBRE
MONTONEROS EN LOS INICIOS DE
LA DEMOCRACIA***

Marcelo Langieri y Rocío Otero



LA SOBERBIA ARMADA Y LAS REPRESENTACIONES SOBRE MONTONEROS EN LOS INICIOS DE LA DEMOCRACIA

Marcelo Langieri y Rocío Otero⁴²

Introducción

Estas notas tienen como propósito desentrañar los aportes realizados por Pablo Giussani (1927-1991) en el libro *Montoneros. La soberbia Armada*⁴³ a la construcción del clima de ideas sobre el pasado reciente que se cristalizó en la llamada teoría de los dos demonios. El trabajo de Giussani se inscribe en un campo interpretativo de fuerte arraigo en distintos sectores del espectro político e intelectual “progresista”, desarrollado a partir de la derrota de las diversas experiencias revolucionarias que tuvieron lugar en los años 70 en la Argentina.

La interpretación de Giussani no fue parte de una conspiración. Más bien, se trató de una oportuna y temprana adaptación a los nuevos tiempos de alguien que se había caracterizado ya por tener una trayectoria periodística e intelectual ideológicamente flexible, lo que le había permitido ser director del periódico *Che* (en donde compartió dirección con Francisco “Paco” Urondo y Rodolfo Walsh) en pleno auge del guevarismo; luego ser secretario de redacción del diario *Noticias*, ligado a Montoneros; y al cierre de éste, participar en el diario *La Calle*, vinculado al Partido Comunista. Pasos dados en tiempos en los que la revolución se vislumbraba en marcha en América Latina. En todo caso, ese cambio de época en el que se inscriben las reflexiones de Giussani no le fue exclusivo ni mucho menos es deudor de su pluma.

El proceso revolucionario que tuvo lugar en los años sesenta y setenta llevó a muchos llamados “progresistas” a los más altos niveles de compromiso cuando las “verdades” imperantes eran de tal firmeza e intensidad que generaron una gran efervescencia social y política, al punto de atenuar los espacios para el señalamiento de los errores y limitaciones propios de cualquier causa. Con la derrota no solo se creó un clima de ahogo a cualquier reivindicación de las luchas libradas, sino que se sometió la experiencia revolucionaria a una dura revisión crítica.

En ese proceso crítico, muchas reflexiones contribuyeron a desdibujar el sentido que los y las protagonistas les dieron a las luchas con las que se comprometieron y las mismas fueron reducidas a sus aspectos armados por la vía de la crítica al militarismo. De tal modo, por un lado, se negaron los fundamentos políticos de las acciones armadas; y, por otro, se negó también la existencia de un conjunto de iniciativas de lucha impulsadas por esas organizaciones revolucionarias que no incluyeron acciones militares (Otero, 2019). En algunos casos, entre los que, como se verá, se incluye el trabajo de Giussani, la operación de reducir estas experiencias al “militarismo” o a un supuesto “desvío militar” llevó incluso

⁴² Marcelo Langieri (UBA/UNPAZ/CLACSO). Rocío Otero (IIGG y CBC/UBA-UMET-UNAJ-CLACSO).

⁴³ Las citas del libro que se realizan en el cuerpo del texto corresponden a las páginas de la edición de Editorial Planeta Argentina S.A.I.C. Buenos Aires, 1997.



a identificar o equiparar a las organizaciones revolucionarias con las fuerzas represivas, como si el terrorismo de Estado se hubiera tratado de una guerra librada entre pares.

Montoneros. La soberbia armada se publicó en 1984 por la editorial Sudamericana, poco después del regreso de Giussani de su exilio en Italia, al que había partido en octubre de 1976. En la primera edición del libro, publicado en la Argentina, la tapa exhibía un collage compuesto por un conjunto de balas y un casquillo del cual emanaba una suerte de charco de sangre. No es necesario ahondar en una hermenéutica de esa imagen, elocuente del eje y la mirada del libro: Montoneros como sinónimo de “violencia”. El presente artículo se articula alrededor de la idea de que ese libro, que fue escrito en el exilio algunos años antes de ser publicado en la Argentina, antecedió a la construcción simbólica de la teoría de los dos demonios durante el alfonsinismo y más que ser un elemento tributario de la misma, aportó a sus fundamentos y a su aplicación y argumentación para el caso montonero, en particular, a la idea de dos violencias enfrentadas.

Las siguientes ediciones del libro de Giussani reproducen en la contratapa dos comentarios de la primera edición, elocuentes del lugar que ocupó este libro en la disputa simbólica por el sentido del pasado reciente en los inicios de la democracia. Por un lado, el de Ernesto Sábato, quien en el mismo año en que se publicó el libro y con el prestigio de ser el presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, firmó el Prólogo del *Nunca Más* que daba inicio al informe con un texto que condensó los aspectos centrales de la teoría de los dos demonios. Dicho prólogo comenzaba así: “Durante la década del '70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda” (CONADEP, 1986: 7).⁴⁴ En la contratapa de la primera edición del libro de Giussani era ese Sábato el que aparecía invitando a los potenciales lectores a adentrarse a “Un libro de trascendencia histórica, conmovedoramente honrado, admirablemente escrito”.

Por otro lado, en la segunda edición, la contratapa contenía una elevada valoración del libro por parte de Jacobo Timerman⁴⁵, considerado un intelectual orgánico de la restauración democrática, quien pronosticaba: “El libro de Giussani será el detonante del más importante debate político que habrá en la Argentina en los últimos veinte años”.

Hace unos años, en una suerte de defensa de su padre, la hija de Giussani explicó que ese libro fue escrito en el exilio, durante la dictadura, antes del acercamiento de su padre a Alfonsín, y que no tuvo nada que ver con ese vínculo político, que sí existió (reconoce) una vez retornada la democracia. Allí Viviana Giussani afirmaba:

...ajustémonos a la famosa "teoría de los dos demonios", tan funcional a la derecha como a la izquierda. Teoría cuya autoría, de alguna manera, también se le endilga a mi padre a partir del

⁴⁴ En el año 2006 y a propósito del treinta aniversario del golpe de Estado, se reeditó una vez más el informe, con un nuevo prólogo que desde entonces acompaña al primero, escrito por Eduardo Luis Duhalde, entonces Secretario de Derechos Humanos de la Nación. Duhalde cuestionó allí la noción de dos violencias por significar una justificación del accionar de Estado represivo al equipararlo con el accionar de particulares: “es inaceptable pretender justificar el terrorismo de estado como una suerte de juego de violencias contrapuestas, como si fuera posible buscar una simetría justificatoria en la acción de particulares frente al apartamiento de los fines propios de la Nación y del Estado que son irrenunciables” (2006: 7-9).

⁴⁵ Jacobo Timerman fue un periodista argentino, fundador de las revistas *Primera Plana* y *Confirmado* y del diario *La Opinión* de Buenos Aires. Estuvo detenido desaparecido durante la dictadura procesista.



libro. Aquí no se trata de demonios ni de hechos satánicos, como tampoco se trata -aunque ya parezca infantil repetirlo- de equiparar en igual nivel de responsabilidades el terrorismo de estado con la conducta de un grupo armado civil. Está claro que no es así. Está rotundamente clara la condena universal sobre el genocidio perpetrado por el régimen militar durante la dictadura. La metodología del terrorismo de estado es algo que se ha estado precisando con minuciosidad desde la caída del mismo régimen. Sin embargo, esta conducta aberrante que llegó a niveles institucionales también forma parte de un comportamiento social que no se detiene solamente en los uniformes y en las botas. (...)

¿Acaso el hecho de haber sido víctimas del genocidio invalida nuestra capacidad de respuesta, aún en aquellas cosas que duelen, como los errores cometidos? No es cuestión de curarnos las heridas entre nosotros, las propias y las ajenas, y seguir levantando la bandera de víctimas como si fuese nuestro único estandarte. Para construir una alternativa posible y creíble hacia el conjunto de la sociedad, es indispensable comprender el pasado en su totalidad a modo de evitar su repetición en el futuro. Este pasado montonero tiene tanto de entrega, generosidad y sentido del otro como nunca antes se había visto, pero también tiene de soberbia, autoritarismo y sectarismo. Sería saludable para el alma colectiva empezar a escucharnos y tratar de entendernos. Eludir ese debate histórico también le es útil al sistema (Giussani V, 2003).

No son esos los términos que utilizara Pablo Giussani en su libro cuando apeló a un reduccionismo militarista para explicar un fenómeno político tan complejo como lo es Montoneros. Tampoco fueron esos los términos cuando la despolitización de la práctica montonera resultó ser el recurso fundamental para asimilarla, curiosamente, con una experiencia histórica ajena a la tradición popular argentina, como es el fascismo, y con los cultores identificados en las figuras de Mussolini y Hitler, arquetipos del delito de genocidio establecido internacionalmente como tal para condenar los crímenes del nazismo contra la humanidad. Un recurso heredado de la tradición antiperonista para caracterizar al peronismo y, especialmente, a la figura de Perón.

Curiosamente, el reconocimiento del carácter peronista de Montoneros viene de la mano de su caracterización como una forma de fascismo. Vale decir: si ha sido y aún es usual la afirmación de que los Montoneros no fueron peronistas sino, en todo caso, oportunistas que “se pusieron la camiseta peronista”, en este caso, Giussani los reconoce como peronistas, como una expresión del peronismo, para reforzar su argumento central respecto a que montoneros fue un fenómeno de la familia histórica de los fascismos. La operación sería la siguiente: Perón fue fascista, los Montoneros fueron peronistas, los Montoneros fueron fascistas. Giussani, como se verá, lleva adelante esta operación con una gran cuota de imaginación. La inscripción en el peronismo es uno de los argumentos mediante los cuales califica la experiencia montonera como una forma de fascismo. El otro: su adscripción al castrismo-guevarismo.

Lo cierto es que el libro de Giussani es un escrito sin sustento bibliográfico ni documental, es un ensayo de opinión sin mayores evidencias que las percepciones subjetivas de su escritor, que contribuyó entre otras cosas a impedir la comprensión de una época confundiendo, en vez de distinguir, la naturaleza y



antecedentes históricos del conflicto de fondo que se llevó adelante en la Argentina en esos años y las características que asumió la violencia política en la historia reciente. Lejos de contribuir a encuadrar (para comprender) la experiencia montonera en el contexto en el que se desarrollaron los acontecimientos, el libro de Giussani no hizo más que confundir etapas históricas, procesos, actores, identidades y tradiciones políticas.

Para comprender la violencia que tuvo lugar en la Argentina en la década del setenta, en primer lugar, es necesario comprender una cadena de sucesos históricos que al menos han de remitirse al golpe de Estado contra Perón en 1955. La teoría de los dos demonios, como se verá, al caracterizar al accionar represivo como una respuesta al accionar de las organizaciones armadas, además de minimizar el delito de terrorismo de Estado al igualarlo al accionar de civiles, desdibujó las causas profundas del último golpe de Estado que, hoy ya no caben dudas, tuvo como propósito central la instalación de un nuevo modelo de acumulación centrado en la especulación, la apertura financiera, el endeudamiento y la desindustrialización del país.⁴⁶

En este sentido, cabe recuperar el análisis de Guillermo O'Donnell sobre las razones del golpe de Estado de 1976 para quien, en realidad, su propósito central fue el disciplinamiento social:

...se trata del sistemático, continuado y profundo intento de penetrar capilarmente a la sociedad para, con su larga mano, implantar el orden y la autoridad. (...) El "caos", la "subversión" y la "disolución de la autoridad" no solo ocurrieron en los grandes escenarios de la política y en las acciones de las organizaciones guerrilleras; esa enfermedad también existía, y desde allí había alimentado aquellos síntomas más visibles en cada rincón de la sociedad. De ese diagnóstico nació un Pathos microscópico apuntado a penetrar capilarmente la sociedad para "reorganizarla" en forma tal que quedara garantizada para siempre una meta central: que nunca más se subvertiría la autoridad (1998: 135-136).

Eduardo Basualdo a su vez ha planteado que, incluso al revés de lo que sostenía la doctrina de seguridad nacional, "el crecimiento económico que se dio en el periodo no detuvo la lucha social" de modo que "quedó demostrado que la hipótesis de que el crecimiento iba a generar gobernabilidad era falsa" (2006). Si, por una parte, las causas profundas de la violencia política que tuvo lugar en los años setenta no pueden ser reducidas meramente a ser un emergente de los problemas de sustentabilidad del capitalismo, por otro, esa violencia política debe ser comprendida en forma dinámica, al calor de las diversas coyunturas, y, en lo que respecta al último golpe de Estado, entendida como parte de un amplio proceso de contestación política y social que fue necesario neutralizar para implantar un nuevo modelo de acumulación. Ni el libro de Giussani ni la teoría de los dos demonios contribuyeron a tal tarea.

La "teoría de los dos demonios"

⁴⁶ Ver por ejemplo Schvarzer, J. (2000). El quiebre del modelo cerrado en los setenta. Apertura, especulación y deuda. En *La implementación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000* (pp. 33-71). Buenos Aires: AZ Editora.



Marina Franco ha advertido que la teoría de los dos demonios, como tal, nunca fue enunciada, debido a que no existe un corpus de ideas ni ningún grupo que se reconozca como autor o promotor de ella. Más bien, su uso suele ser crítico y condenatorio: “solo se refieren a la teoría de los dos demonios aquellos que están interesados en su crítica y cuestionamiento” (Franco, 2014: 22). No obstante, para Franco resulta innegable la existencia de un conjunto de enunciados políticos y memoriales que circularon en la prensa, entre los actores sociales y políticos, entre grupos cercanos a la militancia por los derechos humanos y, en general, en el espectro político e intelectual del progresismo desde los inicios de la democracia en 1983.

Ese conjunto de enunciados tuvo según la autora un primer momento de surgimiento y circulación histórica; luego, un proceso de construcción progresiva como “teoría” por parte de sus detractores; y, finalmente, un devenir a lo largo del tiempo, que se corresponde con las luchas por la memoria posteriores. Franco sintetiza así lo que considera las principales variables de la teoría de los dos demonios:

...-la existencia de *dos violencias enfrentadas*: las guerrillas de izquierda y las Fuerzas Armadas actuando en nombre del Estado; -la relación de acción/reacción entre las guerrillas y la represión estatal, es decir, la *responsabilidad causal de la izquierda en el inicio de la violencia*; -la *equiparación entre ambas violencias* a partir de relaciones que van desde la equiparación de responsabilidades históricas hasta la equiparación por simetría de fuerzas y/o métodos- la situación de *exterioridad de la sociedad* en ese conflicto, que es presentada como ajena, inocente o víctima de esa violencia (Franco, 2014: 24)⁴⁷.

Es de destacar que el tópico de las dos violencias enfrentadas no fue una original construcción posdictatorial sino que, en realidad, se trató, como sostuvo Franco, “de la reemergencia, reactualizada y resemantizada” (2014: 26), de un tópico instalado en el lenguaje político de los años setenta, del cual el radicalismo se volvió su portador más visible luego de diciembre de 1983 porque transformó esa visión del pasado en objeto de políticas de gobierno. Sin embargo, ya había sido un tópico recurrente en el período 1973-1976 y en particular luego de la muerte de Perón, para dar cuenta de los conflictos y el enfrentamiento entre las guerrillas de izquierda y el gobierno, como el producto de dos violencias opuestas enfrentadas, una de izquierda y otra de derecha. Un esquema binario que según Franco luego habría sido reforzado por la propia institución militar a partir de 1976 en su idea de la “guerra sucia” (Franco, 2014).

Situamos en el gobierno radical el *aggiornamento* de la teoría de los dos demonios porque fue desde allí donde “el campo semántico de lo demoníaco strictu sensu adquirió gran visibilidad pública” (Franco, 2014: 23). Pese a que la dimensión del “horror” aplicado por el terrorismo de Estado se hizo abiertamente pública en 1984, no solo se mantuvo el esquema binario sino que se planteó que el origen de lo demoníaco fue la violencia de la “subversión”. En efecto, una de las primeras medidas del gobierno de Alfonsín, que según Diego Galante inauguró el programa judicial del radicalismo para los delitos cometidos en el pasado reciente, fueron los decretos 157 y 158, medidas que fueron presentadas por radio, televisión y cadena

⁴⁷ Las cursivas son nuestras.



nacional. El carácter conjunto de esos decretos inició “un itinerario legal para la llamada teoría de los dos demonios”, que “en términos culturales también daría a luz, nueve meses más tarde, el informe de la CONADEP” (Galante, 2019: 41).

El discurso de los dos demonios, más allá de su explicación sobre la violencia, tuvo como una de sus funciones más importantes la autolegitimación política del gobierno radical. Le permitió situarse en las antípodas de los demonios para instalarse como los portavoces de la democracia, las instituciones y la ética con un sentido refundacional de la República. En este sentido, el caso de Montoneros tuvo características particulares y aún dignas de análisis en la construcción identitaria de la juventud alfonsinista, que además de diferenciarse de cualquier forma de violencia y afirmar con ello su esencia demócrata, se diferenció en particular del peronismo, en oposición al cual en buena medida se constituyó. Si bien Marina Franco plantea que sus detractores suelen situar en el radicalismo en el gobierno el origen de la teoría de los dos demonios y ella concede que fue desde allí donde el campo semántico de lo demoníaco adquirió gran visibilidad pública, aún resulta vidriosa la genealogía de la teoría de los dos demonios. Vale la pena entonces indagar en el aporte de *La soberbia armada*, teniendo en cuenta que fue escrito en el exilio antes incluso de que se imaginara la transición democrática. No creemos que este libro permita explicar la génesis de la teoría de los dos demonios, pero sí, alguna estación de su complejo devenir, en donde se expresaron elementos discursivos con un derrotero previo y otros nuevos, vinculados con la apertura de un proceso crítico hacia las organizaciones armadas que se enfocó en el cuestionamiento al militarismo, y luego, con la apertura democrática y la construcción de una trama simbólica para pensar el pasado reciente.

El libro de Giussani dedica una buena cantidad de capítulos a caracterizar tres fenómenos históricos: el fascismo europeo; la revolución cubana; los primeros gobiernos de Perón. Las caracterizaciones que hace Giussani de esos fenómenos históricos son los argumentos centrales para plantear la idea de que Montoneros fue una experiencia fascista. Así, bajo la mención de una supuesta “aristocracia guerrillera latinoamericana” en realidad Montoneros resulta ser presentado como una especie de Frankenstein político armado a partir de atributos tomados del fascismo, el aventurerismo, el autoritarismo, el guevarismo y el peronismo, para construir no un gigante sino un monstruo invertebrado y miope, un espejo deformado del peronismo.

Las violencias enfrentadas, marco conceptual de *La soberbia armada*

No son pocos los pasajes del libro de Giussani en los que aparece la idea de violencias militares enfrentadas. Citamos entre los más elocuentes:

Bajo la vigencia de la guerra revolucionaria, la comunidad nacional quedaba desdoblada así en un sujeto militar y otro civil. La pasividad civil consistía, por momentos, en desaparecer del escenario cuando sobrevenían los procesos críticos y, por momentos, en ocuparlo como mero conjunto de piezas instrumentalizadas desde los mandos castrenses.



A esta altura, la comparación es inevitable. Suprímense los nombres identificatorios, y no se sabrá si se está describiendo a los militares de la seguridad nacional o a los comandos montoneros. Unos y otros se parecen como dos gotas de agua en los contenidos faraónicos de su autoconciencia y en la manera de concebir sus relaciones rectoras, paternas, correctivas y manipuladoras con los hormigueros de la civilidad. En nada difiere el destino asignado por Onganía a las fuerzas política civiles como precarios delegados tácticos de una conducción estratégica militar y el pobre papel del Partido Auténtico con su congreso teleguiado de Córdoba o el de los frentes de masas entregados sin consulta previa a la voracidad de las parapoliciales por la decisión militar montonera de la “autoproscrición”. Gran parte de la violencia que ensangrentó a la Argentina en los últimos años '60 y en la década del '70 fue presentada como una contienda entre dos simétricos totalitarismos militares, que asimilaban toda actividad política a las leyes de la guerra y que mantenían utilitariamente regimentadas a sus respectivas civilidades en el papel de escuderos (74-75)

La cita mencionada revela una negación de la relación existente entre la violencia y el contexto político y social en el que se desarrollan los acontecimientos. Más precisamente de la situación de alza de masas que dio lugar al crecimiento de las organizaciones revolucionarias. Y lo que es fundamental, de la relación existente entre las experiencias de lucha de los movimientos de masas y las organizaciones de vanguardia. Así también personajes de la política, del sindicalismo, de la cultura, entre otros, son cuadros militantes de Montoneros sin dejar de participar a sus respectivos ámbitos, más allá de las rupturas producidas en los campos de acción producto del proceso de profundas transformaciones a los que se asistía. El espejo en el que se miraban los revolucionarios no eran sus antagonistas militares sino las señales de un mundo que asistía al florecimiento de expresiones libertarias y emancipadoras. La revolución cubana, blanco de las críticas de Giussani, era una de las expresiones de ese proceso que alumbraba un mundo mejor. Por otro lado, los Montoneros glorificaban más a Eva Perón que al Che Guevara. La propuesta de las milicias populares, que generó controversias con el propio Perón y que también evocaba a Evita, era la conjunción de las masas y las armas, totalmente alejada de la idea de militarización profesional.

No es correcto afirmar que el desarrollo militar es la nota distintiva de Montoneros en su trayectoria, ni tampoco que son ellos los introductores de la violencia en la política argentina, tanto dentro como fuera del peronismo. En todo caso, parte de su especificidad puede comprenderse profundizando en el estudio de su desarrollo político en el contexto de la lucha armada. La misma identidad peronista, que canalizó también un proceso de peronización de sectores de la izquierda no peronista, forma parte de un proceso de pertenencia política complejo ligado a distintas valoraciones e interpretaciones acerca de las mayorías populares.



El militarismo montonero: la fascinación por las armas y la equiparación de las violencias

El militarismo resulta la noción clave en la caracterización de Montoneros como la expresión más elevada de una tendencia deformada de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas. Ya desde fines de los años setenta la experiencia del exilio daba lugar a la emergencia de una fuerte crítica al accionar de las organizaciones armadas, como fue el caso de los intelectuales vinculados a la revista *Controversia* en el exilio mexicano (Rojkind, 2004). En efecto, ese fue un marco interpretativo inicial que signó durante la década del ochenta las definiciones y la comprensión sobre las experiencias armadas. Marco en el que, como ha sostenido Martín Mangiantini (2015), la tendencia al militarismo como algo opuesto a la construcción política fue ubicada como el problema central de las organizaciones que apostaron por las armas.

Resulta anecdótico mencionar que Giussani abunda en el uso de las expresiones “terrorismo” y “extremismo” para caracterizar las experiencias de lucha armada de los años sesenta y setenta. Expresiones cargadas del sentido dado por la represión militar a sus “enemigos” y que no contribuyen a comprender las causas, fundamentos y características de la violencia revolucionaria. No sorprende entonces que se encuentre a lo largo de las páginas de este libro una caracterización de la lucha armada montonera como el producto de “un ritual iniciático en el que santones provistos de ametralladoras y bombas de fraccionamiento guían paternalmente a la comunidad hacia el conocimiento de realidades preexistentes” (25).

Giussani comienza su libro con una caracterización de esos jóvenes que protagonizaron las experiencias contestatarias. Para ello, abunda en ideas sobre una supuesta fascinación con rituales vinculados a la muerte y lo que llama un “narcisismo revolucionario” que se habría traducido, por ejemplo, en la predilección por la utilización de armas y uniformes y en la aptitud a matar y a morir, narcisismo heredado en parte de la tradición castrista-guevarista instaurada tras la victoria de la revolución cubana. Giussani despolitiza la opción por la lucha armada cuando plantea que “siempre y en todas partes” hubo jóvenes nacidos en clases medias que adquieren una conciencia de rechazo al mundo establecido, rechazo que en “siete de cada diez casos” (31) -proporción que no tiene ningún sustento más que su propia creencia- se explica por el medio social en el que nacieron. Para Giussani, el joven rebelde “vive de rebote”, es “puro negativismo”, sus opciones políticas no se explican por una escala de valores y objetivos políticos, sino por una “inversión mecánica del anticomunismo paterno” (33). Para el autor, el “extremismo revolucionario” habría sido “consecuencia de “una niñez estancada y resistente a la maduración” y eso es lo que a su juicio habría impedido que esa opción tenga contenido político alguno, porque la política supone la necesidad de crecer (34)⁴⁸.

⁴⁸ Baste una única, pero no por ello menos importante, referencia a la temática de la juventud, para dar cuenta de su complejidad como fenómeno político, social y cultural, y la reducción que hace de la misma Giussani: Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.



Como muchos otros autores e incluso una porción de la militancia montonera, Giussani sitúa el “retorno a la militarización” en el atentado a José Ignacio Rucci (nunca reconocido oficialmente por Montoneros), lo que se explicaría por una necesidad de reavivar el heroísmo militante consustancial a la vida revolucionaria. La misma necesidad que los habría llevado a “auto-proscribirse”, declarar la guerra contra el gobierno de Isabel y enfrentar a las fuerzas armadas. Según Giussani, “ciertos disidentes del grupo denuncian hoy esas decisiones montoneras como reiteraciones de una misma maniobra destinada a consolidar a Firmenich y su equipo en la cúpula”⁴⁹, aunque a su juicio, “solo una conciencia colectiva hechizada por la guerra y enajenada por la violencia” (48) explica que se hayan tomado semejantes decisiones. Es decir que pese a compartir la crítica centrada en la “aristocracia de conducción”, orgánicamente cerrada e imbuida de mecanismos de verticalidad típicamente castrenses, para Giussani la culpa sería de igual modo colectiva.

Sin embargo, resulta interesante señalar que para Giussani el militarismo montonero no sería un mero “desvío” (tal como otros lo han caracterizado) sino una parte constitutiva de su concepción acerca de la revolución, que incluía no solamente la realización de operaciones militares sino “un estilo, una liturgia, una manera de vivir. Saludos militares, taconeos militares, uniformes y un lenguaje que plagaba de jeringoza militar hasta la planificación de una ‘volanteada’” (57).

Giussani plantea también que, pese a lo que muchos habrían creído, la construcción del Partido Montonero en 1976 lejos de atenuar el militarismo, lo habría profundizado, porque “las relaciones orgánicas internas del grupo perdieron de hecho lo poco que tenían de articulación política para asimilarse del todo a la organicidad propia del cuerpo militar” (57). Más aún, la obsesión por “subrayar el propio profesionalismo castrense” se habría exagerado hasta el paroxismo en el exilio, llevando a la conducción montonera a reglamentar el uso de uniformes, estilizar los saludos y codificar los lenguajes en términos militares y a que las reuniones del Consejo Superior montonero tuvieran como requisito vestir esos atuendos, incluso cuando suponían el “patetismo de acudir al lugar de cita en autobuses romanos o taxis madrileños con el paquetito del uniforme sobre las rodillas” (58).

A la vez, la estructura de mando propia de una organización “militarista” habría llevado a cuadros como Francisco Paco Urondo a subsumirse a una lógica que inhibía toda participación y discusión, a una cultura política “en la que la obediencia y la pasividad ante niveles de decisión que los excluían eran asumidos por ellos como conductas que integraban el orden natural de las cosas” (66).

Como sucede a lo largo del libro, la caricaturización de las situaciones atenta contra la comprensión del fenómeno. Así, las críticas a la militarización sin realizar las distinciones correspondientes solo tienen como objetivo la descaracterización de Montoneros y, específicamente, negar lo peculiar de una experiencia histórica con vocación transformadora. Esto impide y dificulta, también, recoger las enseñanzas de la derrota, lo que auspicia una doble derrota: la derrota fáctica y la del plano de las representaciones y la disputa por la memoria.

⁴⁹ Para un análisis de las últimas escisiones de Montoneros ver Slipak, D. (2018). Comunicar la disidencia. Un recorrido por tres escisiones de Montoneros en los setentas. *Izquierdas*, 14, 141-161.



Giussani no estuvo solo en esta construcción, una parte importante de la intelectualidad de izquierda devenida socialdemócrata se sumó a la descalificación de la experiencia, de la cual en muchos casos habían sido mentores y parte integrante. Quizás por ello mismo.

Por otro lado, en las críticas desde el campo militante, el de las disidencias, por ejemplo, la crítica al militarismo fue parte de la lucha política, propia de los procesos de ruptura, que daba cuenta de miradas disímiles sobre el ejercicio del centralismo democrático y la problemática del verticalismo o de formas de militarización que tenían o debían tener traducción en conductas, como el uso de uniformes.

La revolución cubana: la soberbia de la clase media y la ajenidad de la sociedad

El componente de soberbia sería una herencia de la revolución cubana, que en su proceso autoconsagrador borró, según Giussani, todo rastro del proceso histórico que condujo a la victoria, que no se ajusta a la “autoconciencia castrista” y a la exaltación del rol de la guerrilla. Ello habría llevado a una falsificación de la historia en la que la acción revolucionaria, de la cual Cuba se posicionaba como modelo, fue reducida a un “monstruoso voluntarismo” que “destiló de esta manera una ideología aberrante que prescindía de lo externo, de lo dado, en una suerte de inmanentismo revolucionario que hacía de la revolución un producto de la propia y voluntariosa subjetividad” (104). Así, para Giussani, gracias a una proyección estilizada y descontextualizada de la revolución cubana y al modo en que fue manipulada su historia, la revolución quedó reducida a la voluntad de individualidades colosales y a una idea del guerrillero como alguien de una naturaleza sobrehumana y selecta:

Millares, digo millares de jóvenes latinoamericanos fueron arrojados a la muerte durante los últimos veinte años al servicio de esta monumental distorsión, como un tributo pagado en sangre al narcisismo revolucionario de La Habana. Con este rito sacrificial empalma la religión montonera del heroísmo, de la violencia sacramentalizada, de la muerte purificadora, ingredientes de un elitismo militar convertido en fuente de una conducción política estratificante (110).

Nuevamente Giussani en su afán descalificador opaca los aspectos más interesantes de su crítica sobre las características de la revolución cubana y, especialmente, acerca de cuáles fueron las lecturas que se realizan sobre la misma. De manera especial, en la elaboración sobre la teoría del foco que, según él, se soslaya la importancia del movimiento de masas en la revolución cubana. Es decir que la teoría del foco despojada de sus contenidos concretos en la revolución cubana es el modelo triunfante de revolución. Así, el modelo cubano es la guerrilla rural y la no necesidad de la existencia de condiciones subjetivas para el desarrollo de la revolución. Giussani ignora que la experiencia montonera prescinde de ambas dimensiones: desarrolla una guerrilla urbana y asume la identidad peronista como la más alta expresión de la conciencia de las masas, es decir de la existencia de condiciones subjetivas para el desarrollo de la lucha revolucionaria.



El culto a la muerte como primer argumento del fascismo montonero

En primer lugar y en base a anécdotas personales (elemento recurrente en su argumentación), Giussani describe las dificultades de un observador extranjero para distinguir a los grupos de la izquierda y la derecha peronistas en la década del setenta, para afirmar que no había diferencias entre los fascistas y los Montoneros: “uno advierte el mismo esquema mental, la misma asunción de la propia capacidad de matar, herir o humillar como fuente de júbilo y de emociones placenteras” (79). Para Giussani, los montoneros tenían una cotidiana necesidad de heroísmo, asumieron la violencia como objeto de culto y alrededor de ese culto constituyeron su identidad, poniendo en juego una construcción de la conducta basada en una concepción heroica de la historia; una glorificación de la acción directa; una necesidad visceral de la violencia como fuente de autoidentificación; una asunción festiva de la propia violencia, a través de un folclore que la exalta como fuente de placer; un hipertrofiado voluntarismo; una visualización de los grandes cambios históricos como el producto de minorías; y una visión utilitaria de la relación entre esas minorías y las masas populares.

Ese listado de características, que definen a su juicio a un grupo fascista, habrían estado todas presentes en Montoneros. Para el autor:

Asumida como objeto de culto, con aditamentos militares, simbologías guerreras y urgencias por crear o imaginar circunstancias que justifiquen su ejercicio, la violencia siempre es fascista, aún cuando la acompañen envoltorios de fraseología revolucionaria (85).

Tomando una reflexión de Humberto Eco como única y última cita de autoridad, Giussani establece un andamiaje conceptual que le permite afirmar que, si bien es cierto que hay distintas formas de violencia, tal como dijera Eco, “donde quiera que se manifieste, sabemos con absoluta seguridad que de esa premisa no podrá surgir otra cosa que ‘el’ fascismo: se trata del culto a la muerte” (86). Es que para Giussani el fascismo y los Montoneros tienen un factor común que es definitorio: la violencia: “el culto a la violencia es inseparable del culto a la muerte” (89).

Giussani también podría decir que si se trata de la violencia como factor común el fascismo podría identificarse con la revolución francesa que utilizó la violencia y el terror como política. Esta demostración por el absurdo pretende poner de manifiesto que la violencia ha sido un medio, la partera de la historia diría Marx, y que su significado y legitimidad deviene de su sentido histórico. La identificación de las fuerzas insurgentes, hijas de las proscripciones, los golpes de estado, la violencia institucional y de clase presentes en la historia argentina es una forma de negación de la legitimidad de las luchas y su descalificación. El fascismo, además, es una categoría difusa que no delimita fenómenos ni los explica, como señalamos más adelante siguiendo a Campos.

Giussani también señala que

las sucesivas oleadas de desertiones y disenso que devastaron a Montoneros en el exilio a partir de 1978 fueron en cierta medida, a la luz de testimonios recogidos de muchos disidentes, respuestas a la creciente patentización de aquella última ratio fascista que



prevalecía en la conducción y en la conducta del grupo por vía de su adicción viciosa e irreductible a la violencia (96).

Esta observación desconoce las características de las diferencias políticas que provocaron los disensos al interior de Montoneros a propósito de la Contraofensiva, que no cuestionaban el ejercicio de la violencia en la lucha contra la dictadura. El señalamiento de la burocratización de la conducción y las diferencias en la caracterización de la situación en la Argentina, que llevaron a pagar un altísimo costo, no implicaba la renuncia al enfrentamiento con la dictadura bajo todas las formas.

El peronismo es un fascismo, o el segundo argumento del fascismo montonero

Recuperados, parcialmente, los elementos conceptuales mediante los cuales Giussani afirma que Montoneros fue un grupo fascista, resulta interesante profundizar en otro de sus argumentos tributarios: quien habría sido fascista es sin dudas Perón, y en todo caso, el fascismo montonero sería una suerte de herencia genética. Más interesante es el andamiaje lógico del argumento de Giussani, puesto que el punto de partida para la deducción anterior es el siguiente: “Mi interés adolescente en Perón se debió simplemente a un complejo de circunstancias familiares, sociales y ambientales que habían hecho de mi un empedernido, obsesivo y fanático fascista” (137). El razonamiento sería el siguiente: él de joven fue fascista (confiesa haber idolatrado un retrato de Mussolini en la intimidad de su habitación); él tuvo un interés adolescente por Perón a partir de su ascenso político; fascismo y peronismo son sinónimos; los Montoneros son peronistas; los Montoneros son fascistas.

Pese a esta elocuente confesión de parte que da inicio a los varios capítulos dedicados a Perón, Giussani dedica una buena porción del libro a caracterizar los años formativos de Perón, los años de sus gobiernos, y las características de su liderazgo en el exilio desde 1955. Todo ello para dejar demostrado que Perón fue fascista.

Para Giussani no caben dudas de que los conceptos de tercera posición y socialismo nacional son “lisa y llanamente descriptivos del fascismo italiano” (149). Perón habría entendido, en su viaje por Europa en 1938, que el capitalismo y el comunismo eran sistemas sociales que crujían y habría encontrado en Mussolini la inspiración y el modelo para su concepción corporativista y del rol del Estado en la organización política de las masas. Luego de obtener el poder, Perón había materializado su concepción del Estado organizando un conjunto de aparatos paraestatales de control y manipulación de masas. Luego de 1955, al perder el control estatal y disolverse el aparato partidario, el peronismo habría perdurado como sentimiento popular, dándose una mistificación del movimiento y del líder.

Según Giussani

las premisas básicamente fascistas que habían originado en Perón su peculiar concepción del Estado lo llevan en el exilio a elaborar el nuevo papel del movimiento, bajo cuya tutela podrá incluso renacer en su momento el Partido Peronista con la misma naturaleza vicaria y táctica que lo caracterizó en el período 1946-1955, exhibiendo



apariencias de una democracia interna autodeterminante que solo disimulaban su pasiva sujeción a un centro de digitación externo (171).

Porque para el autor Perón fue “el primer fascista clásico –por no decir el único- de la América Latina”, el “primero en tomar nota de que fascismo europeo era esencialmente un gran movimiento de masas con una vasta base de consenso popular, logrado a través de políticas sociales concesivas” (173).

Luego, finalmente, Giussani afirma que desde el exilio Perón pergeñó una estrategia de retorno de gran elaboración, previa a 1973, en la cual las diferencias internas del peronismo habrían jugado un rol escrupulosamente diseñado por el líder, un juego ideológicamente “pendular” que “puede resultar evocativa de la trayectoria similar seguida con igual maestría por Adolf Hitler en su marcha hacia el poder en Alemania” (194), cuando alimentó tendencias en apariencia revolucionarias para ser el mismo quien las frenaría.

Giussani advierte que “sería un grave error, sin embargo, presentar el fascismo de los montoneros como un mero producto de una ‘influencia’ ejercida sobre ellos por el hábitat ideológico peronista en el que eligieron instalarse” sino que “los componentes ‘innatos’ de Montoneros ya incluían aquel verticalismo organizativo como parte de la genérica matriz militarista de extracción cubana que es reconocible en todos los grupos cultores de la violencia revolucionaria que operaron en América Latina durante los años ‘60 y ‘70” (217).

Giussani corona esta argumentación señalando que

El verticalismo montonero no era un vicio adventicio adquirido del peronismo sino, al revés, un vicio de origen que de algún modo facilitó la opción de la organización armada por el peronismo. El fascismo organizativo de Montoneros, en suma, es condición y no consecuencia de la inserción del grupo en el peronismo. Y si se enfoca a los montoneros desde este ángulo de visión, que los descubre como un punto de encuentro entre dos concepciones militares de la política, acaso pierda consistencia el misterio que resulta para muchos este maridaje entre el Che Guevara y Perón (217).

Explicar el verticalismo de montoneros por la vía de la ideología fascista es desconocer las características de la construcción de la organización en el contexto de la clandestinidad y los condicionamientos que ella implica. Por otro lado, la historia de Montoneros reconoce luchas y conflictos internos en torno a la aplicación del centralismo democrático. Y, lo que es más importante, la existencia a lo largo de su historia de diferentes escisiones por razones políticas denota una intensa vida interna y la existencia de tendencias. La categoría verticalismo pierde efectividad cuando se la asimila al fascismo que, como señalábamos, es una categoría imprecisa que no explica nada pero que perturba la comprensión de un problema.



Reflexiones finales

Como ha sostenido Esteban Campos, el libro de Giussani sin dudas puede ser considerado un “producto típico” de la teoría de los dos demonios. Una parte del “engranaje ideológico de la transición democrática, de la ruptura simbólica con un pasado que debe ser dejado atrás para constituir un nuevo orden” y, como parte de esa vocación, que “toma a la guerrilla no como objeto del debate político, sino como una advertencia en el epitafio de la lucha armada en la Argentina” dando por descontado que “la lucha armada y la violencia política han sido arrojadas definitivamente al basurero de la historia” (Campos, 2013: 17). Como también señala el mismo autor, el libro de Giussani (junto a otros que se publicaron sobre Montoneros en la década del ochenta) tuvo efectos en el sentido común histórico y contribuyó a estructurar un sistema de creencias sobre la lucha armada y los Montoneros.

Algunos de esos trabajos aportaron a la construcción de ese nuevo sistema de creencias al confundir el enfoque nativo con el suyo propio en tanto observador analista, es decir, al no poder tomar distancia del modo en que Montoneros se pensó a sí mismo, incluso el modo en que grupos disidentes pensaron la experiencia montonera. De allí que en los trabajos en los que se reproduce la tesis de la militarización, por ejemplo, se encuentre un largo repertorio de temas que fueron utilizados por los actores en la época, como fundamentos de sus críticas a las conducciones: aparatismo, vanguardismo, “putchismo”, desinserción, burocratismo, desvío, quiebre.

Pero, además, el libro de Giussani, como bien señala Campos, se caracteriza por deducir ideas y pensamientos de teorías científicas que, muy por el contrario, no se corresponden en absoluto con las categorías nativas: “pulsión de muerte”, “alucinación revolucionaria” o “fascismo”. Esta última, en particular, “se convierte en una categoría tan elástica, tan abarcadora, que pierde toda su eficacia explicativa” (Campos, 2013: 13). Es cierto, hay que concederle, que el uso forzado de la noción de fascismo como categoría analítica para explicar al peronismo en general y a los Montoneros en particular no fue un ejercicio original en Giussani.

Por un lado, ya existía una vasta tradición intelectual que procuró explicar el primer peronismo con el concepto de fascismo. Tal fue el caso de Gino Germani en trabajos como *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional* (1975), en los que sentenciaba conclusiones tan similares a las de Giussani como la siguiente: “El fascismo y el populismo nacional, a pesar de ser dos fenómenos esencialmente distintos (...) emergen juntos de experiencias socio históricas que tienen muchas similitudes y que, por tanto, los dotan de elementos comunes” (2013: 253). Cabe pensar que en el trabajo de Giussani esté la impronta de esa clase de lecturas y en particular, la de Germani, muy próxima en el tiempo. Tal como sostuvo Federico Neiburg (1998), la mirada germaniana tuvo una eficacia práctica en un panorama político constituido en torno al binomio peronismo-antiperonismo, en especial en su escrito de 1975, donde el conflicto social claramente se había vuelto violencia política.

Por otro lado, un año antes de la publicación del libro de Giussani, Juan José Sebreli había publicado *Los deseos imaginarios del peronismo*, libro en el cual la categoría de fascismo es el vector explicativo del



peronismo y, también, del montonero. Sebreli, al igual que Giussani, era a principios de los ochenta un converso prototípico y declarado: veinte años antes, en sus épocas de romance con el peronismo, contribuyó en forma decisiva a la construcción mitológica de la izquierda peronista que representó a Eva como una líder revolucionaria en *Eva Perón ¿Aventurera o militante?* (1966). Hacia 1983, Sebreli ya estaba totalmente reñido con aquellas simpatías peronistas, descritas por él mismo -y en términos muy parecidos a los de Giussani para caracterizar los compromisos militantes de los años sesenta y setenta- como “la rebelión juvenil típicamente pequeño burguesas de las convenciones y tabúes de la familia y la sociedad” (11). En los albores de la democracia Sebreli hizo un esfuerzo intelectual, que se adelantó a la primera edición del libro de Giussani, por describir las dimensiones bonapartistas y fascistas del peronismo y para describir el “fascismo de izquierda”, es decir, el “terrorismo” (así lo llama) de los Montoneros. Al igual que en el libro de Giussani, aunque tal vez en forma menos solapada y más explícita, el libro es planteado como una crítica al peronismo y una autocrítica del autor. Según Sebreli, el “extraño maridaje entre izquierda y fascismo” encuentra su mejor ejemplo en los Montoneros (1983: 168)⁵⁰.

Si bien la relación entre la izquierda y el fascismo es un punto de encuentro analítico entre Sebreli y Giussani la adscripción a la teoría de los dos demonios es lo que caracteriza a este último. De manera especial da lugar a ello la responsabilidad causal de la violencia política en la Argentina que Giussani adjudica a la guerrilla pero que atribuye centralmente a Montoneros. Posiblemente por ser los ejecutores de la operación militar de mayor impacto político de la guerrilla en todas sus variantes: el secuestro y ejecución de Pedro Eugenio Aramburu. Sin dudas un hecho fundante de la lucha revolucionaria dada su magnitud y trascendencia que marcó la trayectoria de la organización. No se trataba de un intento frustrado de subvertir el orden establecido sino del “ajusticiamiento” de un general de la nación, ex presidente de la república y político en actividad que se presentaba como carta alternativa del sistema en el marco de una dictadura militar.

El “aramburazo” no era el enfrentamiento de un ejército regular contra otro irregular, ni siquiera era el inicio de la violencia política, aunque su realización implicaba un salto cualitativo de la misma. Ésta tenía antecedentes inmediatos, centralmente en el golpe de Estado de 1955 y en los golpes sucesivos que legitimaron y justificaron la violencia “desde abajo”.

La violencia ejercida “desde arriba” no era una violencia selectiva sino el producto de una doctrina, la de la seguridad nacional, que tenía como hipótesis de conflicto al enemigo interno y ese enemigo se encontraba en todos los conflictos sociales, ya fueran sindicales, políticos, culturales. No se trataba de un conflicto entre aparatos donde la sociedad estaba ajena. El involucramiento en el conflicto de sectores gremiales y sociales fue justamente una de las situaciones que explican los alcances desbastadores de la violencia y represión iniciada en 1955, que conoció distintas estaciones a lo largo de los años 60 y 70, y que se desató exponencialmente a partir del golpe de 1976.

La instalación del terrorismo de Estado era la respuesta a los desafíos que presentaban la lucha popular en la coyuntura. Lucha que llegó a desafiar el orden establecido. Osadía que debía anatemizarse borrando

⁵⁰ Excede el presente escrito analizar el trabajo de Sebreli con mayor profundidad.



cualquier vestigio de legitimidad como condición para la instalación de un orden democrático adaptado a la legalidad establecida. Presentar el escenario político mediante la equiparación de dos violencias era una forma de desarmar ideológicamente el sentido de una lucha.

La teoría de los dos demonios ha realizado un significativo aporte para la interpretación de los años 70. Poner en debate el texto de Giussani y la teoría de los dos demonios pretende ser un aporte para la discusión sobre una rica y compleja etapa de la historia argentina.

Bibliografía

Otero, R. (2019). Montoneros y el dilema de la patrulla perdida: la política y las armas (1974-1980). *Revista Izquierdas*, Universidad de San Petesburgo/ Universidad Austral de Chile, 49, 1493-1521.

CONADEP. (1986). *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA.

CONADEP. (2006). *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires: EUDEBA.

Giussani, V. (2003). El ADN delata. *La insignia*, 21 de septiembre de 2003. Recuperado de https://lainsignia.org/2003/septiembre/ibe_081.htm

O'Donnel, G. (1998), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.

Basualdo, E. (2006). Entrevista a Eduardo Basualdo. *Página/12*, 28 de mayo de 2006. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-2457-2006-05-28.html>

Franco, M. (2014). La 'teoría de los dos demonios': un símbolo de la posdictadura en la Argentina. En *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, 11 (2), 22-52. Recuperado de <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/806>

Galante, D. (2019). *El Juicio a las Juntas. Discursos entre política y justicia en la transición argentina*. Buenos Aires: Entre los libros de la buena Memoria.

Rojkind, I. (2004). La revista Controversia: reflexión y polémica entre los argentinos exiliados en México. En Yankelevich, P. (comp.). *Represión y destierro: itinerarios del exilio argentino* (pp. 223-251). Buenos Aires: Ediciones Al Margen.

Mangiantini, M. (2015). Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015). *Estudios*, 34, 79-99.

Campos, Esteban (2013), "Memorias, ensayos y polémicas. El balance de la experiencia montonera en los años 80", en *Topoi*, N° 26, p. 17.

Campos, E. (2013). Memorias, ensayos y polémicas. El balance de la experiencia montonera en los años 80. *Topoi*, 26, 6-17. Recuperado de <https://www.scielo.br/pdf/topoi/v14n26/1518-3319-topoi-14-26-00006.pdf>



Germani, G. (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas/Academia Nacional de Historia/Universidad Torcuato Di Tella.

Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Sebreli, J. J. (1983). *Los deseos imaginarios del peronismo*. Buenos Aires: Legasa.



LA DERECHA ARGENTINA Y LA DEMOCRACIA: LA TRAMPA DEL LENGUAJE DE LA TRANSICIÓN

Andrés Tzeiman



LA DERECHA ARGENTINA Y LA DEMOCRACIA: LA TRAMPA DEL LENGUAJE DE LA TRANSICIÓN

Andrés Tzeiman⁵¹

Durante los últimos años se ha vuelto un tema recurrente en Argentina la pregunta por la (in)existencia de una derecha democrática. La llegada de Mauricio Macri a la Casa Rosada en diciembre de 2015 fue sin dudas el gran catalizador de ese interrogante. En cierto sentido, es lógico que dicha pregunta haya irrumpido en ese contexto político. Pues algo, en los hechos, estaba ocurriendo a contracorriente en la historia nacional. No es que las clases dominantes no estuvieran acostumbradas a tomar el cielo por asalto. Siempre lo han hecho... pero por otros medios. Los golpes militares, la proscripción política y la reconversión de los tradicionales partidos populares fueron las alternativas históricas elegidas en diferentes coyunturas para acabar con aquellas pesadillas plebeyas que osaron cíclicamente forzar la “naturaleza de las cosas” de nuestro orden social.

Ciertamente, esta vez el asunto se desarrolló de una forma diferente. La astucia de la historia se hizo presente, y a plena luz del día. Más allá de las argucias publicitarias, encargadas de difundir vertiginosamente falsas promesas, allí estaba el hijo pródigo de la “patria contratista” consiguiendo un triunfo electoral por medio de la voluntad popular.

Sin embargo, después de aquel éxito electoral, la democracia argentina se reservaba un segundo capítulo, quizá mucho más trascendente para suscitar aquel interrogante acerca del carácter de la derecha autóctona. Luego de la rotunda redistribución del ingreso llevada a cabo a lo largo del año 2016, *Cambiamos* lograba un nuevo triunfo electoral en los comicios de medio término de 2017. Esta vez sí, para algunos analistas, estaban prohibidas las excusas, ¿quién podría acaso refutar por ese entonces la *evidente* condición democrática de la “nueva derecha”? Tal como exclamaba el imaginario *sujeto interpelado*, propio de la provocadora prosa de Louis Althusser en su libro *Sobre la reproducción*: “¡Es evidente! ¡Eso es! ¡Es verdad!”. Se trataba de una auténtica celebración de la *ideología dominante*. El liberalismo, con toda su profundidad, se colocaba a la orden del día con renovados bríos en la política argentina.

Lo sorprendente para quienes transmitían públicamente un goce ante la supuesta imposibilidad de cuestionar semejante *verdad evidente*, es que justamente cuando tal *evidencia* se imponía lisa y llanamente por la “fuerza de las cosas”, comenzaba el advenimiento de la catástrofe. En una doble acepción. Primero, porque el capital político de la victoria electoral era invertido en la detención de

⁵¹ Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.



dirigentes opositores, pertenecientes al gobierno anterior (sonaban las campanas... había llegado la hora del escarnio). En segundo lugar, porque las credenciales democráticas recientemente conquistadas eran también utilizadas para garantizar el ingreso a un modelo mucho más desembozado de des-democratización social -bautizado como “reformismo permanente”-, con una feroz represión mediante (dejamos de lado, quizá para no hacer leña del árbol caído, el descalabro económico que se desataría a lo largo del año 2018). Pero lo cierto es que en el ocaso del 2017 el sendero de las *verdades evidentes* conducía esta vez a una nueva pregunta: ¿cómo era posible que un gobierno que acababa de validar su legitimidad democráticamente se inclinara, precisamente en ese momento, por acudir a la utilización de prácticas políticas arbitrarias y violentas?

La inclinación por el momento de la *fuerza* nos estaba diciendo *algo*. Nos estaba dando un mensaje que la concentración exclusiva de la atención sobre las *formas políticas* no tenía la capacidad de transmitir. La derecha por aquellos días creía haber hallado el momento indicado para profundizar un *proyecto* que hasta entonces se presentaba intermitente, o por momentos velado. Pero, un instante... acabamos de decir la palabra *proyecto*, ¿Qué significado tiene esa palabra a la hora de pensar la democracia? ¿Qué *proyecto* tiene la derecha para Argentina? ¿Y qué *proyecto* tiene la derecha para la democracia?

Estas preguntas, que podrían ser tranquilamente confundidas con un simple juego de palabras, en realidad contienen en sus respuestas el *quid* de la cuestión planteada al principio de estas páginas. Si efectivamente constituye un serio error analítico la desestimación del significado de las *formas políticas* (pues la pregunta central en la política es siempre quién domina y cómo ejerce ese dominio), una equivocación de la misma talla reside en su completa autonomización. Dimensionar el proyecto societal de la derecha (en la medida en que, mal que les pese a tantos, aún existen los “grandes relatos”, existen el Estado, las clases sociales, el imperialismo, y sigue la lista) es esencial para intentar aproximarse a su vínculo con la democracia. De lo contrario, se corre el riesgo de ocluir la sustancia de la compleja relación entre derecha y democracia.

Ahora bien, nos enfrentaríamos a un grave problema si creyésemos que no existe un vínculo entre, por un lado, aquello que se analiza, y por el otro, cómo eso es analizado. Es decir, si desoímos que existe una operación inicial y primigenia, de carácter casi determinante, cuando se escoge aquello que *merece* ser analizado. Nos animamos a sostener, de hecho, que allí está contenida toda una pregunta sobre nuestra época cuando nos referimos a la democracia. Y se trata precisamente del momento en que la ciencia política, tal como la hemos conocido hasta aquí, exige ser interrogada.

Asistimos en América Latina a una *coyuntura* donde precisamente las anteojerías con las cuales aprendimos a leer la democracia están siendo puestas en jaque. Resulta que la derecha ha demostrado de forma contundente en casi todas las latitudes de nuestra región cómo el “pacto democrático” construido (¿o impuesto?) en los años ochenta del siglo XX ha perdido *en la práctica* casi toda su vigencia. Honduras, Paraguay, Brasil y finalmente Bolivia (con su trágica historia de larga duración, que nos obliga



en nuestras explicaciones a retroceder hasta 1492 para comprender la profundidad de lo sucedido) han sido las pruebas más dramáticas de ese estallido del “pacto”. Aunque no debemos excluir de ese listado la contracara de esos ejemplos: el caso de Chile. Pues allí nos encontramos con el estallido de la “democracia modelo” del período post-dictatorial. Porque si Bolivia nos muestra hasta dónde han sido capaces de retroceder en términos históricos las clases dominantes y sus representaciones políticas, Chile nos enseña una vez más (aunque ahora en democracia) hasta dónde pueden llegar mediante el ejercicio de la violencia para no perder sus privilegios.

¿Qué hay entonces de Argentina? ¿Qué ha ocurrido con nuestra democracia para que, en su propio interior, en sus propios términos, se haya producido el quiebre del “pacto” (e incluso, como lo adelantara Fernando H. Cardoso allá por el año 2015 en una entrevista al diario *La Nación*, para que nuestro país haya sido el puntapié hacia la ruptura del “pacto” en otras naciones de la región)? Más allá de la excepcionalidad del modo en que en nuestro país se produjo la salida del “populismo” de la casa de gobierno, quizá sea más apropiado y productivo pensar(nos) en la clave de una generalidad regional: ¿qué tipo de democracias han venido a instaurar las derechas luego del ciclo “progresista”?

Creo que la derecha no tiene (ni ha tenido) contradicción alguna con la *forma política* democrática. Puede establecer por largos períodos una relación privilegiada con el voto popular. Pues el problema central no se encuentra allí. La cuestión, en lo estrictamente político, pasa por el modo en que se constituye la comunidad democrática, por quiénes la integran, y quiénes tienen el derecho, *en la práctica*, a acceder a la distribución del poder (en sus múltiples sentidos) en la sociedad. Por eso la derecha puede celebrar hasta el cansancio la democracia cristalizada en elecciones libres, siempre y cuando *en los hechos* funcione rígidamente un *principio oculto de exclusión* para demarcar sutilmente (o con fiereza, cuando las circunstancias lo demanden) la pertenencia a la comunidad política.

No hay dudas de que cada sociedad está marcada por una historicidad en el marco de la cual se dirimen y establecen en conflicto los términos que constituyen tal principio de exclusión. Pero el factor común, más allá de las historias particulares, es la existencia de un *lugar inaceptable* al que nadie debe poder llegar. Ahora sí: me arriesgaría a afirmar que la transformación histórica que la derecha quiso (y quiere) llevar a cabo en la democracia argentina es el corrimiento de esa frontera. Es decir, asegurar de una vez por todas ciertas condiciones férreas en las cuales la constitución de determinados supuestos innegociables (al modo de una “situación de laboratorio”) hagan que la democracia por fin les valga la pena ser vivida.

Una vez establecidas esas coordenadas generales de intelección, creo que sí *merece* ser analizada y respondida la pregunta por la historicidad y la singularidad de Argentina en el proceso regional antes mencionado (el de la ruptura del “pacto democrático”). En ese sentido, no debe llamarnos la atención que la derecha dispute elecciones. Tampoco que pueda, ocasionalmente (o no), ganarlas –recuérdese en ese sentido la multiplicidad de asimetrías de poder (económicas, judiciales, mediáticas, etc.) de las que



las derechas disfrutan en las sociedades contemporáneas—. La atención en el análisis debe situarse en la tensión que se suscita no sólo en las propias instituciones políticas, sino en el conjunto de la sociedad, cuando se trata de imponer el principio de exclusión (para garantizar con ello las condiciones de *durabilidad* del proyecto societal). La irrupción pública de adjetivos como “irresponsable” o “irracional” a la hora de desplazar hacia afuera de la comunidad democrática a determinados sectores políticos pasa a ganar la escena cotidiana, y se convierte en contradicción principal de la sociedad. Y la confrontación de clases se *condensa* diariamente en el establecimiento de ese límite.

El enorme dilema con el que nos enfrentamos a la hora de pensar la democracia y la política hoy consiste en colocar las preguntas, antes que las respuestas, en los lugares correctos. Porque los años ochenta nos legaron una ciencia política con preguntas erradas. Las formas políticas se han mostrado saturadas en exceso las veces que hemos querido encontrar una explicación a los verdaderos problemas de la sociedad argentina. Nos hemos metido en una trampa de la que no podemos salir: el lenguaje de la transición. Hasta tanto no logremos cambiar de lengua, y reformular nuestras preguntas, siempre aparecerá algún analista superficial que, como el imaginario sujeto interpelado evocado por Althusser, encontrará dispuestas las circunstancias para clamar: “¡Es evidente!”. El momento extraordinario que vive América Latina, con el quiebre del “pacto democrático”, constituye una coyuntura privilegiada para formular mejores preguntas, y de esa manera, encontrar mejores respuestas para el destino de nuestras democracias.



Si:

artista

invitado



MELERO CON LOS FANTASMAS DEL MUNDO OBRERO

Patricio Dean

149



MELERO CON LOS FANTASMAS DEL MUNDO OBRERO

Patricio Dean⁵²

En la ciudad de Buenos Aires, la zona de Parque Patricios, atrás del Parque, tiene todavía, luego del proceso de desindustrialización, inmensos galpones. Algunos son depósitos de importaciones y otros quizás albergan algún resistente establecimiento industrial. A la vuelta del barrio autoconstruido que la agrupación política Movimiento Territorial de Liberación (MTL) organizó con desocupados de distintas zonas y que fue diseñado por prestigiosos arquitectos (allí, la radio Sur conducida por estudiantes y graduados de una agrupación llamada El Andamio de la Facultad de Ciencias Sociales), está el edificio de lo que hace más de treinta años fue la fábrica Bruno y Cia, productora de Amianto, gomas y afines. No fue necesario esperar a las disputas que el reducido mundo trabajador de occidente entabló en relación con los peligros de los productos que contuvieran asbesto como el amianto para cerrar la fábrica. La política económica de la dictadura promotora del terrorismo de estado comenzó a vaciar fábricas antes de los años noventa.

En ese barrio, entre el parque y la avenida Amancio Alcorta, las madrugadas se poblaban de obreros que iban temprano a su trabajo, hasta los primeros años setenta. “A las cinco de la mañana, había por estas cuadras más gente que un domingo en la calle Florida”, dice un viejo vecino. “Claro, todos vestidos de mameluco”. Y allí había una continuidad. Los obreros caminaban esas calles desde principios del siglo XX. En alguna vieja fonda se celebró con un brindis el acto vindicatorio de Simón Radowitzxky; y el entero barrio se conmovió en el trágico enero del año 19. El 17 de octubre se vivió como una fiesta popular, como todas las movilizaciones del primer peronismo, y en esa época la población creció y la alegría popular inundó esas calles empedradas. Hasta los primeros años setentas las asambleas obreras expresaron un proceso de radicalización quebrado violentamente por el terrorismo de estado.

Esos fantasmas construidos con maximalismo libertario, la rebeldía y la celebración peronista, el sufrimiento, las luchas y un lazo social fuerte, caminan hoy por las calles del barrio y su herencia concreta quizás está hoy en las luchas de los desocupados, hecha barrio digno. Quedan los restos de una potente cultura obrera. Sobre esos restos y acompañado de esos poderosos fantasmas es que Diego Melero realizó su performance en la ex fábrica Bruno y CIA, productora de amianto, convertida hoy en un centro cultural. “Quiebra, unión obrera metalúrgica y amianto en Parque Patricios” es el título de esa performance.

⁵² Todd University



Horacio Torres fue coordinador de este proyecto, y sus buenos resultados no son independientes del hecho que ya, en otras oportunidades, este artista, curador y director de museo había curado obras de Diego Melero.

La ley de quiebras es la división que arma la performance de Diego Melero convertido en un representante de la Unión Obrera Metalúrgica. Y es aquí que la obra de Melero adquiere la forma de paradoja construyendo un objeto que problematiza la historia argentina, o, si se quiere, una parte dramática de la historia de los trabajadores en Argentina. La primera parte de la performance se desarrolla en un entropiso de la fábrica que desde el galpón donde estábamos los espectadores se veía a través de tres grandes ventanales de vidrios cuadriculados que estaban densamente empañados. Veíamos la sombra de Melero y escuchábamos su voz. La sombra hablaba de la cesación de pagos, el concurso, la hipoteca, y escribía en los vidrios empañados esas palabras que eran dibujadas al revés desde atrás de esa improvisada pizarra de vidrio para que quienes estábamos abajo pudiésemos leer correctamente. La sombra nos cuenta desde otro momento una historia que se hace difícil de convertir en un relato legible. Algo percibimos, pero, como siempre, solo algo, aunque las voces que sufrieron el derrumbamiento de una cultura obrera gesticulan y tratan de llamar la atención sobre lo que fue el final de una forma de vida.

Esa sombra se movía de uno a otro ventanal escribiendo y hablando y nos decía muchas cosas de lo que provocó la Ley de Concurso y de Quiebras, la 24.522, como dicen los abogados. Esa es quizás la línea jurídica y simbólica que divide dos momentos. Pero, es verdad, no todo se esfuma, hay obreros y hay nuevas luchas. Las instituciones sindicales actúan sobre un mundo que entre otras cosas les ha sacado miles y miles de obreros y con ello parte importante de su fuerza política y cultural. Un gesto de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) en los años cincuenta, sesenta y primeros setenta en la Argentina era escuchado con atención por distintos sectores de la sociedad, por factores de poder y el gobierno que fuera. La UOM le hizo un célebre paro al primer peronismo en la primera mitad de los años cincuenta. Hoy la UOM es un sindicato importante, pero en una población que ha perdido miles y miles de puestos de trabajo industrial. Hoy la UOM no “para” el país. En las décadas mencionadas antes sí podía hacerlo. Sin embargo, ahí está el viejo sindicato y algunas franjas de obreros como sus representados. Lo que es verdad es que la cultura sindical aprendida por sus dirigentes en otras épocas sirve para negociar, pero para negociar en retirada.

Por eso en la obra de Melero la lucha contra el amianto que contiene asbesto que produce cáncer de pulmón es una lucha justa que resulta extemporánea. Y allí es que baja Melero al primer piso y se lo ve ya no como sombra sino como ser humano que se calza el casco amarillo y se enfrenta a los que éramos su público. La sombra era la voz confusa de la historia, el hombre de casco amarillo es el mundo presente con actores desacomodados. La lucha que escenifica el artista Melero es la lucha que debía haber ocurrido



en los años noventa cuando se comenzó a debatir sobre el amianto como productor de cáncer de pulmón. En esos años las leyes laborales habían arrasado con los derechos de los trabajadores y antes el proceso de desindustrialización había provocado el cierre de esta misma fábrica convertida ahora en centro cultural.

Hay momentos en los que el pasado no termina de morir, aunque el escenario sea claramente otro y lo que puede ser nuevo no queda plenamente configurado. En esos momentos se actúa con conocimiento de receta. Se habla del asbesto a los fantasmas de obreros que probablemente hayan muerto de cáncer sin poder atribuir esa enfermedad a sus condiciones de trabajo. Y se recuerdan las grandes luchas obreras desde un discurso peronista, se recuerda la semana trágica y el 17 de octubre, se canta la marcha peronista y los obreros ya no están en Bruno y CIA ni en decenas de otras fábricas de amianto. Esos lugares que los enfermaban les permitían también a algunos soñar con un mínimo mundo mejor producto de esa integración y seguridad laboral y a otros soñar con enteros nuevos mundos. Pero ese discurso fantasmático aquí como elemento potente de una obra de arte sea quizás no solo la ironía sobre los gestos extemporáneos, sino también las formas en que se condensan en un trato mano a mano, igualitario, alejado de las maneras pomposas y grandilocuentes, los núcleos significativos que permiten la reinención de una tradición ligada a las posibilidades de la emancipación humana.

Es arte político el arte de Melero, no porque prometa algo a futuro o porque parta de un modelo preconcebido que es necesario alcanzar, lo es porque cuestiona lo dado, problematiza lo cercano, desacomoda.



DIEGO MELERO

Diego Melero (1960) es performer-artista y sociólogo (UBA). Participa en diversas bienales: como performer en la documenta Kassel XII (2007) y en la Bienal do Mercosul-proyecto pedagógico (2009); y como artista y docente con su proyecto "La filosofía política en el gimnasio". Desde 2008 hasta la actualidad: "Contextualización histórica, social y política en la ciudad" (caminata y circulación ciudadana de señalamiento en el lugar de los hechos); "Charlas de gasolinería" en el Conurbano bonaerense (años 2005-2013).

En 2016 realiza una performance en arteBA auspiciado por arte-blogarte: "Capital financiero en arteba 2016"; "Una guerra del siglos XX", en el Teatro Sarmiento, "Entre el teatro y la performance" en el Teatro Cervantes (sala Orestes Caviglia). Entre las performances de 2017 están: "Una guerra del siglo XX" en el Teatro Sarmiento (ciclo La luz mala). "La Propiedad es un sentimiento instintivo" en arte-blogarte; "Ciudad-Puerto: comercio, pacto y deuda con Gran Bretaña" en el Museo de la Ciudad; "Destierro del ciudadano artista sin abandono territorial" en el Museo Mar-MDPlata; en el ciclo de literatura y acción "La literatura argentina del siglo XIX y la historia. Transición y proyección en los siglos XX-XXI (casa Temenos); "Memoria política de la tecnología, venganza del territorio" en el ciclo de Memoria, arte, tecnología en La Paternal Espacio Proyecto; y "Aparato represivo en acción: de la subversión al populismo" en Experiencia Hiedra.

Desde 2005, en la carrera de Sociología (Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires) da el seminario "La recuperación contemporánea de los eslabones perdidos entre la sociedad y el arte", auspiciado por "Sociología de la Cultura II" de Lucas Rubinch.



cecyp

Grupo de Estudios en Cultura, Economía y Política

GESoL

Grupo de Estudios sobre Sociología de la literatura



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | **GINO**
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires)